

S U M A R I O

ARTÍCULOS

PAUL BÉNICHOU, *Observaciones sobre el judeo-español de Marruecos*, pág. 209 ;
LEO SPITZER, *El sintagma « Valencia La Bella »*, pág. 259.

NOTAS

RICHARD L. PREDMORE, *Pronunciación de varias consonantes en el español de Guatemala*, pág. 277 ; LEO SPITZER, *Arrenquín*, pág. 281 ; AMADO ALONSO, *Hispano-árabe « chiflata »*, pág. 283.

RESEÑAS

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Castilla, la tradición, el idioma* (Amado Alonso), pág. 284 ; LAWRENCE B. KIDDLE, *The Spanish word « jicara » : A word history. With an appendix on the manufacture of jicaras in Oliná, Guerrero* (PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA), pág. 288.

REVISTA DE REVISTAS

Cuadernos de historia de España, 1945, III (A. A.), pág. 291 ; *Revista de Bibliografía Nacional*, 1943, IV (J. F. G.), pág. 293 ; *Revista de Filología Española*, 1943, XXVII (L. Sp.), pág. 294 ; *Revista de Filología Española*, 1944, XXVIII (J. F. G. y F. W.), pág. 295 ; *Revista de ideas estéticas*, 1943, núms. 3 y 4 (E. T.), pág. 296 ; *Hispanic Review*, 1944, XII (L. Sp., R. M. y J. C.-B.), pág. 298 ; *Hispanic Review*, 1945, XIII (J. C.-B. y R. M.), pág. 301 ; *Philological Quarterly*, 1942, XXI (J. M. M. S.), pág. 303 ; *Publications of the modern languages Association of America*, 1944, LIX (E. T.), pág. 305 ; *Speculum*, 1944, XIX (L. Sp.), pág. 305 ; *Biblos*, 1943, XIX (M. R. L.), pág. 308.

ELEUTERIO F. TISCORNIA (22 de octubre de 1879 - 1° de julio de 1945), pág. 311.

Printed in Argentina

IMPRESA Y CASA EDITORA CONI. CALLE PERÚ 684, BUENOS AIRES (REPÚBLICA ARGENTINA)

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO VII

JULIO-SEPTIEMBRE

NÚM. 3

1945



INSTITUTO DE FILOLOGÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

HISPANIC INSTITUTE
DEPARTMENT OF HISPANIC LANGUAGES
COLUMBIA UNIVERSITY

BUENOS AIRES • NUEVA YORK

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

El INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS de Buenos Aires y el HISPANIC INSTITUTE IN THE UNITED STATES DE LA COLUMBIA UNIVERSITY, de Nueva York, editan conjuntamente la REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA en Buenos Aires y la REVISTA HISPÁNICA MODERNA en Nueva York, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. Se publican trimestralmente. La REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA contiene artículos y notas sobre temas de literatura española, exceptuada la época moderna; sobre el español de la Península y de América; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios teóricos y de métodos; información crítica, en reseñas y crónicas; una bibliografía clasificada. La INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA de Buenos Aires, que tiene entre sus fines el fomento de esta clase de estudios, colabora con el INSTITUTO DE FILOLOGÍA contribuyendo a sufragar los gastos de la REVISTA.

DIRECTOR : AMADO ALONSO

REDACTORES

| | |
|------------------------|-----------------------------|
| ÁNGEL J. BATTISTESSA | Instituto de Filología |
| AMÉRICO CASTRO | Universidad de Princeton |
| FIDELINO DE FIGUEIREDO | Universidad de São Paulo |
| PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA | Instituto de Filología |
| HAYWARD KENISTON | Universidad de Michigan |
| IRVING A. LEONARD | Universidad de Michigan |
| MARCOS A. MORÍNIGO | Universidad de Tucumán |
| S. G. MORLEY | Universidad de California |
| T. NAVARRO TOMÁS | Universidad de Columbia |
| FEDERICO DE ONÍS | Universidad de Columbia |
| JOSÉ A. ORÍA | Universidad de Buenos Aires |
| RICARDO ROJAS | Universidad de Buenos Aires |
| ÁNGEL ROSENBLAT | Instituto de Filología |
| RUDOLPH SCHEVILL | Universidad de California |

Redactor bibliográfico : José FAMADAS, Universidad de Columbia

Secretarios : RAIMUNDO LIDA y MARÍA ROSA LIDA, Instituto de Filología

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Anual : 4 dólares norteamericanos ; número suelto, 1 dólar

Paises de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos ; número suelto 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPANIC INSTITUTE

SAN MARTÍN 534
BUENOS AIRES, ARGENTINA

435, WEST 117th STREET
NEW YORK, ESTADOS UNIDOS

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO VII

NÚM. 3

OBSERVACIONES SOBRE EL JUDEO-ESPAÑOL DE MARRUECOS ¹

Las páginas que siguen no constituyen, ni con mucho, un estudio completo del dialecto judeo-español de Marruecos. No creo que sea fácil emprender hoy tal estudio, porque el dialecto, o gran parte de él, ya no es más que un recuerdo, que sólo permanece vivo entre personas de la generación pasada. Su estudio necesitaría investigaciones largas y pacientes, que nunca he tenido la oportunidad ni el propósito de hacer. Lo único que puedo traer son recuerdos y observaciones parciales, referentes sobre todo a la fonética y a la morfología del dialecto, y relacionadas con el texto de nuestros romances. El estudio del judeo-español de Marruecos es además difícil en nuestros tiempos porque el dialecto ha estado sometido, desde hace varias generaciones, al influjo del castellano moderno, que lo ha invadido, destruyendo en él varios caracteres esenciales ; el investigador siempre recoge, además de los fenómenos que puede observar, testimonios que se refieren a un estado más antiguo del dialecto ; junto a las formas dialectales observables, existe siempre la memoria de otras, que se consideran más auténticas ; y las irregularidades de esa memoria, muy desigual y muy pronto borrada, no permiten siempre conclusiones seguras sobre las formas primitivas ni sobre el proceso de su evolución ulterior y de su acomodación, a veces muy curiosa, al castellano moderno.

El dialecto judeo-hispano-marroquí ha sido estudiado ya, de manera muy detallada, aunque no siempre muy metódica, por José Benoliel ². Su valioso estudio, rico en observaciones minuciosas, probablemente ha salvado del aniquilamiento una gran cantidad de los rasgos curiosos que constituyen el judeo-español de Marruecos. Muchos de los que nosotros citamos

¹ Este artículo es la continuación de nuestro estudio sobre *Romances judeo-españoles de Marruecos*, publicado en esta misma revista, VI, 1944, núms. 1, 2, 3 y 4.

² JOSÉ BENOLIEL, *El dialecto judeo-hispano-marroquí, o Hakitia* (BAE, tomos XIII, XIV y XV, 1926-27-28). Termina con un glosario, desgraciadamente inacabado (ha quedado en la letra M).

han sido indicados ya por él; en esos casos, nuestro testimonio confirma el suyo; las diferencias, cuando existen, se deben a menudo a la diferencia de fecha: la documentación de Benoliel se remonta a la segunda mitad del siglo XIX; la nuestra se funda en lo que hemos observado en Orán en las dos últimas décadas¹.

En cuanto al texto de los romances, ya he dicho que las versiones oranesas me fueron transmitidas por escrito; claro está que la tendencia a la modernización y corrección es mayor cuando se escribe que cuando se habla; por eso he revisado las transcripciones con su autora, pidiéndole que restituyera siempre el texto tradicionalmente cantado. Igual hice con las versiones bonaerenses, transmitidas en texto escrito u oralmente, según los casos, teniendo que luchar aquí, en la restitución de la fonética y del texto tradicional, con mayores dificultades, debidas a que mis informantes practican hoy exclusivamente el castellano moderno: huelga decir que me limité a pedirles que recordaran la forma exacta en que habían oído cantar esos romances, y que no introduje en el texto ninguna restitución que no hayan hecho ellas mismas; siempre que hubo vacilación, o cuando no he tenido oportunidad de hacer la averiguación he respetado la variante fonética o morfológica que me habían dado en primer lugar, aunque la considerara evidentemente moderna. El texto, tal como lo he publicado, refleja, pues, en forma fiel, lo que mis informantes de Orán y de Buenos Aires saben del dialecto, y también lo que desconocen, por rechazo consciente, por olvido o por desuso.

Podría sorprender el hecho de haber fundado observaciones dialectológicas en textos de romances, apartados, por su naturaleza tradicional, del uso dialectal corriente. Pero lo que sigue es más bien una comparación de la lengua de nuestros romances con lo que por otra parte sabíamos del dialecto: resulta que los romances ilustran muchos rasgos dialectales y hasta permiten hacerse una idea de conjunto, bastante completa, de la fonética y de la morfología del dialecto. Además, nos pareció precisamente que no carecía de interés, en sí mismo, el estudio de las diferencias entre el dialecto usual y el idioma de textos tradicionales como son nuestros romances: en la medida en que los romances conservan rasgos del castellano normal, sustraídos desde siempre a la influencia del dialecto, se puede afirmar que no ha desaparecido nunca por completo entre los judíos españoles de Marruecos, aunque oscurecida por el uso del dialecto, la conciencia del castellano correcto. Examinaremos detalladamente este problema en la última parte de estas *Observaciones*. Bástenos, por el momento, haber descrito las

¹ Existe además un artículo muy breve de AMÉRICO CASTRO, en la *Revista Hispano-Africana*, I, núm. 5, mayo de 1922, titulado *La lengua española de Marruecos*. Escrito con espíritu de vulgarización, maneja sólo unos pocos datos, que indicaremos oportunamente. No conozco publicación más detallada del mismo autor sobre este tema.

condiciones en que se realizó nuestro trabajo, e indicado que nuestro material nos puede dar una idea, no sólo del dialecto mismo, sino de sus relaciones históricas con el castellano peninsular.

FONÉTICA DEL DIALECTO

La ortografía adoptada para nuestros textos no reproduce la de las transcripciones de nuestras informantes, cuando las hicieron; en las oranesas domina la influencia de la ortografía francesa; las de Buenos Aires utilizan en varios casos grafías inspiradas en la pronunciación local del castellano; algunas veces las primeras, y casi siempre las segundas se conforman a la ortografía castellana moderna; había que eliminar todas esas particularidades, que no hubieran facilitado en forma ninguna la lectura de nuestros textos, y adoptar una ortografía uniforme, adaptada al alfabeto fonético del dialecto. Una ortografía puramente fonética habría tenido el inconveniente de desfigurar, para el lector no especializado, textos cuyo interés es tanto literario como lingüístico. No podíamos pedir auxilio alguno a una ortografía propia de los judíos españoles, que sólo utilizaban, para escribir en su dialecto, el alfabeto hebreo. En presencia de esas dificultades, la solución adoptada ha sido emplear las convenciones de la ortografía castellana moderna cada vez que los sonidos del dialecto no eran distintos de los del español actual; hemos intentado reducir al mínimo los procedimientos insólitos de notación, a los cuales, sin embargo, debimos recurrir para los sonidos desconocidos en el castellano moderno.

Debo observar que no se encuentra en nuestros romances toda la variedad de sonidos usados en el judeo-español de Marruecos, que ha adoptado, junto con un numeroso vocabulario árabe y hebreo, las consonantes propias de esas dos lenguas; como esos préstamos no aparecen, por así decirlo, en nuestros romances, sólo tomamos en consideración los sonidos usados en la parte castellana del dialecto.

I. CONFORMIDAD GENERAL CON EL SISTEMA FONÉTICO CASTELLANO. — El dialecto ha conservado intactas las vocales y los diptongos castellanos, manteniéndolos perfectamente a cubierto de la influencia del vocalismo árabe (los impone aun a las palabras tomadas del árabe y del hebreo). En cuanto a las consonantes castellanas, en conjunto quedaron intactas:

1. las sordas *k* (escrita *c* en español ante *a*, *o*, *u* o consonante; *qu* en los otros casos), *p*, *t*, *f*, se pronuncian normalmente;

2. las sonoras *b-v* tienen como en castellano moderno el mismo sonido, desconociéndose la *v* labiodental, al contrario de lo que ocurre en el judeo-español de Oriente; de manera general, las sonoras *b-v*, *d*, *g*, (escrita en

español *g* ante *a*, *o*, *u* o consonante; en los otros casos *gu*) presentan como en castellano una alternancia de pronunciación oclusiva (*b*, *d*, *g*) o fricativa (*β*, *ð*, *g̃*) según la posición, en las mismas condiciones que en castellano;

3. las líquidas *l*, *m*, *n*, *ñ*, *r*, *rr*, tienen la pronunciación normal; lo mismo sucede con la *y* (véase § 9);

4. la *h* no se aspira (véase, sin embargo, § 18).

II. RASGOS FONÉTICOS DIALECTALES. — Algunas consonantes presentan matices de pronunciación que caracterizan al dialecto sin darle una fisonomía insólita entre los otros dialectos hispánicos:

5. La *ch* se articula más atrás y en forma más mojada que la *ch* castellana, que en comparación parece acercarse a *ts*; suena más o menos como el grupo *l'ch* francés en casos como *cette chaise* (setéséz).

6. Ni la *b-v* ni la *g* se oyen ante la *w* (escrita *u*, en *ua*, *ue*, *ui*, *uo*). Se dice *westro*, *welta*, *weno*, *Wezo*, etc., por *vuestro*, *vuelta*, *bueno*, *Bueso*; igualmente se pronuncia *frawar*, *antiwo*, *apaziwar*, *ival*, etc., por *fraguar*, *antiguo*, *apaciguar*, *igual*, etc. Hemos escrito, para ajustarnos a las convenciones ortográficas castellanas, *huestro*, *huelta*, *hueno*, *Huezo*, *frahuar*, *antihuo*, *apazihuar*, *ihual*, etc. Observo, sin embargo, en algunas partes de las transcripciones recogidas en Orán, una ortografía *güestro*, por *vuestro* (II, 13, 24, 26; XII, 26; XIX, 10; en cambio *uestro* en III, 18; IV, 13); ha podido existir una tendencia a confundir en esos casos la *b-v* y la *g*, igualmente débiles en esa posición; el hecho es bastante frecuente en español, como también la formación de una *b-v* o *g* ante *w* donde no existe primitivamente¹; pero la regla en el dialecto es la desaparición de la consonante, sea labial o velar, que precede normalmente a la *w*².

En posición intervocálica, hay algunos casos de confusión entre *b-v* y *g* ante *o* y *u*: *jubón* > *jugón* (VII B, 30a; XXVI, 21; LV, 15: versiones recogidas en Buenos Aires) y *agujero* > *abujero* (XL, 18)³. Nótese que el dialecto también usa, y, según creo, prefiere *juwón* (o *juón* disilábico:

¹ Datos en BDH, I, §§ 118, 123, 124, 130 y notas, y págs. 464-468. El dialectal *goler* 'oler' se debe probablemente a la influencia de las formas con radical diptongado *wel* > *wel*- (*güelo*, *güeles*, etc.); actualmente el radical está uniformado en *gol*- (véase § 35). Véase BDH, I, § 118₂ y nota.

² Indiquemos que BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 231, dice que la *v* es « muda » en *vuestro*. Sólo he escrito *vuela* en XXVIII, 33, porque esa forma es de introducción reciente (véase § 55a, nota).

³ Véase BDH, I, § 137 y nota, y AMADO ALONSO, *Problemas de dialectología hispanoamericana*, BDH, I, págs. 440-469. — En principio de palabra, notemos la confusión entre *b-v* y *g* en *gomitar* (= vomitar). Véase BDH, I, § 118₂.

XI, 33, transcripción oranesa), y *awujero-aujero* con *au* disilábico. En la misma forma el grupo *-uga-* ha pasado a *-ugwa-*, *-uwa-*; así *lugar*, *jugar*, *pechuga* se pronuncian *lugwar*, *juwar*, *pechuḡwa*, comunicándose el cambio al diminutivo *pechuḡwita* (*pechuḡwita*)⁴.

7. La *d*, que, según ya hemos visto, se pronuncia como en castellano, presenta la particularidad de ser muy resistente entre vocales, aun en sílaba final de palabra: *tomado* (*tomaño*) no llega a ser nunca *tomao*; igualmente en *ruido*, *seda*, *vestido*, *todo*, etc., la *d* fricativa intervocálica no cae⁵. También se pronuncia siempre la *d* en posición final: se dice *verdad* (*berdááð*), no *verdú*; lo mismo sucede para *libertad*, *ciudad*, *amistad*, etc.; la única excepción es *usted*, que se pronuncia *usté*⁶.

8. La *r-* inicial se pronuncia *r* y no *rr* (leer: *lareina*, *vistióse deromerita*, etc., y no *la rreina*, *de rromerita*). Sin embargo, la *r* inicial de los verbos en *re-* se pronuncia *-rr-* en los casos en que al prefijo *re-* le precede el prefijo *a-*: así *arregalada*, *arrehuelta*. Nótese que los verbos en *arre-* por reson muy frecuentes⁷. La *rr* se pronuncia normalmente en medio de palabra.

9. La *ll* tiene el sonido de la *y*; no queda ningún vestigio de la pronunciación *l*. Por lo tanto, la hemos transcrito siempre por medio de *y*. Indiquemos al respecto que la *y* se pronuncia a la manera castellana, sin la oclusión previa tan frecuente en posición inicial en el español moderno (se dice *yo*, no *yo*, etc.) y sin el rehilamiento usual en el Río de la Plata (*y*, no *ž*).

En las terminaciones *-illo*, *-illa*, *-illito*, *-illita*, esa *y* (< *ll*) no se oye: así, en nuestros textos, *castío*, *frentío*, *mantío*, *vaxío*, *bolsío*, *antío*, *cuchío*, *cochii-to*, *moríto*, *maravía*, *Castía*, *amaria*, *vía* (= *villa*), *cuchias*, *rodias*, *oría*, *Sevia*, *sía*, *mejias*, *capía*⁸. No he podido averiguar en forma muy segura

⁴ Sobre la pronunciación exacta de estas palabras, véase § 24a. Más curiosa es la evolución de *-uca-* hacia *-ucua-* (*-ukwa-*): así *ducados* en nuestros textos; se dice *assúcar*, por *azúcar*, etc. Nuestros textos dan también ejemplos de *nuncua* por *nunea*. Lo más asombroso es que *-uca-* > *-ucua-* se note aun en palabras de origen hebreo (BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 218).

⁵ Existe una excepción: *namás*, muy usado por *nada más*. *Puñalás* parece ser andalucismo de introducción reciente en XVII, 10.

⁶ El dialecto emplea normalmente *vos*, no *usted*, que siendo de introducción relativamente reciente (véase § 53d) hubo de pronunciarse siempre a la manera española.

⁷ Véase una lista en BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 228. El uso del prefijo *a-* es frecuente ante verbos de todas clases (así en nuestros textos *abajar*, *aconsolar*, *afalagar*, *afinar*, *ajuntar*, *apartear*, *aprestar*, *aprometer*, *asongrasiar*, *asonsegar*; rara vez se produce el fenómeno contrario: *ronzar* al lado de *arrozar* 'arrojar', *dormeser*). En ciertos casos se agrega una *e-*, no una *a-*, delante de la *r* inicial de un verbo, que entonces suena *rr*: se dice *errier* = *reír* (me extraña encontrar sólo *arrier* en Benoliel), *errogar* = *rogar*.

⁸ Igual fenómeno en otros dialectos de España y América: véase BDH, I, § 158 y notas.

que sucediera lo mismo en otros casos en que la *y* se encuentra después de *i* no acentuada: por eso he escrito *Seviyano, siyero, briyante, biyete, siyeta*, aunque es muy probable una pronunciación *seviāno, siēro*, etc.

Después de vocal *y* ante *i*, la *y* desaparece en *gallina* > *gáina* y *allí* > *ai*¹; pero tampoco puedo decir si es regla general; por eso he escrito *dezmayida, cabeyitos, sayita, claveyina, boyito, hayí* 'hallé'².

10. La *s* sorda se articula como en Andalucía y en ciertas zonas de América, con el dorso de la lengua, no con la punta; se parece, pues, a una *s* francesa y no tiene el sonido ligeramente mojado de la *s* castellana. Difiere, sin embargo, de la *s* andaluza (y de las varias *es* costeras de América) por su mayor estabilidad (véanse estas *Observaciones*, § 16). También entre los judíos españoles de Marruecos ocupa el lugar de la interdental castellana (θ , escrita *c* o *z*), pero en desquite su extensión está limitada por la existencia de una *s* sonora (véase § 13).

11. *Encuentro de una vocal final con la vocal inicial de la palabra siguiente*. — El dialecto presenta algunas particularidades en la forma de tratar las vocales en contacto entre dos palabras³.

a) Cuando las dos vocales son distintas, tiende a producirse la diptongación; se pronuncia *se muere* i *queda muerto, por nombrę había*, etc., relajándose siempre la vocal más cerrada para formar diptongo con la otra.

La diptongación no se produce cuando la segunda vocal tiene acento fuerte (ante pausa): se dice *honrada hija, a eya, no puedo ir*; compárese a *úna* (VI, 3) con *á gna boca* (IX, 39): en el primer caso el acento fuerte de la *ú* ante pausa impide la diptongación; en el segundo caso, la *u* se relaja y forma diptongo con la *a*, transmitiéndole su acento.

Hay que hacer, además, las siguientes observaciones:

1° La *a* es muy estable, y nunca cede a otra vocal, no sólo cuando es la segunda de las dos vocales en hiato (*nuevę amor, si matarę a Girineldo, sw amiga*, etc.), sino también cuando es la primera. Se dice: *una oscura montiña, seda i grana, antihua edade*, etc. (y no: *un'oscura, sed'i grana, antihu' edad*, como se diría en otras regiones españolas)⁴. Se conserva aun

¹ Como nada distingue *ahí* de *allí*, he escrito siempre, fonéticamente, *ai*; se pronuncia en dos sílabas, salvo a veces al cantar, cuando la música exige lo contrario (por ejemplo en XVII, 5, 13; XX, 3).

² BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 225, no da regla general para *y* + *i*; cita solamente *gáina* y *arrefoína* (por *arrefollina*, sustantivo formado sobre *arrefollar* = *rehollar*) y escribe *tuyido* (BAE, XIV, 20), *cabayito* (BAE, XV, 47), etc.

³ No nos preocupamos, en esta exposición, de las exigencias de la versificación o del canto, colocándonos únicamente en las condiciones del lenguaje hablado. Claro es que el verso o la melodía pueden favorecer una solución prefiriéndola a otra, y falsear las condiciones normales.

⁴ Véase en BDH, I, § 87, y pág. 131, nota 1.

la *-a* del artículo femenino: *la edad*; sólo cuando le sigue otra *a* inacentuada se funden las dos *aes* (véase § 11 b).

2° La *e* y la *o*, al relajarse y cerrarse en la diptongación, siempre conservan su sonido propio, y nunca pasan a *j* o *w*: así: *nę he podido* no suena nunca *nw he podido* (igualmente *sietę hojitas, vienę a dare, se lo dirę ár rey* por *se lo diré al...*; *fuę á ver*, por *fué a ver*; *tomę almohadita*, por *tomó almohadita*).

b) Cuando las dos vocales son idénticas, se funden en una, siempre que la segunda no tenga acento fuerte: se pronuncia *mañanal medio día, esoyera* ('eso oyera'); en cambio se dice *la áma*.

En iguales condiciones se produce la elisión de *-o* ante *u*: *traig' un rico mansano, com'una leona; di'ún batido* (la *u* se lleva el acento de la *o* desaparecida de *dió*).

c) Hay que dedicar un párrafo a los casos suplementarios de elisión de la *e*.

1° *e* final. La *e* de *me, te, le, se, de, que*, se puede elidir ante cualquier vocal inicial átona. Se pronuncia *s'acaban, s'aparten, l'arrastran, no m'han hecho, d'aquel camino, qu'ai le maten*, etc., con desaparición total de la *e*, y, en cambio, *que le aten, se iban, de oro*, etc.; en estos últimos casos la resistencia de la *e* depende del valor del acento que sigue: si en la elocución familiar se debilita o desaparece el acento, también puede debilitarse o desaparecer la *e*.

Cuando los pronombres *me, te, le, se* son enclíticos, generalmente no se produce la elisión completa ante la vocal inicial de la palabra siguiente (*sacáronmę a vender*, etc.). Sin embargo, se dice *hal' aquí* (V, 28) sin restos de *e*, pero en este caso los dos elementos están ya fusionados y se ha perdido el sentimiento de la composición (véase V, 28, nota). Repitamos que nunca se halla la transformación de la *e* en *j* ante otra vocal (*sj acaban* por *se acaban*, etc.); se debilita la *e*, pero suena siempre *e*, o desaparece¹.

2° *e* inicial: La *e* inicial desaparece después de cualquier vocal en las palabras *el* y *en*; *a casar va'l cabayero*, etc.; *pexe vivo 'm mare* (elisión de la *e* y asimilación de la *n*, véase § 21 b, 4°), *otro día 'l la mañana* (< *en la*) etc.².

La *e* inicial, si no lleva acento fuerte, ante pausa, desaparece igualmente después de cualquier vocal en las palabras *es, ese, esa, eso, esas, esos*; en

¹ Tampoco es conocido el cambio de *e* (ante vocal) en *j* en interior de palabra (BDH, I, § 83); *estropiados*, en XIV, 15, es seguramente de origen peninsular, como la versión en que figura; a ese ejemplo se opone la vitalidad en el dialecto de las formaciones en *-ear* (en los verbos creados sobre radicales árabes: véase BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 363).

² Llega a ser tan habitual esa elisión, sobre todo en el artículo, que a veces se produce hasta en principio de frase; se dice: *'l amo manda*. Naturalmente *el* y *en* se conservan intactos después de una consonante (por *el amo, en el día*, etc.).

hembra és, que no'z varón el primer *es*, tónico ante pausa, resiste, y el segundo cede); *a'sos perros, estaba 'sa reina*.

La *e* inicial, si no lleva acento fuerte, desaparece igualmente después de cualquier vocal, cuando va seguida de dos consonantes: *mirándola 'stá, mi 'rmano, por una la 'ntra 'l sol*, etc. ¹.

La *e* inicial, después de una vocal, cuando va seguida de una sola consonante, sigue las reglas comunes de las vocales en contacto entre dos palabras (§ 11 a y b), es decir, se elide después de *e*, salvo ante pausa (*mi pádrera* por *mi padre era*), y después de cualquier otra vocal se combina con ella (*para gredarle*).

12. *Acento*. — El judeo-español de Marruecos se distingue por un tratamiento bastante peculiar de las palabras esdrújulas. Ignora la acentuación categórica sobre la antepenúltima sílaba, que se sustituye, según los casos, del modo siguiente:

a) En las formas verbales, y sobre todo en las esdrújulas formadas por la adición del pronombre enclítico, el acento se debilita, dividiéndose entre las sílabas antepenúltima y última. Así *comíamos, empréstame*, etc., casi se pronuncian *empréstamé, comiamós*, pero débiles los dos acentos ². En casos como *mirándole está, mirándola está, labrándole está*, el pronombre no lleva acento ninguno porque se lo une más bien con el verbo *estar* que viene después, pronunciando *mirando lestá, o lastá*, etc.

b) En los nombres y adjetivos esdrújulos el acento parece trasladado más claramente a la última sílaba; por eso hemos escrito *lagrimás, sabandás, terminós, publicá, Malagá*.

III. RASGOS DE FONÉTICA ARCAICA: ESPECIALMENTE PERSISTENCIA DE UNA S SONORA. — Se sabe que el judeo-español en general, tanto en el Levante como en Marruecos, presenta un sello marcadamente arcaico; numerosos rasgos de pronunciación, vocabulario y morfología que pertenecían a la época de la expulsión de los judíos de España, caídos ulteriormente en desuso en la península, persistieron entre los judíos desterrados. En lo que concierne a la fonética, los dos grandes rasgos arcaicos del judeo-español son la persistencia de una *s* sonora (*z*) por una parte, y por otra la persistencia de la *š* y la *ž*. De este último hecho hablaremos más adelante: no ha resistido mucho tiempo al contacto del castellano moderno; en cambio, he podido observar en toda su extensión la persistencia de la *z*, que puede considerarse el elemento arcaico más tenaz y más característico del dialecto.

¹ *Ese* y *estar* llegan a ser *'se* y *'star* hasta en principio de frase. Sobre el mismo tratamiento de la *e* inicial en otras regiones, véase BDH, I, § 93.

² Para el mismo fenómeno en el Río de la Plata (y parcialmente en español clásico) cfr. TRICORNIA, BDH, III, § 4.

13. De las cuatro sibilantes del antiguo español (*passar, preso, braço, gozar*) sólo han subsistido en el judeo-español de Marruecos *s* (sorda) y *z* (sonora); en la *s* se han confundido la *ss* de *passar* y la *ç* de *braço*, etc.; en la *z* han venido a coincidir la *s* de *preso* y la *z* de *gozar*. Es decir, las dos sordas antiguas se han fundido en la sorda *s*, las dos sonoras en la sonora *z* ¹. En el judeo-español de Marruecos, como en el de las demás regiones, no existe la *z* interdental castellana. Tampoco quedan restos en Marruecos de una antigua pronunciación africada de *z* o *ç*. Ya veremos que la *z* del judeo-español de Marruecos no sólo procede de las antiguas sonoras, sino que se ha desarrollado además en otras circunstancias.

Hemos adoptado la notación ortográfica más sencilla: escribimos siempre *s* para la *s* sorda, y *z* para la *s* sonora. Ya hemos llamado la atención sobre los inconvenientes de esta ortografía, que por otra parte tiene la ventaja de excluir toda incertidumbre de lectura.

14. *Desarrollo dialectal de la s sonora*. — Ante una consonante sonora la *s* siempre se sonoriza ²; así en nuestros textos, ante *b-v*, en *rezbalar, dezventura, dezbroche*; ante *m* en *dezmayo, dezmayida, pazmar, ezmaltado, Grizmare, mizma, jazmines, ezmeralda*; ante *d* en *dezde, dezdicha, dezdichada*; ante *n* en *limoznita, rebuznar, deznudita, goznes*; ante *g* en *dezgrasia, dezgrasiada, juzgar, Juzgare* ³.

Conforme al sistema general adoptado, nuestra ortografía no representa la sonora por posición en final de palabra; escribimos *más grandes, los mayores, me queráis dare, los bienes, las niñas*, etc., pero hay que leer *maz grandes, loz mayores, me queráiz dare, loz bienes, laz niñas*. Lo mismo con respecto a la *s* final que se sonoriza ante *me* enclítico: *traisme, deisme*, etc., se pronuncian *traizme, deizme*.

15. La *s* final se sonoriza también ante una palabra que comienza por vocal. Aunque nuestra ortografía no hace aparecer ese hecho constante, se debe leer *laz aves, loz hombros, no sé si ez ángel, amarez en tierra ajena*, etc.; lo mismo en *entre la pas y la guerra* (leer *paz*), etc. Casos como *nozotros, dezesperado, dezhonrada, dezhoras* ilustran el mismo hecho dentro de palabras compuestas.

16. En conjunto, y a diferencia de lo que sucede en Andalucía y en gran parte de América, la *s* es notablemente resistente en todas las posiciones; la aspiración de *s* es desconocida. Estudiaremos más adelante (§§ 20 b, 21 a,

¹ Es rasgo general del judeo-español de todas partes.

² Sobre la misma sonorización en el español general, véase NAVARRO TOMAS, *Manual de pronunciación española*, Madrid, 1932, § 107.

³ *Israel* se pronuncia con *s* sorda por influencia del hebreo. Casos de *s + l* no tenemos en nuestros textos. BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 229, transcribe *aizlar, izla*, con sonora.

24a) las circunstancias en que en el judeo-español de Marruecos se ha desarrollado una *s* larga (sorda o sonora).

IV. READAPTACIÓN DEL JUDEO-ESPAÑOL-MARROQUÍ AL CASTELLANO MODERNO.

— Ya hemos mencionado este fenómeno de readaptación: el dialecto, después de varios siglos de evolución propia, volvió a sufrir la influencia del español general. Es difícil fijar el momento en que empezó el proceso de readaptación; seguramente fué determinado por la extensión de la influencia española en Marruecos a partir de la segunda mitad del siglo XIX y el consiguiente aflujo de funcionarios y pobladores españoles hacia ese país.

Las conquistas de España en Marruecos desde 1860 comprenden algunos de los principales centros judeo-españoles, especialmente Tetuán. En el mismo período se constituyó una importante colonia española en Tánger. En lo que concierne a Orán, una fuerte inmigración española acompañó a la colonización francesa. Desgraciadamente, no tenemos, que yo sepa, sobre el dialecto, ningún testimonio que sea anterior al de José Benoliel.

Otra dificultad es fijar el límite exacto entre lo que se puede decir readaptación del dialecto y lo que es pura y simplemente su abdicación ante el castellano. En lo que sigue me refiero a un estado del judeo-español marroquí observado en Orán en que seguía muy viva la conciencia dialectal; algunos cambios aceptados por influencia del castellano moderno habían llegado a ser parte íntima y natural del dialecto; pero además, al hablar con españoles, cada uno trataba de conformar su lenguaje al castellano moderno, según sabía de él, introduciendo en el dialecto nativo muchas correcciones suplementarias. El límite que buscamos está precisamente entre estas dos clases de hechos; el criterio que las distingue es el del uso general o individual, interior al ambiente judeo-español o destinado para las relaciones con el exterior; cuando la distinción deja de tener sentido, el dialecto deja de existir. A ese estado se llega bruscamente, de una generación a otra; mientras tanto, merece atención el momento en que la conciencia dialectal coexiste todavía con concesiones, colectivamente admitidas, al castellano moderno.

Las observaciones de Benoliel son anteriores, según sus propias declaraciones¹, en unos cincuenta años a la publicación de su estudio, mientras que las mías son recientes: las divergencias nos darán idea del camino recorrido en ese espacio de tiempo. También he utilizado los recuerdos de mis informantes sobre la forma de hablar de sus padres. Las conclusiones se refieren únicamente a Orán. No olvidemos que el contagio del castellano moderno pudo hacerse sentir en forma variable según los lugares y las familias. Además, el dialecto hubo de evolucionar, en los mismos centros marroquíes, en forma muy distinta de la que observé en Orán. Las condi-

¹ BAE, XIV, pág. 152.

ciones han sido allí muy diferentes de las de Orán: la vida del dialecto ha sido más densa, y por otra parte el uso del castellano moderno más general en Tetuán o Tánger que en Orán.

17. *Eliminación de rasgos dialectales.* — Benoliel cita varias particularidades dialectales cuya existencia no he podido comprobar; así la existencia de una *a* análoga a la *a* cerrada del portugués¹, de una *o* próxima a *ö* (eu francesa)², de una pronunciación *cuerta*, *cuedo*, *cuerco* por *puerta*, *puedo*, *puerco*³, de una pronunciación *laungwerte*, *laungwés*, *paungwelo* por *la muerte*, *la nuez*, *pañuelo* (forma dialectal de *pañuelo*)⁴, de una *k* palatalizada ante *i* (*quiero* tendiente hacia *chero*)⁵, de una *t* pronunciada igualmente *ch* en los sufijos *-ito*, *-ita*⁶. Benoliel mismo presenta esos hechos como de alcance reducido, limitado a algunas palabras, o propio de algunas familias o lugares, y admite su coexistencia con la pronunciación normal⁷. El hecho de que esas particularidades hayan sido consideradas en la época misma de las observaciones de Benoliel como propias de una pronunciación refractaria al uso moderno⁸ indica que el proceso de readaptación al español moderno había comenzado muy temprano. ¿Cuál pudo ser la amplitud de los hechos que cita, antes de toda influencia modernizante? ¿Representaban esos rasgos una pronunciación general? No lo sabría decir. En todo caso, las particularidades arriba citadas se han borrado actualmente, hasta tal punto, en Orán (naturalmente entre las personas de edad, las únicas que conservan el conocimiento del dialecto), que ni siquiera las he oído mencionar como arcaísmos. La pronunciación *paungwelo* especialmente, dada por Benoliel como una característica del habla de Tetuán, y la supresión, igualmente propia de Tetuán, según él, de las consonantes finales⁹, parecen olvidadas en Orán, donde sin embargo casi todas las familias judeo-españolas son originarias de Tetuán. Con todo, el carácter gradual de esta readaptación del dialecto al castellano aparece claramente en otros rasgos dialectales, más recientemente eliminados y que persisten como recuerdos: así la pronunciación *fera*, *fego* por *fuera*, *fuego* me ha sido citada como pronunciación desusada; no aparece en ninguna parte en

¹ BAE, XIII, pág. 215: *sartenita*, *mql-logrado*.

² *Ibid.*, pág. 227: *sólta* ('suelta'), *córta*.

³ *Ibid.*, pág. 227; pág. 258, art. *poder*.

⁴ *Ibid.*, pág. 226; Benoliel escribe exactamente *laūgwerte*, *laūgwez*, etc.

⁵ *Ibid.*, pág. 228, 230.

⁶ *Ibid.*, pág. 230.

⁷ Ver los lugares citados del BAE, t. XIII.

⁸ Ver especialmente BAE, XIII, pág. 215 y 230.

⁹ BAE, XIII, pág. 213. Quizá mis interlocutores hubieran reconocido esas pronunciaciones si se las hubiera citado, pero ellos mismos no las mencionaron, como habían hecho en otros casos.

la ortografía de las transcripciones oranesas que utilizo; Benoliel da *fui* y *fi*, pero solamente *fera*¹.

18. *Eliminación de arcaísmos.* — La misma adaptación desigual, basada en una desigual resistencia de las particularidades judeo-españolas a la influencia del castellano moderno, puede observarse en lo que concierne a los arcaísmos. Hemos visto que se ha mantenido la *s* sonora. Por el contrario, nunca he oído aspirar la *h* de *hazer*, *hablar*, *hijo*, que Benoliel da por aspirada², ni citar esta pronunciación. A mitad de camino se encuentran casos como el de *levar* por *llevar*, *sibdad* por *siudad*³, formas desusadas, pero no olvidadas. Igual sucede con los antiguos sonidos *š* y *ž*, que estudiaremos ahora más detenidamente: es un ejemplo curioso de esa influencia progresiva del castellano moderno, con líneas de penetración irregulares. En efecto, no sólo la antigua pronunciación ha persistido en el recuerdo de toda persona que sigue hablando el dialecto, sino que se mantiene viva en ciertas palabras. En Orán se sabe muy bien que en las generaciones anteriores se pronunciaba *hižo*, *ožo*, *mužer*, *abašo*, *desar*, *šabón*, etc.⁴. Pero las personas que alcanzaron la edad adulta a comienzos del siglo ya decían *hijo*, *ojo*, *mujer*, *abajo*, *dejar*, *jabón*, con jota española moderna⁵. El trueque debió cumplirse en vida de sus padres⁶. Mis informantes de Buenos Aires me suministran iguales datos: ellos nunca han practicado la pronunciación antigua, pero saben que existió antes de ellos.

19. *Persistencia de š y ž en el dialecto.* — La eliminación de *š* y *ž* en las

¹ BAE, XIII, pág. 352 y sigs.

² BAE, XIII, pág. 221. En cambio he oído pronunciar *vaho* con *h* aspirada. En los casos en que se ha conservado la *f* etimológica, esa *f* se ha mostrado bastante resistente en nuestros tiempos: he oído decir *fiğadó*, *fechizzo*, *se firió*; nuestros textos llevan *afalagar*, *fadas*, *fadar*, *feridos*, *folgar*, *fevor*, *safumada*.

³ El grupo *-bd-* ha resistido mejor en palabras como *xebdo* 'soso', 'insípido', *yebdo* 'leudo', de las cuales no existían formas modernas usuales que pudieran sustituirlas. En cuanto a *siudad*, siempre lo he oído pronunciar *siğdad* (nunca *sjudad* como en español moderno): la modernización no ha sido completa.

⁴ La única excepción que conozco es *monja*, que mi informante oranesa no cree que se haya pronunciado nunca de otro modo que en la forma moderna: quizá esa palabra, desusada en el ambiente del destierro, haya sido reintroducida en Marruecos en tiempos recientes y, claro está, en su forma moderna.

⁵ La modernización de *š* y *ž* en jota no se ha producido en el judeo-español de Oriente. En general todo el proceso de modernización del dialecto marroquí se debe, como ya hemos dicho, a la proximidad de la península y al contacto frecuente con los españoles.

⁶ Benoliel no parece conocer el hecho. Américo Castro, en el artículo citado, observa que las mujeres octogenarias de Xauen piensan que para hablar « en política », es decir, elegantemente, hay que pronunciar la jota. Pero lo que yo he observado en Orán no es del mismo orden: es una adopción real de la jota moderna, con desuso de los sonidos antiguos en el interior mismo del dialecto.

palabras castellanas del dialecto no ha sido completa, según he podido observar en Orán. Los casos en que esos sonidos se mantuvieron en el texto de nuestros romances, donde los hemos representado respectivamente por *x* y *J*, sugieren las siguientes observaciones:

a) Cuando la *š* o la *ž* no corresponden en el castellano moderno a una jota, sino a una *s*, se mantienen intactas en el dialecto. Así se siguió diciendo *bušcar* (III, 38; XVI, 20; XVIII, 26) por *buscar*, mientras ya se decía *hijo*, *dejar*, etc., con jota moderna¹. Eso prueba que la *š* y la *ž* sólo ceden cuando les corresponde una jota en el español moderno; en el estado del dialecto que yo he observado, no se produce la readaptación de *š* o *ž* cuando les corresponde una *s* en el castellano común.

Un caso curioso presenta el pretérito de *querer*: el dialecto decía *quižo* por *quiso* (véase en Hanssen, *Spanische grammatik*, § 19, 11, la forma *quijé-redes*, citada de Juan Ruiz, y § 31, 18, las formas *quixce* y *quije* antiguas). *Quižo* en Orán ha pasado hoy a *quijo* (XVII, 19), pronunciado con jota moderna (3ª persona del plural, *quijieron*; subjuntivo, *quijiera*); esa jota no se debe, claro está, a la influencia del castellano moderno, que dice *quiso*; *quižo* no se ha mantenido probablemente por haberse producido en los verbos un proceso general de eliminación de la *š* y la *ž*, proceso del cual hablaremos más adelante a propósito de *trušo* > *trujo*; quizás *quijo* se haya formado sin que se conociera *quiso*; sobre *quijo* se formaron *quijieron* y *quijiera*. Mis informantes de Buenos Aires, cuya familia conoció mejor y más temprano el castellano, ignoran *quijo*, y me dieron a elegir entre *quižo*, *quizera*, formas, según decían, muy anticuadas, y *quiso*, *quisiera*; he adoptado las formas viejas (XIII B, 26a; XVII B, 19; XXVI, 43; LXV, 42), sin poder averiguar cuándo habían desaparecido, ni si *quiso* había podido adoptarse antes del desuso completo del dialecto; para mis informantes de Orán, *quiso* suena puramente español. Sea lo que fuere, el ejemplo de *quižo* > *quijo* es una prueba más de que en el medio oranes del cual he sacado mis informaciones no se concebía que cediera la *š* o la *ž* sino para ser sustituidas por una jota.

b) Cuando la palabra correspondiente (con jota) es distinta o poco usada en el castellano moderno, se mantiene el sonido antiguo en el dialecto. Claro está que *veržico*, *žuliana*, *žuzgare*, *anžlbar*, *šimena* han permanecido libres del contagio moderno por ser nombres de personas pocos usados, o muy desfigurados en la tradición marroquí. La primera condición para la adopción de la jota en una palabra es que la misma palabra exista en el castellano moderno y sea lo bastante usada como para hacerse oír corrientemente e imponerse a

¹ También he oído decir *mošca* 'mosca', *cašca* 'cáscara'; igualmente *šilbar* 'silbar', *vežita* 'visita'.

la memoria. Por falta de esa condición no se ha adoptado la jota en los nombres mencionados; igual ha sucedido con *peše* (*peje* desusado en el castellano moderno), *šaral* (*jaral* poco corriente), *vašío*, *ronžar* o *arronžar*, *anžibe*¹ (preservados por las diferencias suplementarias que impidieron su identificación con *vajilla*, *arrojar*, *aljibe*), *žazer* (el castellano moderno no usa *jacer*, sino *yacer*, que tampoco es palabra popular). Es verdad que siendo esas palabras extrañas al uso corriente entre los mismos judíos, por lo menos en Orán en la última generación, se puede pensar que su propio desuso les ha conservado la forma antigua en los textos tradicionales en los cuales sobreviven. Creo, sin embargo, que el elemento determinante ha sido la relación con el castellano moderno, como lo prueban el caso ya visto de *šebdo*, palabra muy usada, y también el de *bajo*: esta palabra ha pasado a la pronunciación moderna en el sentido físico (*hombre bajo*, *casa baja*, frente a *hombre alto*, *casa alta*, etc.), en que el castellano también la emplea; igualmente en los derivados *abajo*, *abajar*, *rebajar*; pero continúa pronunciándose *bašo* cuando tiene la significación judeo-española de 'ordinario, vulgar' (no en sentido moral): *voz baša* 'voz ordinaria, desagradable'; *vestido bašo* 'vestido ordinario, de mal gusto'; y en esta acepción es muy usado y vivaz². Así, pues, la divergencia con el castellano moderno (en este caso especial, simple divergencia de acepción) es la que ha salvado la antigua fonética. La jota moderna se ha visto entorpecida en todos los casos en que la conciencia del particularismo dialectal era más fuerte que el sentimiento de la comunidad lingüística con la Península³. Aquí la transformación fonética depende más de las condiciones psicológicas de la imitación y diferenciación que del valor material de los sonidos.

En suma, la introducción moderna de la jota no se realiza sin vacilaciones ni resistencias: es una verdadera adaptación, un esfuerzo de acomodación cumplido con cierta originalidad. Tiene interés para el observador la

¹ En cuanto a la *ž* africada, véase § 19 c, nota.

² Lo contrario de *bašo* es *noble*, 'delicado, decente, distinguido'.

³ En los verbos parece que el proceso de sustitución de la *š* o *ž* por jota ha sido más general y uniforme. Es probable que *trušo* haya pasado a *trujo* por hispanización sistemática (*š* dialectal = jota moderna) en un verbo (*traer*) que se reconoce como español general. Es posible que sea semejante el caso de las formas, usuales en Orán, *dijieron*, *dijiera*, *trujieron*, *trujiera* (antiguamente *dišeron*, *trušeron*, etc.), en las cuales el restablecimiento de las terminaciones *-ieron*, etc., en vez de *-eron*, etc., puede proceder de una aplicación analógica de las normas generales del pretérito y del subjuntivo. Mis informantes de Buenos Aires, cuya familia se castellanizó más temprano, en Argelia misma, recuerdan el pretérito de *traer* en *truj-* (LIV, 5; LXVIII, 24) pero ignoran las terminaciones en *-jieron* (véase LXVIII, 24, *trujieron*; XVIII B, 15 y LVI, 19, *dijera*; LII, 52, *dijeron*); el proceso puede no haber sido idéntico en todos los lugares y familias.

medida en que la imitación del castellano moderno se ve contrariada por fuerzas opuestas. Cuando ya no ocurre así, el dialecto está muerto y no hay nada que observar.

c) Conservación de *š* y *ž* en arabismos. En *adžófar*, *aššuar*, *šerifa*, *toronža*, la conservación de los antiguos sonidos tiene una causa distinta de la que acabamos de observar, y no se debe a la falta de coincidencia con voces modernas corrientes. Estas palabras son de origen árabe, y los sonidos del castellano antiguo reproducían en ellas sonidos árabes análogos; el judeo-español, manteniéndose en contacto con el árabe debido al destierro africano, ha conservado viviente el lazo, perdido en la Península, con la lengua que había contribuido tan abundantemente a la formación del vocabulario castellano; la etimología árabe se ha seguido sintiendo siempre que la palabra árabe seguía viva en Marruecos, y ciertas palabras parecen casi comunes a las dos lenguas; se comprende que la jota moderna no haya podido destruir un lazo tan antiguo y tan estrecho, y que en tales casos la *ž* o la *š* árabes hayan persistido.

Demuestran estos ejemplos, y otros semejantes⁴, el apoyo prestado al arcaísmo, en el judeo-español en vías de modernización, por el contacto con el árabe⁵.

La influencia del árabe, que se ha ejercido en esos casos en sentido favorable a la tradición del antiguo castellano, ha tendido más frecuentemente

⁴ La relación con el árabe ha salvado igualmente la pronunciación antigua en *aššeb* (cast. *ajebe*), *aženžolí* (cast. *ajonjolí*), *naranža* (esta palabra designa en el dialecto, como en árabe, una clase de naranjas amargas; la naranja común se dice *lechina*, que es otro arabismo), *berenžena*, etc. Observemos, en esas tres últimas palabras, como en *adžófar* y *toronža*, la *ž* africada, imitada del árabe (no hemos notado esos matices en la ortografía de nuestros romances, salvo en *adJófar*, que tiene la oclusión más larga: *adžófar*, véase § 20 c). Quizás habría que atribuir al contagio de esta pronunciación el hecho de que se diga también *ronžar*, *arronžar* (cast. *arrojar*), a pesar de no tener nada que ver esa palabra con el árabe (en mis textos oraneses, influenciados como ya he dicho por la ortografía francesa, lo hallo siempre escrito *rondjar*); igual sucede en *anžibe*, donde el grupo *-nž-* no es etimológico: parece poco probable que en esta palabra, deformada y no usual, haya actuado la relación con el árabe; por eso la hemos clasificado en el § 19 b. Obsérvese, además, que en estas dos últimas palabras, como en gran parte de las anteriores, la africada se encuentra después de *n*, y puede deberse a su influencia (igualmente, en el español general, la *y* se convierte en africada después de *n*: véase NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, § 119). Benoliel, en todas las palabras citadas, parece ignorar la articulación africada (véase BAE, XIV, pág. 568, *aženžibre*, *ažinžolí*, *ažžófar*; pág. 578, *berenžena*; no figura la *ž* en el cuadro de los fonemas del dialecto, BAE, XIII, págs. 345 y sigs.). Esta variación en el dialecto es debida muy probablemente a una diferencia de pronunciación en el árabe, según los lugares (véase STEIGER, *Fonética del hispano-árabe*, págs. 52, 53, 54, 374 y 375). Parece muy probable que la *ž* del árabe marroquí es el sonido anteriormente usado en los arabismos del dialecto, pues aun en Orán, el dominio de la *ž* es limitado. En arabismos como *žorrear*, *žennear*, etc. (véase Benoliel, BAE, XV, págs. 209 y 210), se usa la fricativa.

⁵ En cuanto a las consonantes largas *šš*, *žž*, *dž*, véase § 20, b y c.

a alejar al dialecto del conjunto de la tradición fonética española. Ahora observaremos ese aspecto desde más cerca ¹.

V. INFLUENCIA DE LA FONÉTICA ÁRABE; RASGOS EXTRAÑOS A LA TRADICIÓN CASTELLANA. — No trataremos aquí del aflujo, al seno del judeo-español, de un caudal importante de términos árabes, adoptados con sus consonantes propias (así, en nuestros textos, *alḥadrar*, *al'azba*). Sin duda, la extraordinaria ampliación del alfabeto fonético del judeo-español marroquí, que de ello ha resultado, es digna de observación. En realidad, el dialecto que estudiamos utiliza concurrentemente los sonidos del español, moderno y antiguo, y los sonidos del árabe. Esta rara acumulación, a la que hay que añadir algunos sonidos hebreos desconocidos en el español y en el árabe ², fué observada por Benoliel, que hizo un balance impresionante ³. Este rico teclado da al dialecto una libertad de elección que ya hemos comprobado en la solución de los diversos problemas planteados por el contacto con el español moderno. Así en la vacilación entre jota y š o ž, para el judeo-español sólo se trata de un problema de aplicación, a tal o cual parte de su léxico, de sonidos que le son conocidos: la jota por el árabe, la š y la ž por el castellano arcaico y el árabe. Cumplida la evolución de esas consonantes, no ha perdido ni ganado ningún sonido: sólo el dominio de los sonidos se ha repartido de modo diferente.

Pero lo que aquí nos interesa no es la variedad de elementos del judeo-español o la manera notable como ha unificado, bajo un mismo sistema de flexiones castellanas, materiales tan diversos. Nos interesa sobre todo saber en qué medida el caudal castellano mismo ha sido alcanzado en su fonética por la vecindad de elementos tan diferentes de él, en qué medida una palabra española ha visto alterada su fisonomía por contagio de la fonética árabe.

20. *Palabras castellanas de etimología árabe: Penetración de consonantes árabes; adopción de consonantes largas.*

a) Es natural que la fonética árabe haya influido sobre todo en las palabras de etimología árabe. El sentimiento muy preciso de esta etimología entre los judíos españoles ha hecho cumplir a su dialecto una evolución opuesta a la del español peninsular: a partir del castellano antiguo, la lengua de la península ha evolucionado dentro de un completo olvido del árabe

¹ Indiquemos, antes de cambiar de asunto, que la jota que ha reemplazado a la š y a la ž en judeo-español marroquí tiene el sonido gutural fuerte (articulación árabe, más parecida a la jota castellana que a la andaluza); los judíos españoles de Marruecos, que empleaban esa jota gutural en la parte árabe y hebrea de su vocabulario, no tuvieron más que extenderla en la última generación a la parte española.

² Esta observación, como ya hemos dicho, no se aplica al vocalismo, puesto que las únicas vocales que se emplean son las españolas.

³ BAE, XIII, págs. 345-348.

en las palabras tomadas de esta lengua; en cambio el judeo-español de Marruecos no solamente ha mantenido (véase estas *Observaciones*, 19 b), sino que ha acentuado el parentesco con el árabe en las palabras nacidas de éste: de ello tenemos un buen ejemplo en *alḥabaca* ¹.

b) Uno de los fenómenos de contagio más constantes en las palabras tomadas del árabe reside en la imitación de las consonantes largas (o dobles) de esta lengua. Se sabe que el árabe, y en menor grado el hebreo, poseen para sus consonantes un valor simple y un valor largo, señalado éste ortográficamente por medio de un signo especial (*tešdid* en árabe, *dageš* en hebreo). Por el contrario, el castellano no tiene consonantes largas. Es, pues, una innovación importante del judeo-español marroquí el uso de tales consonantes. El dialecto, al restituir a las palabras de etimología árabe las consonantes dobles habitualmente simplificadas por el castellano, se separa del conjunto de la tradición peninsular.

Los hechos que he podido observar al respecto conciernen todos a la restitución de la consonante doble en un caso particular; se trata de la consonante doble que en árabe resulta de la asimilación de la *l* final del artículo *al* a la consonante inicial del sustantivo; esta asimilación se produce en árabe ante ciertas consonantes (las que se articulan en la parte anterior del paladar y los dientes: *t*, *d* y *s*, en sus varias formas; *z*, *š*, *l*, *n*, *r*) y no ante las demás (labiales, velares y guturales). Así, pues, se dice en árabe *al-matráh* y *alqáid*, por una parte, *aš-šúár* por otra (igualmente *aš-šébb*, *as-smíd*, *as-skór*, *az-zít*, *az-zhár*, etc.) ². La asimilación de la *l* del artículo árabe a la consonante inicial de la palabra siguiente es llamada asimilación « solar », pues letras solares son, en la terminología árabe, las consonantes ante las cuales se produce esa asimilación, y así se las designa porque la palabra *šams* 'sol' empieza por una de ellas. Las demás se llaman letras lunares, de *qamr* 'luna'. El español antiguo, al tomar los arabismos, ha respetado en general la diferencia: de ahí que se diga *almadraque* y *alcaide*, y, en cambio, *ajuar*, *ajebe*, *acemite*, *azúcar*, *aceite*, *azahar*, etc., conservando la huella de los dos tratamientos diferentes de la *l* del artículo árabe. Pero el español no ha guardado el alargamiento de la consonante inicial del sustantivo, que en árabe resulta de la asimilación solar ³. En

¹ Otros ejemplos son *azzahar* ('azahar') con la *s* sonora larga (véase § 20 b) y la *h* aspirada sonora del árabe; *almehrés* 'almirez', con la misma *h*; *alheña* 'alheña', *hasta* 'hasta', con restitución de la *h* gutural profunda del árabe, etc. En todos esos ejemplos, las palabras árabes correspondientes a las castellanas son muy usadas hasta hoy entre los árabes del Norte de África. Para más ejemplos véase Benoliel, BAE, XIII, pág. 214.

² Reproducimos la actual pronunciación árabe de Orán, omitiendo matices que no importan a nuestro asunto, sobre todo en las vocales.

³ El español sólo hace excepción con la *rr*: *arrecife*, *arroba*, *arráez*, etc. Por otra parte las consonantes geminadas del árabe pueden tener su evolución propia dentro del castellano (así *n* geminada árabe > *ñ* castellana en *añafil* etc., véase STEIGER, *op. cit.*, pág. 176), pero el resultado es siempre una consonante castellana simple.

cambio, el judeo-español de Marruecos ha adoptado en esos casos consonantes largas imitadas del árabe (en los ejemplos citados *š*, *s*, *z* largas) en vez de consonantes simples que sólo había admitido el castellano antiguo, conforme a su genio propio: el *axuar* de nuestros textos en realidad se pronuncia *aššuar*; igualmente se dice *aššeb*, *assemite*, *assúcuar*, *azzeite*, *azzahar*, a imitación de las palabras árabes correspondientes, también muy usadas hasta hoy ¹.

c) El caso de *adžófar* merece consideración aparte. La consonante inicial de la palabra árabe es una *ž*, y la *ž*, según la gramática árabe clásica, es letra lunar, es decir, no produce la asimilación de la *l* del artículo: el árabe clásico pronuncia, pues, *alžóhar* 'perla'. Ahora bien, es extraño que la *ž*, por su articulación prepalatal, no sea letra solar; esa anomalía no se puede explicar sino por una articulación antigua distinta de la actual; se admite que primitivamente era una oclusiva *postpalatal* sonora (*ğ*); luego se palatalizó (*gǰ*, variante *dǰ*), y se asibiló (*ž*). Por fin, desapareciendo el elemento oclusivo, se llegó a la pronunciación más corriente en los dialectos magrebíes modernos (*ž* fricativa prepalatal) ². Claro está que al desplazarse hacia la parte anterior del paladar la articulación de esa consonante, tendió a entrar en la categoría de las letras solares y producir la asimilación de la *l* del artículo. Casos como *aljófar*, sin embargo, indican que la *l* del artículo se oía ante la *ž*-*ž* en la pronunciación de los árabes

¹ Me extraña que Benoliel sólo anote para *axuar* una consonante simple (BAE, XIII, pág. 233; XIV, pág. 574); no sé por qué falta la *š* doble (*xx* en su ortografía) en su cuadro de los sonidos judeo-españoles marroquíes (*ibid.*, pág. 345 y sigs.), en tanto que escribe *axzeb*, pág. 525. Observemos que la imitación del alargamiento solar no es regla general en el dialecto. La palabra *adařina* (plato judío) ha conservado la *d* simple que tiene en castellano, aunque los judíos de Marruecos la podían oír pronunciar diariamente en árabe con *d* larga; Benoliel cita igualmente *aduar*, cast. *aduar*, ár. *ad-duár*, palabra muy corriente (BAE, XIV, pág. 567); en cambio tenemos *addib* 'adive', ár. *ad-dib*, también muy corriente (BAE, *ibid.*). La *t* en igual caso no se alarga en *atarmuz* 'altramuz' y otros ejemplos del glosario de Benoliel (*ibid.*, pág. 574); no podría citar ejemplos con *t* larga. Con *l* y *n* se presentan pocos casos; puedo mencionar *annafe* 'anafe', del árabe *an-nářa*, según Steiger, pág. 236; no sé si esa última palabra se usa todavía entre los árabes del Norte de África. El alargamiento solar parece tener su mayor extensión en las sibilantes, como lo indican los ejemplos citados más arriba y muchos otros que da Benoliel (*ibid.*, págs. 573 y 574, palabras en *ass*-; pág. 575, palabras en *azz*-), pero tampoco aquí faltan las excepciones: citemos *asařán*, *aselga*, con *s* simple; a esos casos hay que agregar *asusena*, que figura en el glosario de Benoliel (BAE, XIV, pág. 574). Para formular conclusiones de conjunto sobre la adopción por el dialecto del alargamiento solar en los arabismos, nos falta un léxico completo del judeo-español marroquí, que habría que interpretar teniendo siempre en cuenta el grado de difusión y la forma exacta, en Marruecos, de las palabras árabes correspondientes a las españolas, pues de no poseer ese dato, no se puede apreciar el papel respectivo de la imitación por una parte y, por otra parte, de la analogía interna o de las tendencias propias del dialecto.

² STEIGER, págs. 52 y 53, 180 y sigs. Compara, naturalmente, esa evolución con la de la *g* latina, en los casos en que dió en francés una *ž*.

de España ¹. De todos modos, parece difícil establecer, como hace Steiger, pág. 374, una relación necesaria entre la articulación fricativa (*ž*) y la actuación asimilatoria. Nuestro *adžófar*, al lado del *azzófar* de Benoliel (BAE, XIII, pág. 223; XIV, pág. 568), demuestra que la asimilación ya es posible ante la africada prepalatal *ž*, lo cual es muy lógico dado su punto de articulación; no hay motivo para que actúe asimilatoriamente la *ž* y no la *ž*, siempre que ésta se articule netamente en la parte anterior del paladar ².

¹ STEIGER cita, pág. 375, *Algeciras, Argel* (cfr. francés *Alger*), *álgebra*, *aljama*, *aljibe*, *aljojifa*; pág. 119, *algerife*; en el *Diccionario histórico* de la Academia, se encuentran unos diez más. También existen formas dobles como *ajonjoli* al lado de *aljonjoli*, *ajofaina*-*aljofaina*, *ajez* (murciano antiguo) -*aljez* (STEIGER, pág. 376). En realidad, son muy pocos los ejemplos en *aj*-; Steiger no cita ninguna palabra donde la forma en *aj*- exista sola (la única que se encuentra en el *Diccionario* de la Academia es *ajomate*; claro está que no entran en cuenta las palabras en *aj*- que se derivan de una voz árabe con *š* inicial (> *š* esp. ant. > jota), pues en esos casos la asimilación es normal). Además los ejemplos de *a*- en vez de *al*- en arabismos, o de vacilación entre las dos formas, no se dan sólo ante *ž*-*ž*, sino también, y tan a menudo, ante *w*, *gw*, *bw*, derivados de una *w* árabe (*aguacil* 'alguacil', esp. ant.; *aguajaque*; *abuelbola* 'alórbola', STEIGER, pág. 294; en el dialecto mismo *auarualá*, BENOLIEL, BAE, XIV, pág. 574; *abarualá*, según he oído yo en Orán); — ante *b* (*abercoque* 'albaricoque' murc. ant., STEIGER, pág. 106; *avoroz* 'alborozo', cast. ant., STEIGER, pág. 353; *abalorio*, si es exacta la etimología del *Diccionario* de la Academia); — ante *m* (*amocafre*, forma citada por STEIGER, pág. 261, al lado de *amocafre*); — ante *f-h* < *h* (*aforra* 'emancipación de esclavo', *Diccionario* de la Ac. y *ahorria* 'libertad', esp. ant., STEIGER, pág. 255, al lado de formas en *alf*). Asimismo se notan varios casos de *al*- en vez de *a*- o vacilación entre las dos formas: STEIGER, pág. 376, cita *aljarafe*-*ajarafe* (*j* moderna < *š* árabe); pág. 236, *alnafe*-*anafe*; pág. 287, *alnağora* al lado de *annora*, *añoria* 'noria'; los casos más numerosos conciernen a la *t* y a la *d*: *altramuz*, *altamia* (STEIGER, pág. 376), *altabaca* (andaluz *atabaca*, pág. 150), a los cuales se pueden agregar *altabaque* y *altamandria* (*Diccionario* de la Ac.); *adúcar*-*aldúcar*, *aldiza* (STEIGER, pág. 376), *adufe*-*aldufe*, *aldebaran* (*ibid.*, pág. 162). Es curioso notar igual irregularidad en el judeo-español marroquí *aldešiš*, ár. *ad-dšiš* 'puré de harina gruesa de trigo o maíz, con manteca o con aceite', BENOLIEL, BAE, XIV, pág. 569 (corresponde al castellano *alejija* 'puches de harina de cebada condimentados con ajonjolí', véase el *Diccionario histórico* de la Acad., y STEIGER, pág. 131); el glosario de Benoliel da varios arabismos peculiares del dialecto en *ald*-. En *aldaba* y *aldea*, Steiger explica el grupo *-ld-* por la articulación lateral de la *d* enfática que existe en las correspondientes palabras árabes (pág. 49, n. 3, y pág. 162, n. 2); pero con la misma base de una *d* enfática tenemos *adiafa*, STEIGER, pág. 160, y *adefera*, pág. 161. Todos esos hechos demuestran que existen casos de *al*- y *a*- ante casi todas las consonantes, y que es prudente tener en cuenta únicamente la forma dominante ante cada consonante; en general la gran mayoría de los arabismos, en lo que se refiere a la existencia o desaparición de la *l*, es conforme al uso árabe. Ahora bien, ante la *ž*-*ž* predomina netamente *al*-.

² Naturalmente lo que se alarga en la africada es la oclusión; por eso hemos escrito *adžófar*, no *azzófar*. Lamento no poder precisar en qué medida se usan las pronunciaciones *adž* y *alz*- en el árabe del norte de África; mi memoria no me suministra recuerdos seguros al respecto. Observemos que también en el caso de la *ž*-*ž*, como en el de las consonantes «solares» estudiadas más arriba (véase pág. 226, nota 1), el dialecto no ha imitado siempre el alargamiento del árabe. Benoliel da *aženžibre* y *ažinžoli* con *ž* simple; igualmente he oído *aženžolí*.

d) Uno de los fenómenos más curiosos es la extensión analógica del procedimiento que acabamos de describir a palabras de origen puramente latino. Tenemos un ejemplo en *añebe* (I, 9), pronunciado en realidad *añnebe*; *la ñeve* (= *la nieve*), interpretado *l'añebe* (por lo frecuente que es *l'hombre*, *l'amo*, etc.), ha sido identificado con las palabras de etimología árabe, en las que la *a* inicial procede del artículo árabe *al*, habiéndose asimilado la *l* ante consonante solar; y como en esos casos la consonante resulta siempre larga en árabe, también se ha alargado la *ñ* en *añnebe*, lo cual es tanto más absurdo cuanto que el árabe ignora la *ñ*.

e) Sin embargo, es indispensable observar que las palabras castellanas de origen árabe no han cedido completamente al nuevo contagio de la lengua originaria. Los mismos ejemplos que hemos citado lo prueban. Ante todo, el vocalismo castellano triunfa en todas partes, no solamente en las palabras castellanas de etimología árabe, sino aun en las puramente árabes recientemente incorporadas al dialecto¹. Además, las consonantes « enfáticas » del árabe no han sido admitidas como tales en el fonetismo propio del dialecto. Por último, las restituciones de las demás consonantes árabes más arriba mencionadas se efectuaron en forma muy incompleta. En la misma palabra, la deformación impuesta por el castellano al árabe, corregida en un punto, ha sido conservada en otro; la restitución de las consonantes árabes originales raramente es completa en la misma palabra. Es significativo el mismo caso de *adzófar*, donde se mantuvo la *f* castellana en vez de la *h* aspirada (sonora) del árabe: conservación tanto más curiosa cuanto que los judíos españoles de Marruecos, sirviéndose de la misma palabra como nombre propio femenino, decían *zóhar*, no *zófar*, pues en ese caso no había tradición española que contrarrestara la tendencia a imitar el árabe. Esa tendencia no ha tenido influencia ninguna en palabras como *almadraque*, en árabe *al-matraḥ*; tampoco la tuvo en *almohada* (árabe *almojadda*, con jota gutural y *d* oclusiva larga); quizás no se reconoció en las dos últimas palabras el parentesco entre la palabra castellana y la árabe. Otros casos son más significativos². También la *e* añadida en castellano a ciertas consonantes finales árabes, que el español no soporta en final de palabra, persiste generalmente en judeo-español marroquí; sirvan de testimonio, en nuestros textos, *alma-*

¹ La relación entre las vocales árabes y las que les corresponden en los arabismos del castellano y del dialecto merecería ser estudiada aparte; aquí nos limitaremos a indicar que el dialecto no ha adoptado ninguna vocal especial que no fuera propia del castellano; hay que recordar, sin embargo, la *a* y la *o* señaladas por Benoliel; véanse estas *Obs.*, § 17.

² La restitución de las consonantes árabes es completa en *azzahar*, pero no en *assemite* (ár. *assmid*) ni en *aššeb* (*b* castellana, en vez de la oclusiva larga del árabe) ni en *alheña* (ár. *alḥenna*, cast. *alheña*), ni en *hasta* (cast. *hasta*, ár. *ḥatta*; es verdad que también se usa *ḥatta* en el dialecto), etc.

draque, ya citada, *almisque* (árabe *al-mesk*, castellano antiguo *almizque* 'almizcle')¹.

De todo esto resulta que la acción de la fonética árabe sobre la parte española del dialecto ha encontrado resistencias tan serias como las que en las últimas generaciones han limitado la influencia del castellano moderno. Del estudio de esos dos órdenes de influencias se desprenden las mismas conclusiones: flexibilidad muy grande del dialecto para adaptar su fonética a circunstancias complejas, pero también fuerte personalidad lingüística que limita el efecto de las influencias exteriores y las somete siempre a una filtración original².

21. *Consonantes largas por encuentro de una consonante final con la consonante inicial de la palabra siguiente: adición si son idénticas; casos de asimilación de la primera a la segunda si son distintas.* — La intromisión de las consonantes largas en las palabras castellanas del dialecto no está limitada a las palabras de etimología árabe. La formación de consonantes largas ha llegado a ser un rasgo general del dialecto, observable en su parte puramente castellana; en particular, el dialecto ha imitado al árabe en los mecanismos de formación de consonantes largas por encuentro de una consonante final con la consonante inicial de la palabra siguiente.

a) En interior de palabra, el castellano actual no tiene consonantes largas; la *nn* sólo existe en algunas palabras poco populares (*innoble*, *connotar*, *en-negrecer*), en las cuales la conciencia percibe distintamente el prefijo terminado en *n* y la palabra con inicial *n*. La *nn* es normal entre dos palabras (*un niño*). En la misma posición, el castellano conoce *l-l* (*el libro*). Todos esos hechos se producen también en el judeo-español marroquí, pero además otras consonantes, que en igual posición el castellano reduce a una simple, persisten en el dialecto como largas, a imitación de lo que sucede en árabe. Se encuentra una *ss*: *déme sus señas señora* se oye con *s* larga muy claramente pronunciada en lugar del castellano *déme su' seña' señora*; lo mismo en *en vos serís* y en todos los casos semejantes, en *dossientos*, *tressientos*, etc. Se encuentra también una *dd*, cuando la *d* final pronunciada (véase § 7)

¹ También *assemite* y *azzeite*; sin embargo hemos encontrado *aššeb* sustituyendo al castellano antiguo *axebe*, *addib* por *adive*; también se dice a menudo *añneb* por *añnebe*: tal es la fuerza de la influencia analógica ejercida sobre esta palabra por las palabras de etimología árabe.

² El estudio de las palabras castellanas de etimología árabe en el dialecto merecería hacerse en su conjunto. Nosotros hemos tenido que limitarnos aquí a las observaciones indispensables para la lectura correcta de nuestros romances. Las consonantes largas no han sido señaladas en la ortografía de nuestros textos, pues hemos temido, por las razones ya expuestas, alejarla excesivamente de la ortografía habitual.

encuentra una *d* inicial: *la ciudad de Toledo, por meaad del corasón*⁴.

b) Hasta ahora hemos visto consonantes largas resultantes del contacto de dos consonantes idénticas. La misma situación puede producirse y se produce a menudo en judeo-español como resultado de una asimilación de consonantes. De las dos consonantes, se asimila siempre la primera a la segunda. He aquí la lista de esas asimilaciones:

1° $r + l = ll$ y $l + r = rr$: *er rey, er rico mansano, etc.*; *contal-le* (contarle), *vas pol leña*, etc. Sin embargo, la pronunciación $rl > ll$ tiene tendencia a pasar ya por anticuada o descuidada.

2° La *s* se asimila a la *r*, la *l*, la *ž* y la *š* siguientes: *gaínar refritas, mir ricaz mangas, etc.*; *total laz aves, el la (es la) que quiero yo, etc.*; en *ca de sus donzeyaz žaze; loš šarales*.

3° La *n* se asimila a la *r* y a la *l* siguientes: *en la ciudad se oye el la ciudad*, a veces con ligera nasalización que se mantiene en la vocal anterior (*el la*), etc.⁵; también *el huen rey se oye el huer rey*, a veces con una *e* débilmente nasalizada, etc.⁶.

4° La *n* se asimila a la *m* siguiente: *em mano, com Martinico, etc.*

5° La *l* se asimila a la *n*: *en niño (el niño)*, etc.; se trata sobre todo de la *l* final del artículo; pero si bien he observado como muy vivaz esa asimilación de *l* a *n*, la de *l* a *d*, que Benoliel presenta como igualmente constante (*ed de... por el de...*)⁴, me ha parecido casi fuera de uso.

6° La *t* se asimila a la *d* y a la *n* siguientes: *de verdat te lo digo; siudán ninguna*.

El cuadro siguiente dará una idea de conjunto de los fenómenos que acabamos de describir. Hemos hecho entrar en él fenómenos no descritos más arriba, y de los que nuestros textos no ofrecen ejemplo; así el tratamiento de *d* final ante *l*, *m*, *r*; *la verdal la diré yo*, *la libertam me gusta, una siudar rica*. El uso de las minúsculas indica que la consonante doble, resultado de una asimilación, va declinando en la última generación, volviéndose a pronunciar las dos consonantes distintas. Marcamos con una *n* minúscula que precede a la consonante larga, el vestigio nasal que la *n* final asimilada ha podido dejar en la vocal precedente.

⁴ Las dos *d* fricativas, al unirse, se refuerzan y la consonante larga que resulta es francamente oclusiva.

⁵ La asimilación de la *n* a la *l* está tan avanzada que mi informante oranesa, que escribe, siempre que se presenta el caso, *otro día es la mañana*, no pudo excluir, a pedido mío, la interpretación *en la mañana*, más verosímil: la pronunciación es sensiblemente la misma; ahora bien, en el caso de $s + l$ la asimilación es total.

⁶ Entiéndase bien que el redoblamiento de *r* no puede provenir sino de la asimilación de la *n*; normalmente la palabra no se pronuncia *rrey* sino *rey* (véase § 8).

⁴ BAE, XIII, pág. 225.

Consonantes largas por adición y asimilación

| | | CONSONANTES INICIALES | | | | | | | | |
|------------------------|----------|-----------------------|----------|----------|-------------|----------|----------|----------|----------|----------|
| | | <i>l</i> | <i>m</i> | <i>n</i> | <i>r</i> | <i>s</i> | <i>d</i> | <i>t</i> | <i>š</i> | <i>ž</i> |
| CONSONANTES FINALES | <i>l</i> | L-L | | NN | RR | | dd | | | |
| | <i>n</i> | <i>n</i> L-L | MM | NN | <i>n</i> RR | | | | | |
| | <i>r</i> | l-l | | | RR | | | | | |
| | <i>s</i> | L-L | | | RR | SS | | | šš | žž |
| | <i>d</i> | L-L | MM | NN | RR | | DD | TT | | |

22. *Consonantes largas por asimilación en interior de palabra.* — Sería interesante examinar en qué medida las asimilaciones observadas entre la consonante final de una palabra y la que inicia la palabra siguiente se producen también entre dos consonantes vecinas en el interior de una misma palabra. Puedo responder de algunos casos particulares: *sinrazón* debe leerse *sirrazón* o *širrazón* (con nasalización poco perceptible); igualmente *erriquecer-šriquecer*; *erramar-šramar*; *conmigo* se dice *commigo-cōmmigo*; pero en realidad éstas son palabras compuestas, y se las siente como tales. *Honra, honrar, honrada, dezhonrada* (léase *horra, horrar, korrada, dezhorrada*), *burla, burlar* (en el dialecto auténtico *bul-la, bul-lar*), *perla, (pel-la)*, son más interesantes⁴.

23. En conjunto, el examen de nuestro cuadro muestra que si la influencia árabe ha podido favorecer en general la producción de consonantes dobles, no explica sin embargo todos los casos particulares de formación de tales consonantes.

La asimilación de *l* ante *n* o *d* en el dialecto (prácticamente es la *l* del artículo castellano *el* ante el nombre) sin duda ha sido influida directamente por el fenómeno árabe correspondiente. Pero los grupos *ls, lt, lš*, que en el encuentro de artículo y nombre también desembocan en árabe en la asimi-

⁴ Para tratamiento análogo en dialectos americanos, véase AMADO ALONSO y ANGEL ROSENBLAT, BHD, I, 175, nota 3, y RODOLFO LENZ, BDH, VI, 115. He oído entre los judíos españoles de Orán *charrar* por *charlar*, único ejemplo en que la asimilación se cumple en provecho de la primera consonante. BENOLIEL da *chal-la* (con *l* doble) por *charla* (BAE, XIII, pág. 229), pero nunca he escuchado esta forma.

lación, en el mismo caso permanecen intactos en el dialecto. En cambio, fuera del caso de artículo + nombre, la asimilación de consonantes finales a las iniciales siguientes se ha desarrollado mucho más que en árabe; en particular, *l*, *r*, *s*, *d* finales, según recuerdo, son mucho más estables en árabe que en el dialecto. En este caso, como en los demás, se manifiesta la originalidad del dialecto.

24. *Alargamiento arbitrario de consonantes intervocálicas en palabras castellanas.* — Algunas consonantes largas se han desarrollado, en posición intervocálica, en una serie arbitraria de palabras puramente castellanas, por razones difíciles de precisar.

a) Este fenómeno alcanza en primer lugar a la *s* sorda o sonora, cualquiera que sea su origen, ya sea que en el español actual corresponda a una alveolar o a una interdental; también afecta a la *w* y la *y*¹. A continuación damos la lista de palabras de nuestros textos en las que la sibilante intervocálica tiene valor largo; en todas las que no citamos es simple (como ya hemos dicho, no hemos creído necesario complicar la ortografía de nuestros textos con tales indicaciones):

1. *S* sorda intervocálica, larga:
(correspondiente a *s* castellana): *assar*; *desseo*, *dessear*;
(correspondiente a *θ* castellana): *corassón*.
2. *S* sonora intervocálica, larga;
(correspondiente a *s* castellana): *azza*; *bezzo* y derivados; *cazza*, *cazzar*, *cazzamiento* (cast. *casa*, *casar*, *casamiento*); *cazzo*; *cozza*; *cuzzía* (cast. *cosía*, de *cuzzer*, cast. *coser*); *espozza*; *Huezzo* (cast. *Bueso*); *mezza*; *pezzar*, *sezzo*; *uzzar*, *uzzansa*; *puzzi*, *puzzo*; — adjetivos en *-oso* y derivados: *hermozzo*, *hermozzura*, *fortunozzo*, *lastimozzo*;
(correspondiente a *θ* castellana): *cozzar* (cast. *cocer*), *cozzina* y derivados; *gozzar*; *dozze*; — sustantivos en *-eza*: *beyezza*, *gentilezza*, *pobrezza*, *riquezza*, *sutilezza*.
3. *W* intervocálica larga (*ɥw*). Hemos visto que la *w* era más frecuente en el dialecto que en castellano, puesto que *hw* y *gw* se reducen a ella (véase § 6). La *w* intervocálica tiene el valor doble en nuestros textos en: *aɥwa*, *luɥwar*, *pechuɥwita* (= *agua*, *lugar*, *pechuguita*; también se dice *pechuɥwa*).
4. *Y* intervocálica larga (*ɥy*). En nuestros textos en *aiyer*, *caiyó* y *caiyera*, *majyor*².

b) Es difícil dar una explicación satisfactoria de estos fenómenos, y sobre

¹ Ya sabemos (§ 20) que la *s* y la *z* largas son comunes en árabe; lo son igualmente las dos semiconsonantes largas *ww* y *yy*.

² BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 231, da la pronunciación judeo-española de *cayó* como *cayó*: una oclusión palatal precede a la *y*. Por mi parte no he oído oclusión previa; además Benoliel, en la conjugación de *caer* (*ibid.*, pág. 358), escribe *cayó*. Debí oír dos pronunciaciones igualmente usadas donde yo sólo oí una.

todo, decir en qué condiciones se cumple o no el alargamiento. Se encontrarán en Benoliel listas más completas que las nuestras, que sólo comprenden las palabras incluidas en nuestros romances. El examen de esas listas no me ha permitido deducir ninguna ley general. Los casos existentes son esporádicos (compárese *pasar* y *assar*, *prezo* y *sezzo*, *frawar* y *aɥwa*, *majyor* y *desmayo*). Es indudable que esos casos se deben al contagio de las consonantes largas que se introdujeron en el judeo-español marroquí con los arabismos dialectales. Ya hemos visto que esas consonantes largas se han extendido en ciertos casos a los arabismos castellanos del dialecto (véase § 20 b), y también se han desarrollado, por imitación del árabe, en ciertas condiciones de fonética sintáctica (§ 21). Esas consonantes largas son un fenómeno nuevo del dialecto, que pudo originar un estado de inseguridad en el consonantismo dialectal; dentro de ese estado es muy comprensible que las consonantes nuevas hayan invadido analógicamente palabras ajenas a toda etimología árabe. Por qué han logrado imponerse en unos casos y no en otros, corresponde a la historia de cada palabra o grupo de palabras. Además he comprobado diferencias entre las observaciones de Benoliel y mi experiencia: así, por ejemplo, él nota *quizzó*³, en tanto que yo he oído exclusivamente *quizo* (cast. *quiso*); él da *puzzierra*, que siempre he oído como *puziera*⁴, en tanto que he oído *puzzo* como él; él da *juɥwar*⁵ (*juɥwar* en su ortografía; cast. *juglar*), en tanto que yo sólo conozco *juwar*; pero estamos de acuerdo en cuanto a *luɥwar* (*luɥwar*)⁶, cast. *lugar*⁷.

De todo esto resulta que el alargamiento de la consonante intervocálica

³ BAE, XIII, págs. 230, 358. Igual divergencia en todas las formas de *querer* que tienen el mismo radical.

⁴ *Ibid.*, pág. 358. Igual divergencia en todas las formas de *poner* en que la *s* va seguida del diptongo *ie*. En las demás formas también yo compruebo la doble *z*.

⁵ *Ibid.*, pág. 221.

⁶ *Ibid.*, pág. 221.

⁷ Benoliel anota igualmente *fummo* (*humo*) (BAE, XV, 191), en tanto que yo siempre he oído decir *humo*, con *m* simple. Es curioso comprobar el redoblamiento, inusitado, de la *p* intervocálica en el caso de la expresión hecha *no seppamos de mal* ('Dios nos guarde de mal'), en tanto que *sepa*, *sepamos*, etc., se pronuncian de ordinario con una sola *p*. En la expresión citada, la doble *p* se reviste de un valor expresivo; parece insistir sobre el matiz de indignación o de asco que se asocia a esa fórmula, empleada siempre con la apariencia de un deseo, pero para expresar la desaprobación de una conducta odiosa, que no deseamos ver imitada en nuestra proximidad. No menos curioso es el caso de la palabra hebrea *berajá* 'bendición' (con jota gutural); cuando se emplea en el dialecto se pronuncia con una jota doble que no se le da en la lectura del hebreo, en el que, por otra parte, la jota doble es desconocida; pero sí existe en árabe. La *m* larga es muy común en hebreo y árabe; la *p*, ajena al alfabeto árabe, se usa hoy, sin embargo, en el habla magrebí, en palabras calcadas sobre los idiomas europeos, y a veces es larga; además la *p* simple y doble es conocida en hebreo. Recordemos la existencia de una *ñ* larga, igualmente ajena al árabe y al hebreo, pues esos dos idiomas desconocen la *ñ* (véase § 20 d).

ha perdido algún terreno desde hace unos cincuenta años, quizás por el proceso de recastellanización que ya hemos observado en otras partes. Sea lo que fuere, el uso de las consonantes dobles es uno de los rasgos por los que el dialecto se separa más netamente de la tradición castellana. Ligadas a una elocución más bien arrastrada, a un lenguaje ordinariamente burlón, en el que la majestad del tono y la causticidad del contenido corren a menudo parejas, las consonantes dobles contribuyen en gran parte a dar al dialecto su fisonomía propia.

MORFOLOGÍA DEL DIALECTO

En el judeo-español de Marruecos, las particularidades morfológicas conciernen casi exclusivamente a los verbos; toda la conjugación castellana ha sido reformada en el dialecto. Sobre ese asunto se hallarán indicaciones completas y minuciosas en el estudio de Benoliel¹. A continuación tomamos ejemplos de nuestros romances para recordar los rasgos principales.

I. EXTENSIÓN ANALÓGICA DE DESINENCIAS. — A) De la 3ª conjugación a la 1ª y a la 2ª (segundas personas de plural).

25. El dialecto usa *-ís, -is*, en todos los casos en que el castellano correcto usa *-éis, -eis*: *tenís, serís, etc.*; *yorís, dis, etc.*; *sacaris, etc.* Véanse en R. Cuervo, *Obras inéditas*, Bogotá 1944, pág. 334, datos sobre la extensión del *-is* en tales casos en el dominio hispánico.

26. En la segunda persona del plural del pretérito la desinencia es *-tis*. No hay que suponer que ese *-tis* resulta de una modificación del castellano correcto *-steis*, por analogía con los casos del § 25; en efecto ese *-steis* ha substituído en el castellano la desinencia antigua *-stes* por extensión analógica del *-éis* de *sabéis, tenéis, etc.*; habiendo adoptado el judeo-español la desinencia *-ís* para esas personas, pudo pasar directamente del *-tes* al *-tis* analógico en el pretérito².

La antigua desinencia plural en *-tes*, suplantada por *-tis*, se usa en el dialecto para la 2ª persona del singular, sin duda por la analogía que presenta con las desinencias habituales de esa persona en todos los tiempos (véanse ejemplos antiguos de *-tes* en la 2ª persona del singular en R. Cuervo, *Obr. inéd.*, pág. 348).

Así, en nuestros textos, en el singular: *abrasates, bezates, dites, nasites, vendites, etc.*; y en el plural: *cobratís, prometítis, etc.* En cuanto a la

¹ BAE, XIII, pág. 350 y sigs.

² Véase al respecto RUFINO J. CUERVO, *Obr. inéd.*, Bogotá, 1944, págs. 344 y 345; en la pág. 348, cita una forma antigua *distedes*, que demuestra la tendencia a imponer a la 2ª pers. del plural del pretérito la misma desinencia que en los demás tiempos, cualquiera que sea la forma usada, *-edes, -eis* o *-is*.

supresión, constante en el dialecto, de la *s* que precede a la *t*, véanse ejemplos en Cuervo, *Obr. inéd.* págs. 345-346.

B) De la 3ª conjugación a la 2ª (segunda persona del plural del imperativo).

27. El dialecto usa siempre formas en *t* en el imperativo de la 2ª conjugación: así *escogí, poní* en nuestros textos (= *escoged, poned*), por analogía con *acudí (acudid)*.

28. De esas formas resulta probablemente el imperativo en *-ay* (cast. *ad*) de la 1ª conjugación, que se puede explicar por la tendencia a unificar analógicamente la relación del imperativo con el indicativo: *ponís -poní* puede haber dado por analogía *tomáis -tomay*¹. Encontramos en nuestros textos *apartay, cazaimé* (cast. *casadme*), *dejay, dejaimé, recaday, etc.*

29. Las formas en *-ad, -id*, con *d* final, se encuentran únicamente ante el pronombre régimen de la 3ª persona, y siempre con metátesis del grupo *-dl-*: así *ensimentaldas, quitalde, rondalda* (pero también tenemos *mirailas*, XLV, 9), *trailde*². Nuestro único caso de *-d* que no esté ante un enclítico en *l-* es *idos* (XII, 41).

En la 1ª conjugación, se encuentran formas con acumulación de la desinencia *-ay-* y del grupo *-ld-*: *yevailde, dailda*.

C) De la 1ª conjugación a la 2ª y a la 3ª (segunda persona del subjuntivo usada como imperativo).

30. Nuestros textos usan el subjuntivo como imperativo en todas las conjugaciones: *deis, dejéis, escuchís, matedeis, saquís, abra-deis, digadeis*³, etc. Quizás haya que atribuir a la influencia analógica de formas como *saquís* y *escuchís*, los imperativos *traís* (cast. *traed.*) e *is* (cast. *id*) que hallamos en nuestros textos: igualmente Benoliel (BAE, XIII, 213) anota *abrisme, subisme*⁴. Obsérvese que los subjuntivos, usados como tales, permanecen intactos: se dice *que traigáis, que vayáis, que abráis, que subáis*.

¹ El paso de *-ad* a *-ay* no es fonético en el dialecto: véase § 7.

² La 2ª persona del plural del imperativo de *traer* en el dialecto es *traí* (véase § 27). En cuanto al futuro dialectal *trairé* y al condicional *trairía*, se explican fonéticamente; también se dice *cairé, cairía*, véase Benoliel, BAE, XIII, págs. 358-359; la diptongación no se produce cuando la *a* o la *e* es tónica: se dice *caes, traes, caemos, traemos, etc.*, no *cais, caimos, etc.*

³ Sobre la coexistencia de formas en *-eis* con las formas dialectales en *-is* en nuestros romances, véase el § 54 a; sobre las formas arcaicas en *-adeis*, véase § 54 b.

⁴ Benoliel explica fonéticamente esas formas, suponiendo que el grupo *-dm-* de *abridme, subidme* ha pasado a *-sm-*. Pero ejemplos como *is* y *traís*, sin *-me* (XVIII B, 17), refutan esa explicación.

D) De la 2ª y 3ª conjugación a la 1ª (primera persona singular y plural del pretérito).

31. El dialecto tiene la 1ª persona singular del pretérito de la 1ª conjugación en *-í* en vez de *-é*. Nuestros textos tienen *cazi* (cast. *casé*), *crí*, *despertí*, *empestí*, *enseñí*, *entri*, *gastí*, *hayí* (cast. *hallé*), *yeví* (cast. *llevé*), etc.

La 1ª persona del plural del mismo tiempo en la 1ª conjugación es igualmente en *-imos*, no *-amos*: *cantimos*, *tomimos*, etc. Da la casualidad que no tenemos ejemplos de estas formas en nuestros romances.

En la 2ª persona del singular y en la 2ª y 3ª del plural, subsiste la *a*: *cantates*, *cantatis*, *cantaron*.

32. *Pretéritos fuertes en i*. Se dice *hizi*, *hubi*, *puzzi*, *quiži*, o *quiji* (véase § 19 a), *truši* o *truji* (véase 19 b, nota), *tuvi*, *vidi*, etc. Parece difícil explicar esas formas por la analogía de los pretéritos agudos en *-í*. Sin embargo, las mencionamos en este lugar porque resultan probablemente de la extensión general de la *i* en las desinencias de los pretéritos. El cambio de *e* final átona en *i* no es fonético, pues no se produce nunca en otros casos en el dialecto. Hay que notar, en cambio, que el judeo-español de Marruecos está familiarizado, gracias al árabe, con las palabras graves en *-i* y usa muchos arabismos de esa clase¹. El uso de esos arabismos pudo facilitar el paso de *-e* a *-i* en los pretéritos graves. Obsérvese, sin embargo, que el mismo fenómeno parece existir entre los judíos de Oriente; hallamos en Menéndez y Pelayo, *Antología*, X, pág. 335, *anduvi* y pág. 352, *tuvi*².

E) De la 2ª conjugación a la 3ª (infinitivo y primera persona del plural del indicativo).

33. El dialecto usa, casi siempre, infinitivos en *-er* en vez de *-ir*. Así *suber* en nuestros textos. Igual sucede en los tiempos derivados del infinitivo: *viveré*, *viverá* (de *viver*); *resiberé* (de *resiber*), *acudería* (de *acuder*). Además los verbos del tipo de *servir*, *sentir*, *dormir*, han pasado a *sinter*, *sirver*, *durmer* (véase § 36).

Son muy pocos los verbos que conservan en el dialecto el infinitivo en *-ir* y los tiempos que se derivan de él; Benoliel da una lista de ellos en *BAE*, XIII, pág. 354; en nuestros textos figuran *abrir*, *ir*, *morir*, *parir* y *malparir*, *salir*, *partir*, *venir*.

¹ Véanse algunos en Benoliel, *BAE*, XIII, págs. 517 y 518: *foqi* 'piso alto', *tetauni* 'tetuanés', *rifi* 'rifeño', *žebli* 'montañés'; en cuanto a la acentuación grave de esa clase de palabras, generalizada en el árabe actual del Norte de África, véase STEIGER, *Fonética del hispano-árabe*, Madrid, 1932, páginas 71, 2º; 77, nota 5; 78 y 79.

² La ortografía *anduví*, *tuví*, dada por Menéndez y Pelayo, y reproducida por Menéndez Pidal, *Catálogo*, 92, es ciertamente errónea; hay que leer *anduvi* (en Marruecos se dice *andí*, suprimiendo la irregularidad del radical), *tuvi*. También en Benoliel la ortografía de esas formas es deficiente, pues en *BAE*, XIII, págs. 358 y 359, sólo *pudí* y *viní* están escritos correctamente; se imprimió por error *cupí*, *puzzi*, etc., por *cupi*, *puzzi*.

34. La 1ª persona del plural del indicativo presente es siempre en *-emos* en vez de *imos*. El dialecto ignora en el presente la terminación en *-imos*, aun en los verbos que conservan el infinitivo en *-ir* (véase § 33): se dice *sintemos*, *sirvemos*, *durmemos*, y también *abremos*, *venemos*, etc.¹.

De todo lo que antecede (§§ 25 a 34), resulta que la conjugación del dialecto, en lo que se refiere a las desinencias, se ha reducido casi completamente a dos tipos en vez de los tres usados en el castellano; la 3ª conjugación casi no existe más. En cambio algunas de sus flexiones han invadido la 1ª y la 2ª; la 1ª, que ha contagiado muy poco a las demás, ha imitado en cambio desinencias comunes a la 2ª y la 3ª: por tales motivos la 1ª y la 2ª resultan menos distintas en el dialecto que en el castellano correcto. En general, pues, el dialecto ha simplificado y unificado la conjugación castellana. Vamos a observar un proceso análogo en lo que se refiere a las irregularidades de los radicales verbales.

II. UNIFICACIÓN DEL RADICAL EN VERBOS IRREGULARES.

35. Una de las particularidades del dialecto es que ha eliminado casi completamente la diptongación de la *e* o la *o* tónicas del radical. Así *enterran*, *enterran*, *pensa*; *costa*, *coste*, *encontran*, *encontran*, *solten*; *volvas*, *volva*; *juwa*, *juwe* (de *juwar* = cast. *jugar*, con radical invariable). No creemos que se trate de una antigua influencia del portugués o de los dialectos occidentales de la Península, pues los sustantivos *tierra*, *huella*, *juego*, mantienen intacta la diptongación; como el hecho se limita al verbo, nos parece que es resultado de una regularización analógica de los radicales verbales.

36. En los verbos en que la vocal *e* del radical conoce en castellano una alternancia con *i* en el dialecto, uniformemente se tiene *i*: *sirveré*. Los verbos del tipo de *servir* (véase supra, § 33) llegan a un tipo *sirver*, con radical fijo. Igualmente tenemos *dizía*, *dizían*, de *dizer*².

37. Algunos verbos de la 1ª y 2ª conjugación han resistido a esta unificación de la última vocal del radical: son, especialmente, *tener*, que con-

¹ Si se tiene en cuenta lo que hemos dicho más arriba, § 31, se advertirá que la 1ª persona del plural del indicativo presente en el dialecto es en *-amos* (verbos de la 1ª conjugación) o en *-emos* (todos los demás), y que la misma persona, en el pretérito, es siempre en *-imos*, lo cual representa una simplificación con respecto a la conjugación castellana, que usa *-amos* e *-imos*, ora en el presente, ora en el pretérito.

² Se dice *pider*, *errier* 'reír', *vister*, *siguer*, etc. Las irregularidades propias de *decir* (*digo*, *diga*, *diré*, *dicho*, etc.) están intactas en el dialecto. En verbos como *sentir*, que tienen a la vez la diptongación y formas con radical en *i*, todo se ha reducido a *i*: *sinter*, *sinto*, *sintemos*, *sintís*, *sintía*, *sintió*, etc. En forma semejante *dormir* ha dado *durmer*, con *-u* fija: *durmer*, *durmo*, *durmemos*, *durmís*, *durmía*, *durmió*, etc. Véase una lista más extensa en BENOLIEL, *BAE*, XIII, págs. 353-354.

serva las formas en *-ie-*; *querer*, lo mismo; *poder*, que tiene las formas en *-ue-*¹. En cuanto a *doler*, Benoliel indica que no sólo se mantuvieron las formas en *-ue-*, sino que algunas personas unifican todo el radical en *duel-* y dicen *dueler* (BAE, XIII, pág. 355); sin embargo, tenemos un subjuntivo *dola* (IX B, 34), que demuestra una tendencia contraria. En cambio la diptongación del radical ha sido generalizada en *negar*, con cambio de *nie-* en *ñe-*: tenemos *ñegues*, *reñega*, *reñegado*².

38. En algunos verbos de la 3ª conjugación castellana, la unificación del radical (véase § 36 y nota) es objeto de vacilaciones. Benoliel observa que en *minter* (cast. *mentir*) algunos usan las formas en *mient-*; en cambio, a las formas castellanas en *ment-* corresponde siempre *mint-* (BAE, XIII, pág. 355). Igualmente en *durmer* (cast. *dormir*) se usan a veces las formas en *duerm-* (véase *duerme*, *duermas* en nuestros textos) pero no las en *dorm-*, siempre suplantadas por *durm-* (BAE, XIII, pág. 358). Esa vacilación relativa a las formas diptongadas se extendió analógicamente a *sirver* (cast. *servir*): así *sierva* por *sirva* en nuestro romance XXXVI, 22 (según Benoliel, BAE, XIII, pág. 354, esas formas en *sierv-* no son usadas sino por algunos).

39. En *morir* se han conservado intactas todas las variaciones del radical (*muero*, *muere*; *morir*; *murió*, etc.)³.

40. *Venir* también está intacto en las variaciones de su radical (*venir*, *venían*, *vienes*, *vino*, etc., en nuestros textos).

En suma, se trata de un vasto esfuerzo de simplificación de la conjugación castellana, reducida a mayor uniformidad. El resultado de ese esfuerzo ha sido atenuar las diferencias entre las flexiones de las distintas conjugaciones y eliminar casi completamente las variaciones de la última vocal del radical en un mismo verbo. Las otras irregularidades de la conjugación castellana no han sido tocadas. Sería interesante saber cuándo ocurrieron esas transformaciones y sobre qué precedentes de la tradición peninsular pueden haberse apoyado; para contestar estas preguntas, habría que comparar nuestras formas con las que pudieron existir en el castellano antiguo y también con las del judeo-español de Oriente y de los dialectos hispánicos modernos.

¹ Según BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 355, también en *emporcar* y *soler* se produce normalmente la diptongación.

² Se puede considerar como otro caso de generalización del radical diptongado el de *cayentar* (< *callentar* < *calientar*); véase *cayentura* en nuestros textos.

³ BENOLIEL, BAE, XIII, pág. 359, trae un *muremos*, que es la única anomalía referente al radical de ese verbo en toda su conjugación; en cuanto a la desinencia *-emos* por *-imos* en el presente, es general en el dialecto (véase § 34; *muremos*, de *morir*, corresponde a *durmemos*, de *dormir*).

III. OTRAS PARTICULARIDADES DE LA CONJUGACIÓN.

41. Existe una tendencia a imponer al pretérito de *dar* la conjugación común del pretérito de los verbos en *-ar*. *Di* y *dimos* son conformes a las normas de esa conjugación en el dialecto (véase § 31); en cambio, en la 2ª persona del singular y del plural, las formas castellanas en *di-* son anormales: por eso, al lado de *dites* (cast. *diste*; véase § 26) en nuestro XXXV, 47, 48, existe *dates* (así en Ortega, pág. 223, romance de Moriana: «*Qué me dates, Moriana?*»; otro romance de Ortega, pág. 229, dice ya *dites*, ya *dates*); igualmente en el plural tenemos un *datis* (en cuanto a *-tis* por *-teis*, véase § 26) en XXIII, 26; Benoliel, BAE, XIII, pág. 357, sólo parece conocer *dates* y *datis*. *Dió* y *dieron* se mantienen en el dialecto a pesar de contradecir las normas del pretérito de la 1ª conjugación; igual sucede con *diera*, que aparece numerosísimas veces en nuestros textos, frente a un caso único de *dara* (XVIII, 14)¹. En cuanto a la forma *do* (= *doy*; véase L, 18), Benoliel, BAE, XIII, pág. 352, dice que se usaba antiguamente en el dialecto².

42. *Oír* se dice siempre en el dialecto *oyer* (véase § 33), con radical fijo en *oy-* (*oyo*, *oyes*, *oye*, *oyemos*, *oyís*, *oyen*). De ahí las formas *oyerís* (= *oiréis*), *oyí* (= *oí*) y *oya* (= *oiga*) de nuestros textos. Siempre he oído pronunciar la *y* del radical ante *i* (*oyís*, *oyía*, *oyido*), aunque la fonética del dialecto es más bien hostil al grupo *yi* (véase § 9). En cambio Benoliel, que conoce la transformación de *oír* en *oyer* y su nueva conjugación (BAE, XIII, 358), hace caer la *y* ante la *i* cuando el dialecto ha conservado esa *i* en las desinencias (*oyer*, *oyemos*, pero *oí*, *oído*, etc.). Pudo haber vacilación entre la tendencia a unificar el radical y la repugnancia hacia *yi*. Nuestros textos llevan siempre *oído*, no *oyido*.

43. *Ir* nos ofrece el curioso pretérito *i*, pero en un verso poco claro (XVII, 1); la forma corriente es *fuí*. Benoliel (BAE, XIII, pág. 359) ignora el pretérito *i*, pero conoce un imperfecto *ía* (en lugar de *iba*), que parece proceder de la misma tendencia a reducir la conjugación de *ir* a las normas de la conjugación regular.

En la 2ª persona del singular del imperativo, el dialecto y nuestros textos no conocen sino *vay*, *vaite* (cast. *ve*, *vete*). El gerundio es *indo* en el uso común, como en nuestros textos.

¹ El dialecto elimina, en forma análoga, las irregularidades de *andar* (pretérito *andí*, *andates*, etc.; pero existen *andwiera* y *andwiere* al lado de *andara* y *andare*, según Benoliel, BAE, XIII, pág. 357), no las de *estar* (*estuvi*, *estuvites*, etc.): el *estare* de nuestros XXXI, 16, no es forma usual por *estuwiere*, sino interpretación incorrecta de *estáe*.

² En general el dialecto tiene la tendencia contraria; se dice *cántoy*, *cómoy*, etc., generalizando la desinencia *-oy*. Lo confirma Benoliel, BAE, XIII, págs. 351 y 352, pero dice que ese uso es «relativamente moderno».

44. Ya hemos visto que *traer* tiene el pretérito en *truj-* (*truji*, *trujites*, *trujo*, etc., modernización de *truši*, etc. : véase § 19 b, nota), y *querer* en *quíz-* (*quizi*, *quizites*, *quizo*, etc. ; sobre su modernización véase § 19 a).

45. En el pretérito de *ver* se usan *vidi* (véase § 32), *vido*, pero parece que estas formas son anticuadas. Benoliel (*BAE*, XIII, pág. 359) da para *ver* un pretérito normal ; nuestros textos, al lado de *vidi* y *vido* tienen ejemplos de *vi*, *vió*, *vieron*. El imperfecto es *vía* (por *veta*). Hay que agregar que *ver* no se usa tanto en el dialecto como en castellano, pues se dice mucho *mirar* en el sentido de *ver*.

46. *Hazer* tiene como gerundio *hendo* (también se usa *haziendo*).

47. El gerundio de *leer* es *leendo* (igualmente se dice *traendo* ; Benoliel, *BAE*, XIII, pág. 359, confirma esta última forma).

48. *En todo lo que no hemos mencionado en estas observaciones los verbos citados se conforman a las particularidades de su conjugación en castellano.*

SINTAXIS

Las escasas aclaraciones requeridas por nuestros textos han sido dadas a lo largo de las notas. Precisemos solamente el uso que hace el dialecto de algunos pronombres personales.

49. *Le*, *lo*, *la*, *los*, *las*. El dialecto emplea siempre *le* para el masculino singular, ya se trate de dativo o de acusativo, de persona (*moros te le maten*, VII, 45 ; *por poderle conoser*, XV B, 36, etc.) o de cosa (*cortó clavel y besóle*, XLIV, 31, etc.). *Lo* sólo se emplea en sentido neutro (recapitulador) (*se lo diré*, II, 38, etc.)¹. Para el femenino singular sólo se conoce *la*, tanto en el dativo como en el acusativo (*los dolores la venían*, III, 20, etc.). En el plural *les* es desconocido ; *los* y *las* se emplean respectivamente para el dativo plural masculino y femenino (*no los han dado sebada*, XXIV, 72, etc. ; casualmente no hay casos de dativo plural femenino en nuestros textos).

50. *Vos*. El *vos* ceremonioso para dirigirse a una sola persona se emplea en todos los casos (sujeto, régimen del verbo, régimen de la preposición : *vos serís*, VII, 21, etc. ; *vos libraría*, XI, 25, etc. ; *con vos*, XI, 22, etc.)².

¹ No encuentro ni en Benoliel ni en mis propias observaciones y recuerdos rastro alguno de *lo* empleado como dativo, del cual habla Américo Castro (*loc. cit.*) y que sería entre los judíos un rasgo del Norte de España.

² Para dirigirse a varias personas el dialecto emplea *voztros* para el sujeto de un verbo y para el régimen de una preposición, *vos* para el régimen de un verbo. Véanse en el *Índice*, s. v. *le*, *lo*, *la*, *los*, *vos*, las referencias a los lugares correspondientes de nuestros textos.

COMPARACIÓN DE LA LENGUA DE LOS ROMANCES CON EL DIALECTO HABLADO

Hasta ahora hemos dado por supuesto que el dialecto hablado y la lengua de nuestros romances coincidían absolutamente, y hemos extraído de nuestros textos ejemplos apropiados para caracterizar el habla de los judíos españoles de Marruecos. Pero la realidad es menos sencilla : en efecto, la lengua de nuestros romances, en el texto que de ellos hemos dado, presenta notables diferencias con el dialecto hablado. Es necesario que ahora exponamos, y si es posible expliquemos, esas diferencias.

De modo general, el texto de nuestros romances está más cerca de las normas del español peninsular que la lengua hablada. La primera explicación que se presenta consiste en atribuir ese hecho a una influencia moderna y considerar las formas de nuestros romances que difieren del dialecto hablado como correcciones introducidas por mis informantes en sus versiones : las versiones oranesas me han sido comunicadas por escrito, como también buena parte de las que he recogido en Buenos Aires, y es natural que la influencia del castellano moderno y el pudor dialectal sean más fuertes cuando se escribe ; además, aun en las versiones comunicadas oralmente, mis informantes de Buenos Aires, como ya he dicho, deben de haber dejado pasar muchos rasgos de su castellano usual. He corregido, de acuerdo con mis informantes, en Orán y en Buenos Aires, muchas de esas modernizaciones indebidas ; pero no he podido siempre examinar todas las formas sospechosas y las he respetado cada vez que hubo vacilación en mis informantes, aunque personalmente no las creyera fundadas en la tradición.

También se debe atribuir origen moderno a los castellanismos — por decir así — de nuestros textos, cuando se trata de romances tardíamente introducidos en Marruecos ; los romances traídos por españoles en las últimas décadas, y los que penetraron en la tradición marroquí por libros o pliegos modernos, no se han plegado siempre a las normas dialectales (a nuestros números XLIII y LIX hemos tenido que dejarles su fonética y morfología modernas ; en otros casos, LII, LV, LVI, LVII, LVIII, mis informantes no admitieron siempre las particularidades dialectales, insistiendo en que se dejaran las formas correctas).

¿ Pueden atribuirse todas las diferencias que observamos entre la lengua de nuestros romances y el dialecto corriente a influencias modernas, es decir, a las correcciones de los recitadores o a la reciente importación de los mismos textos ? No me parece probable y creo que muchas de esas diferencias se deben explicar por la resistencia de los textos tradicionales a la evolución dialectal. Es evidente que toda transmisión oral de textos, sobre todo cuando ha pasado la época de verdadera creación, queda sustraída, hasta cierto punto, a la influencia del lenguaje vivo. Es muy significativo, a ese respecto, que en nuestros textos haya tan pocas palabras hebreas y

árabes de adopción reciente: sólo hay dos árabes (II, 21, LXVII, 7; LX, 19) y una hebrea (L, 38, variante) en varios miles de versos, mientras que en el dialecto hablado no hay frase que no tenga alguna o varias de ellas. Además, nuestros romances están llenos de palabras castellanas desusadas en el dialecto común y cuyo sentido, sin embargo, se sigue entendiendo casi siempre. De todo esto resulta que el romancero, en su léxico, representa un estado lingüístico muy anterior al actual. Entre los que recitan todavía romances no hay quien no se dé cuenta de ello, y considere los arcaicos textos cuya memoria conserva más nobles que el habla vulgar. Existiendo, pues, la conciencia de tal diferencia en el léxico, no es imposible admitir que hayan resistido también en el romancero formas que en el mismo tiempo se alteraron en el dialecto hablado.

Dos circunstancias han podido favorecer esa resistencia del romancero a la influencia dialectal. En primer lugar, hay que recordar que según toda probabilidad, los contactos de los judíos desterrados con España no han sido nunca interrumpidos en forma absoluta. Ya lo hemos notado en nuestras conclusiones sobre el romancero marroquí, tratando de elucidar su cronología (RFH, VI, págs. 362-364). A los datos allí alegados hay que agregar la presencia continua de los españoles en algunas plazas y puertos marroquíes desde el siglo xv hasta el xix. Ceuta, conquistada por los portugueses en 1415, pasó a España en 1581 y desde entonces nunca dejó de ser española. El peñón de Vélez de la Gomera, ocupado y perdido dos veces por los españoles en el transcurso del siglo xvi, perteneció ininterrumpidamente a España desde 1564. Melilla fué conquistada en 1496 y conservada desde entonces. Larache fué ocupada por los españoles entre 1610 y 1689, Orán entre 1509 y 1708 y luego desde 1732 hasta 1790. Al mismo tiempo Tánger y Arcila pertenecieron a los portugueses, la primera desde 1471 a 1662, la segunda entre 1471 y 1545 y después entre 1578 y 1666. El hecho de que en todos los lugares citados existen hoy comunidades judías de habla española, no significa, claro está, que hayan existido desde el destierro. Sin embargo, la existencia de guarniciones peninsulares en Marruecos en forma continua hasta la ocupación de toda la zona por España en los siglos xix y xx, basta para sugerir que el aislamiento lingüístico de los judíos marroquíes de habla española en los siglos xvii y xviii no fué completo y que algún conocimiento del castellano peninsular pudo mantenerse durante ese tiempo.

51. En segundo lugar, la conservación tradicional, entre los judíos españoles de Marruecos, de formas ajenas al dialecto hablado se realiza en otro caso: el del *ladino*. Se sabe que en la Edad Media, los judíos de los países romances, para traducir al idioma vulgar la Biblia y los textos litúrgicos hebreos, usaban lenguas especiales, bastante distintas de las que se hablaban corrientemente en sus distintos países. Los trabajos de D. S. Blondheim

sobre el vocabulario de las traducciones judeo-romances de la Biblia en la Edad Media han demostrado en forma muy precisa, además de las tendencias arcaizantes y populares de ese vocabulario, la influencia que ejercieron sobre él los curiosos hábitos de traducción heredados de los traductores judeo-griegos y judeo-latinos de las Escrituras¹. El *ladino* es justamente el judeo-español de las traducciones medievales, usado hasta hoy en Marruecos y Oriente, en algunas lecturas litúrgicas². Pero lo que aquí nos interesa, no son las fuentes del léxico ladino, sino el mismo hecho de su coexistencia con la lengua usual. Esa capacidad de los judíos españoles para mantener a la vez distintas tradiciones lingüísticas confirma nuestra impresión respecto a la conservación de la lengua antigua en el romancero e ilustra el carácter a la vez rígido y flexible, conservador e innovador del temperamento lingüístico de las antiguas comunidades judías.

El ladino se ha mantenido muy separado del dialecto usual. Las versiones destinadas originalmente a dar a los fieles poco versados en el conocimiento del hebreo la comprensión del texto sagrado son en muchos casos tan ininteligibles como el texto: el judeo-español de las traducciones de textos religiosos aparece como una lengua erudita, distinta de la lengua hablada³. ¿Hasta qué punto pudo el ladino comunicar sus particularidades, de léxico sobre todo, al dialecto usual? No lo sabría decir con precisión, pero no veo que sean muchas, en lo que conozco del dialecto, las infiltraciones ladinas⁴.

¹ D. S. BLONDHEIM, *Les parlers judeo-romans et la « Vetus latina », étude sur les rapports entre les traductions bibliques en langue romane des Juifs au Moyen-Age et les anciennes versions*. Paris, 1925.

² Véase en BENOLIEL, *BAE*, XV, pág. 215, una lista de palabras propias del ladino. Véase también en *BAE*, tomos I a V, un estudio de Gaspar Remiro sobre voces ladinas tomadas de un texto oriental.

³ Véase al respecto BENOLIEL, *BAE*, XV, pág. 215. La misma separación existe en el judeo-francés de la Edad Media. El extraño vocabulario de los glosarios de la Biblia (en judeo-francés no han subsistido traducciones completas, sino repertorios de expresiones traducidas) contrasta con el francés popular, casi normal, de la famosa elegía de los mártires de Troyes (publicada en *Ro*, I, por Darmesteter).

⁴ Podría ser una de ellas la fórmula *el Dió apiadará* corrientemente usada para rehusar la limosna a los mendigos y que, según recuerdo, no significa « Dios tendrá piedad de ti », sino « Dios proveerá ». BLONDHEIM, *op. cit.*, art. * *pietare*, verifica esta acepción en los diversos derivados judeo-romances de la raíz de *pietas*, y en forma semejante en *misereri* (en una traducción latina de la Biblia anterior a la Vulgata) y en *ἐλεῖν* (en la Septuaginta): esas palabras significan allí « acordar un don », no « tener piedad ». Como *hanan* tiene las dos acepciones, los traductores judíos (y, en el caso de la Biblia latina, los cristianos influídos por los procedimientos de los judíos) han atribuido también juntamente los dos sentidos a los supuestos equivalentes griegos, latinos y romances de *hanan*. De allí pudo resultar *el Dió apiadará*, fórmula que remite al que pide a la generosidad de Dios más bien que a su misericordia. Sin embargo, *piadad* en nuestro XII, 28, conserva su sentido normal; la única influencia hebrea que se pueda notar aquí está en el giro

Si el ladino influyó poco en el desarrollo del dialecto hablado, puede en cambio haber ayudado al romancero a resistir las novedades morfológicas del dialecto. Claro está que las formas castellanas que figuran en el romancero y contradicen las normas del dialecto hablado dejarían de ser discutibles en cuanto a su antigüedad si se averiguara su presencia en el ladino, es decir, su permanencia en la tradición lingüística de los judíos españoles de Marruecos, entre la época del destierro y la nuestra. Puedo indicar, por mi parte, que la versión ladina de la « haggada de Pésah » (comentario de la salida de Egipto) que se lee la noche de la Pascua en las familias judeo-españolas del Norte de África, contiene formas verbales más conformes al castellano común que las del dialecto. Tengo en mi posesión un texto impreso, en caracteres hebreos, de esa versión, en la cual noto de paso, al lado de formas como *tomí, lleví, recontes* (= *recuentes*), *empesa, ñegó, crujer*, conformes a la conjugación dialectal, otras como *diréis, mochigüé, subirá, servirán*, o sea formas castellanas normales desusadas en el dialecto hablado. Sólo un estudio completo de ese texto y de los demás textos ladinos conservados y usados entre los judíos españoles de Marruecos, permitiría aclarar en qué medida el ladino ha podido favorecer la conservación de formas castellanas distintas de las dialectales.

He aquí las formas existentes en nuestros textos que difieren de las del dialecto hablado; es difícil decidir en cada caso si proceden de influencias modernas o si traducen una resistencia de la tradición literaria a las formas dialectales. Sólo indicaremos elementos de probabilidad en un sentido o en otro, cuando los tengamos.

52. Fonética y morfología:

arrojar (más frecuentes son en nuestros textos *arronzar* o *ronzar*, formas dialectales).

así (dial. *ansí* o *ansina*, que también figuran en nuestros textos; el dialecto sólo usa *así* en fórmulas optativas que acompañan una rogativa o una afirmación: *así quedes tú, escúchamé; así quede mi padre, no lo sabía*; véase en XXXII, 18 y LX, 28. En cuanto a XXXIV, 35 y LXVI, 21, *así a la mañanita, así a la media noche*, nunca he podido averiguar en forma clara si era *así a* o *hacia*, pues en pronunciación rápida suena igual; lo más probable es que *así a* sea interpretación tardía de *hacia*,

padre de piedad, que tiene todo el aspecto de traducir una fórmula litúrgica hebrea. En cambio el sentido de « proveer » es el único usado en el cast. *pitar, pitanza* (cfr. francés *pitanee*), pasando de las versiones bíblicas influidas por los judíos a las lenguas romances. Observemos que varias palabras diseminadas en el glosario de Benoliel son en realidad palabras ladinas que no se usan en el lenguaje común: *afrigir* (= *astigir*), *abedi(g)uar* ('vivificar' del latín **advivificare*), *frochi(g)uar* (lat. **fructificare*), *mochi(g)uar* (lat. **multificare*).

desconocido en el dialecto hablado, que yo sepa. En IIB, 56, en XXXV, 37 y en LVIII, 47, el dialecto diría sin duda *ansí* o *ansina*.

bajar (dial. *abajar*, que figura también en nuestros textos); igualmente *consolar, juntar* (también tenemos ejemplos de *aconsolar* y *ajuntar*), *limpiar* (dial. *alimpiar*), *prometer* (dial. *aprometer*, que existe también en nuestros textos), *relumbrar, remendar, responder, reventar* (dial. *arrelumbrar*, etc.)¹, *sentar* (dial. *asentar*), *sosegar* (también tenemos *asonsegar* en nuestros textos).

bolsío (dial. *borsío*); igualmente *descalzo, dulce* (dial. *descarso, durse*; cfr. *arsar, borsa, purso* en nuestros textos).

burlar (dial. *bul-lar*),

buscar, busca (sustantivo), *busquedad* (siempre que tuve la oportunidad de hacer la averiguación, mis informantes han restablecido el dialectal *bušcar*; encuentro sin embargo *buscar* en el texto ladino aludido en § 51, in fine).

cautivo, cautivar (siempre así en las versiones recogidas en Buenos Aires; las de Orán usan las formas *cativo* y *cativar*, que son probablemente las únicas auténticas, cfr. *recadar*).

conoser (dial. *coneser*).

consolar, véase *bajar*.

cuchío, cuchía (dial. *cochío*; también en nuestros textos, *cochiito*).

cuidado (dial. *cadado*; tenemos *descudo* en nuestros textos).

descalzo, véase *bolsío*.

después (dial. *dispués*, del cual tenemos también un ejemplo).

donde (dial. *ande*).

dulce, véase *bolsío*.

enamorado (dial. *namorar*, frecuente en nuestros textos; mi informante de Orán mantuvo *enamorado* como conforme a la tradición, a pesar de habersele hecho notar que no se usaba en el dialecto).

estropiar (dial. *estropear*; *estropiar* es seguramente moderno).

faldriquera (dial. *haldiquera*).

hasta (dial. *hasta*).

hería, herido, hirió (dial. *ferir*).

iglesia (dial. *inglezia*).

juntar, véase *bajar*.

limpiar, véase *bajar*.

mitad (alterna en nuestros textos con el dialectal *meatad*; también se usa *metad*).

mucho (dial. *muncho*).

negar (al lado de *reñegado*).

¹ No incluyo *regalar* en esa lista, porque es usado en el dialecto hablado, reservándose *arregalar* para una acepción especial (véase X, 2).

nunca (alterna en nuestros textos con *nuncua*, forma dialectal).

Portugal (alterna con *Portogal*, forma dialectal).

prometer, véase *bajar*.

puñalás (en el dialecto *puñaladas*; *puñalás* es seguramente moderno).

relumbrar, *remendar*, *responder*, *reventar*, véase *bajar*.

ruido (dial. *roído*).

sosegar (al lado de *asonsegar*; en cuanto al prefijo, véase *bajar*).

viuda (dial. *veyuda*, también *vibda*, véase Benoliel, *BAE*, XIII, pág. 525 y XIV, pág. 147).

vizitar (dial. *vežitar*).

53. Pronombres personales :

a) Nuestros textos tienen algunos casos de *lo* acusativo masculino, frente al empleo casi constante de *le*, conforme al uso dialectal, tanto para designar objetos como personas; alguno de esos casos de *lo* está representado en otra versión por *le* (así sucede con XV, 8, y Ortega, pág. 212). Se puede notar la misma vacilación entre *lo* y *le* en los textos de romances y poemas tradicionales reproducidos por Benoliel (*BAE*, XIV, págs. 357-373), Ortega, y en las citas contenidas en el *Catálogo* de Menéndez Pidal; en un caso el *lo*, sostenido por la asonancia, existía ya en la versión del siglo XVI (XVI, 22).

b) Existen en nuestros romances escasos ejemplos de *le* como dativo femenino; en dos de ellos, el *le* es 3ª persona de cortesía (uno en XIV, 37, en un romance de origen peninsular, recientemente importado; otro en XLVI, 43, donde la 3ª persona ceremoniosa resulta seguramente de una corrección moderna, pues todo lo demás está en *tú*); quedan dos casos (XLV, 53 y L, 45). Además, en los romances más tardíamente acogidos en la tradición marroquí, triunfa también el uso de *la* como dativo femenino (véanse los romances LV y siguientes; hasta en el LIX, que ha quedado ajeno a la influencia del dialecto, el uso de *la* es exclusivo; no lo es en el XLIII, que no ha penetrado realmente en la tradición cantada).

c) Son muy numerosos en nuestros textos los ejemplos de *os* en lugar de *vos*, que es sólo conocido en el dialecto hablado; según mis informantes *os* es tradicional en los lugares en que figura en el romancero; por ejemplo no admitieron que al recitar romances se pudiera decir *no se vos dé*, sino *no se os dé*, etc., aunque al hablar nunca se dice *os*¹.

d) Existen en nuestros romances varios casos de *usted* y de la 3ª persona de cortesía; ya hemos dicho que el dialecto sólo usa el *vos*. Es probable que en varios de esos casos, el *usted* y la 3ª persona sean de origen moderno; observemos, sin embargo, que *usted* en nuestros romances XV y LIII está apoyado por la asonancia y confirmado por versiones peninsulares y

¹ También vacilan entre *os* y *vos* los textos tradicionales de Benoliel, de Ortega y del *Catálogo*.

americanas (respecto al XV, véase una versión limeña en Menéndez Pidal, *Los Romances tradicionales en América*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 2ª ed., 1941, romance número 1; Carolina Poncet y de Cárdenas, *El romance en Cuba*, Habana, 1914, pág. 45 y sigs.; Ismael Moya, *Romancero*, Buenos Aires, 1941, tomo I, pág. 474, versiones argentinas III, VIII, XII; sobre el LIII, véase *RHi*, L, pág. 241). No parece, pues, que en esos casos pueda resultar de una corrección moderna de los recitantes judíos; para negar su antigüedad en Marruecos, habría que admitir que los dos romances enteros fueran una adquisición reciente de la tradición marroquí; se puede sospechar algo de eso en el caso del XV (véase nuestro comentario; la versión antigua impresa, *Primavera*, 156, lleva siempre la 2ª perna del plural); en cuanto al LIII, su asunto y su estilo tampoco excluyen esa posibilidad; me faltan, sin embargo, datos seguros para fijar el grado de antigüedad de esos dos romances en la tradición marroquí. Si se admite que le pertenecen legítimamente, habría que concluir que *usted*, difundido en España después del destierro, se transmitió pronto a Marruecos y siguió siendo conocido allí, pero sin entrar en el dialecto hablado.

e) En vez de *nozotros*, *nos*, *nuestro*, que aparecen en nuestros textos, el dialecto usa *mozotros*, *mos*, *muestro*. No creo que las formas en *n-* hayan sido jamás olvidadas, pues son normales en el ladino.

54. Desinencias verbales (véanse §§ 25-34).

a) Se encuentran en nuestros textos numerosísimos casos de desinencias en *-éis*, *-eis*, en la 2ª persona del plural, en vez de las flexiones dialectales *-ís*, *is*. También se encuentra un caso de *venéis* por *venís* (evidente caso de ultracorrección analógica). No creo que esos casos de los textos se deban todos a una restitución moderna; me parece más bien que nuestros textos conservan un estado antiguo de alternancia *-éis*, *-is*. Véase además § 51, in fine.

b) Desinencias en *-adeis*, *-edeis*¹ en la 2ª persona del plural. Claro está que esas desinencias, nunca usadas en el dialecto hablado, no pueden resultar de una influencia modernizante; son arcaísmos protegidos por el prestigio del texto literario. Por otra parte, la sustitución de *-ades*, *-edes* con *-adeis*, *-edeis* ya es antigua (véase Cuervo, *Obras inéditas*, págs. 347-348). No persiste siquiera entre mis informantes el recuerdo de las formas en *-ades*, *-edes*, que siempre causan asombro a mis informantes cuando se las cito. La cita del *Catálogo*, 28, trae un *vengadis* en vez del *vengadeis* de nuestro II, 16; mis informantes lo rechazan y además rompe la asonancia (otro *vengadeis* está también apoyado por la asonancia en XXXV, 14); lo más probable es que *-adeis*, *-edeis* son tradicionales y demuestran la vitalidad continua de *-eis* en el dialecto.

¹ No tengo ningún ejemplo de *-ideis*, que hubo de existir en XXVIII, 8.

c) Tenemos un caso de pretérito de la 1ª conjugación en *-é*, en vez de la desinencia dialectal *-i*: *pensé* (XIV, 33), pero el texto es de procedencia peninsular reciente; véase, sin embargo, § 51, in fine.

d) Formas como *cubriría*, *cumplir*, *escribir*, *escribiría*, *subir*, *vivir*, son contrarias a la conjugación dialectal de *cubrer*, *cumpler*, *escriber*, *suber*, *viver*. (Véanse las formas de algunos de esos mismos verbos citadas en nuestro § 33) ¹.

e) Formas como *hazelda*, *tenelde*, *detenédmelé*, contrarias al dialecto hablado, que diría *hazilda*, *tenilde*, *detenimelé*, me han sido confirmadas por mis informantes como tradicionales.

55. *Radical de los verbos irregulares* (véanse §§ 35-40).

a) *Destierro*, *encomiendo*, *entiendo*, *pierde*, *cuelgan*, *vuela* ², son formas contrarias al uso dialectal, que no diptonga el radical de esos verbos (véase § 35); me parecen formas de introducción moderna.

b) *Dezir*, *dezia*, *dezian*, *pedir*, *pedí*, *seguí*, *servir*, *vestía*, *vestías*, *vestida*, están en contradicción con los ejemplos de nuestro § 36 (las formas dialectales correspondientes son *dizer*, *dizia*, *dizian*, *pider*, *pidí*, *siguí*, *sirver*, *vistía*, *vistías*, *vistida*) ³. Sin embargo, puedo asegurar que esas formas con el radical en *e* se usan al cantar los pasajes correspondientes; las que pertenecen a versiones recogidas en Orán me han sido confirmadas allí como tradicionales por personas que nunca las usaban al hablar, y yo mismo las he oído usar en el canto muchos años antes de que se me ocurriera juntar esta colección; hay que agregar que *servir* en V, 24 y V, 34, está apoyado por la asonancia y tuvo que ser siempre *servir* en ese lugar. Véase, además, § 51, in fine.

c) Igual pasa con *dormir*: las formas *dormir*, *dormía*, *dormían*, *dormí*, *dormiría*, *dormido*, no pertenecen al dialecto hablado, que dice *durmer*, *durmía*, *durmían*, *durmí*, *durmiría*, *durmido*; sin embargo se mantienen en el romancero. Siempre he oído cantar en el primer hemistiquio de *Belizera*: « Todas las aves *dormían* »; nunca decían *durmían*. *Dormería* (IX, 34) parece testimoniar la lucha, en el romancero, de las formas correctas con las dialectales.

¹ En cuanto a *cubrir*, dial. *cubrer*, no tengo recuerdos propios, pero véase BENOLIEL, BAE, XIII, págs. 353-354.

² *Vuela* (según la fonética del dialecto hubiera correspondido *wela*, véase § 6) es forma ajena al dialecto; supongo que es una corrección moderna. El dialecto hablado sólo conoce *vola* (véase § 35).

³ Se dice *vistido*, en el participio; el sustantivo es *vestido* en el dialecto, como en el castellano regular. No podría afirmar que los participios de *pedir*, *sentir* y *consentir* (*pedido*, *sentido* y *consentido* en nuestros romances) tengan el radical en *i* en el dialecto. Benoliel no lo dice, pero sí confirma *durmido* (BAE, XIII, pág. 358).

56. *Otras formas verbales* (véanse §§ 41-47).

Oír contradice el dialectal *oyer* (véase § 42). *Quiso*, *quisiera* son probablemente modernos (véase §§ 19 a y 44). *Vela* contradice el dialectal *vía* (véase § 45). *Tú eres*, en vez del dialectal *tú sos*, es muy probablemente moderno.

El empleo, muy extendido en nuestros romances, del pretérito compuesto es contrario al uso del dialecto hablado, que emplea exclusivamente el pretérito simple; las formas compuestas, que aseguran la asonancia en varios lugares y de las cuales depende, en casi todos los otros casos, la cadencia del verso, no se pueden seguramente explicar por correcciones modernas.

57. Todos los hechos que acabamos de citar crean la impresión de una resistencia de la lengua antigua, atrincherada en el romancero, a la evolución ulterior del dialecto. Habría que agregar a esos hechos el empleo constante de *Dios* en lugar de la forma judeo-española *el Dió*. Esta última forma (creada por los judíos, se dice, para alejar con la *s* final, signo ordinario del plural, toda impresión politeísta) se halla, en cambio, en romances bíblicos de creación judía: así el romance del sacrificio de Isaac, publicado por Benoliel, comienza con estos versos:

*El Dió del Cielo a Abraham
muchas veces le ha probado* ¹

Esta doble forma del nombre de Dios en el romancero judío de Marruecos es buen símbolo de la dualidad de tradiciones y costumbres del medio humano en el cual se ha transmitido. En el dominio lingüístico esta dualidad se traduce por la persistencia de la tradición castellana junto al empleo de las formas dialectales que son obra de los judíos y su patrimonio propio. El sentimiento de que existía un español correcto, distinto del dialectal, debió perdurar constantemente desde el destierro hasta que se volvió a tomar contacto con la Península en el siglo XIX. Los intercambios con España que pudieron producirse en el intervalo, reforzaron sin duda ese sentimiento. Ahora comprendemos mejor cómo el conocimiento del romancero, casi exento de palabras árabes, lleno de expresiones castellanas extrañas al uso cotidiano y de formas desconocidas del vulgo, ha podido ser un signo de distinción en el ambiente judeo-español. En esto las condiciones de transmisión del romancero entre los judíos marroquíes ofrecen un elemento bastante original, que no se encontrará probablemente en la Península.

PAUL BÉNICHOU.

¹ BAE, XIV, pág. 365; también en el romance de David y Goliath (es otra versión de nuestro LXVII), pág. 366: « Vengo en nombre del Dió Santo » y en el romance de Abraham, pág. 367; véase, además, MENÉNDEZ PIDAL, *Catálogo*, 29, romance del Pecado Original. El ladino usa *el Dió*, por lo menos en el texto al cual me he referido más arriba, § 51.

ÍNDICE ALFABÉTICO¹

- a cerrada, Obs., 17 (n.)
 abajar, XX, 77; XXXVIII, 10; LVII, 85; Obs., 8 (n.), 52
 abarualá, véase auarualá
 abedi(g)uar, Obs., 51 (n.)
 abió, LIII, 21
 abrir, LVII, 85; Obs., 33
 abrisme, Obs., 30 y n.
 abujero, XL, 18; Obs., 6
 aconsolar, XVI, 50; Obs., 8 (n.), 52
 adafina, Obs., 20b (n.)
 addib, Obs., 20b (n.), 20e (n.)
 -adeis, -edeis, en la 2ª pers. del plural, II, 16, 17; III, 12; III B, 23, 23b; XII, 5; XIX B, 31; XXI, 25; XXII, 6; XXX, 19; XXXV, 14, 31, 35, 36; XXXVII, 17; XXXIX, 27; XLIV, 11, 19; XLVII, 9, 13; LVII, 95; Obs., 54b.
 adietro, VII, 25
 -adis, en la 2ª pers. plur., Obs., 54b.
 ¿adó?, XIX, 25, 26; XXVI, 35, 37, 39; XLII, 27
 aduaya, XXIV, 16 (n.)
 aduar, Obs., 20b (n.)
 adžófar, I, 22; X B, 8h; Obs., 19c y n., 20c, 20e
 afalagar, XII, 40; XLIV, 26; Obs., 8 (n.), 18 (n.)
 afinar, II, 8; Obs., 8 (n.)
 afrigir, Obs., 51 (n.)
 a huella de 'juntamente con', XXIX, 6
- ái, I, 16; II, 21; III, 47; V, 9, 10, 29, 30; VI, 27, 28, etc.; Obs., 9 y n.
 aiyer, 'ayer', Obs., 24a.
 ajuntar, VI, 3; Obs., 8 (n.), 52
 al'azba, LX, 19; Obs., pág. 224
 albó (?), 'albor', VI, 22
 alcaidar (?), LVI, 4
 aldešiš, Obs., 20c (n.)
 alechar, XL, 35.
 alhabaca, XXX, 6; Obs., 20a
 alhadrar, II, 21; LXVII, 7; Obs., pág. 224
 alheña, Obs., 20a (n.), 20e (n.)
 alhuardién, II, 32
 almadraque, VII, 29; Obs., 20e
 almehrés, Obs., 20a (n.)
 almisque, XIX, 16; Obs., 20e
 almohada, VI, 19; — almohadita, III, 29; XXXIII, 12; Obs., 20e
 altar (?), XII, 32 y n.; XVI, 36; XXVII, 2; XLIV, 32
 andara, andare, Obs., 41 (n.)
 ande, I, 5, 7, 9; II, 33; IV, 65; VII, 6; IX B, 29; X, 6; XX, 55; XXXI, 16; XLV, 45; LVI, 29, 30; LX, 24; Obs., 52
 andí, Obs., 32 (n.), 41 (n.)
 annafe, Obs., 20b (n.)
 ansí, II, 25; IX, 5; LXVII, 2; Obs., 52
- ansina, XIII, 26; Obs., 52
 Anžibar, LI, 6; Obs., 19b
 anžibe, LXII, 1; Obs., 19b, 19c (n.)
 aññeb, Obs., 20e (n.)
 aññebe, I, 9; Obs., 20d
 apartear, XXVI, 40; Obs., 8 (n.)
 apiadar, Obs., 51 (n.)
 aprestar, XXII, 15; L, 48; Obs., 8 (n.)
 aprometer, IV, 34; Obs., 8 (n.), 52
 apropiador (?), IX, 14
 aquistianar, XIII B, 34
 arrefoína, Obs., 9 (n.)
 arregalar, X, 2; XLVII, 2; Obs., 8, 52 (n.)
 arrelumbrar, arremendar, arresponder, arrentar, Obs., 8, 52
 arrevolver, XXIII, 5; Obs., 8
 arrojar, XLIX, 10; Obs., 52
 arronžar, XII B, 32b; XXIV, 20; Obs., 19b, 19c (n.), 52
 arsar, III, 48; V, 18; XIX B, 24a; XX, 71; XXIX, 55; XXX, 18; XXXIII, 19; XLVIII, 17; LX, 23; LXVII, 13; Obs., 52
 asafrán, Obs., 20b (n.)
 aselga, Obs., 20b (n.)
 asentar, Obs., 52
 asercalada (?), XXIV, 34
 así, II B, 56; XXXII, 18; XXXIV, 35; XXXV, 37; LIII, 46; LVIII, 47; LX, 28; LXVI, 21; Obs., 52

- asigún, XXXIV, 10
 asongrasiar (?), LVI, 20, 46; Obs., 8 (n.)
 asonsegar, II, 46; Obs., 8 (n.), 52
 aspasio (?), XVII, 15 (n.)
 assar, Obs., 24a, 24b
 assemite, Obs., 20b, 20e (n.)
 assúciar, Obs., 6 (n.), 20b
 asuquita (?), LIII, 8
 aššeb, Obs., 19b (n.), 20b y n., 20e (n.)
 aššuar, XII, 21, 44; XII B, 42; Obs., 19c, 20b y n.
 atarmuz, Obs., 20b (n.)
 auarualá, Obs., 20c (n.)
 awoa, 'agua', Obs., 24a, 24b
 -ay (= ad en el imperativo), XVIII, 18; XX, 47; XXV, 40; XXXVII, 18; XLIX, 23, 24, 25; LIV, 34; LXIV, 29; Obs., 28
 azza, Obs., 24a
 azzahar, Obs., 20a (n.), 20b, 20e (n.)
 azzeite, Obs., 20b, 20e (n.)
 aženžibre, Obs., 19c (n.), 20c (n.)
 aženžolí, Obs., 19c (n.), 20c (n.)
 ažžófar, Obs., 19c (n.), 20c (n.)
 aženžolí, Obs., 19c (n.), 20c (n.)
 babel, babé (?), XV, 12 y n.
 bajar, V, 25; LVIII, 33; Obs., 52
 baldisión, XXXIX, 22
 baldonar, XXXIX, 22 (n.)
 bašo, Obs., 19b
 batir (dial. bater) 'llamar (a la puerta)', IV, 30 y n.; LXV, 38; véase combatir
 bebiamós, XVIII, 8; Obs., 12a
 bendizado, XLVII, 34 (n.)
 berajá, Obs., 24b (n.)
 berenžena, Obs., 19c (n.)
 berenžena, Obs., 19c (n.)
 beyezza, Obs., 24a
- bezzar, bezzo, bezzito, Obs., 24a
 biyete, LVI, 13, 14, 26, 28; Obs., 9
 bolsio, LIV, 27; Obs., 52
 borsa, XVII, 11; Obs., 52
 borsio, Obs., 52
 boyito, LIII, 7; Obs., 9
 briyante, LV, 29; Obs., 9
 bul-la, bul-lar, Obs., 22, 52
 burlar, IV, 14, 15; Obs., 52
 busca (sustantivo), XXVII, 21; Obs., 52
 buscar, LI, 21; LVIII, 57; Obs., 52
 busquedad, I, 48; Obs., 52
 bušcar, III, 38; XVI, 20; XVIII, 26; Obs., 19a, 52
 cabayito, Obs., 9 (n.)
 cabe, V, 38
 cabeyitos, XI, 27; Obs., 9
 cada el día, XVII, 29
 cadyó 'cayó', Obs., 24a (n.)
 cairé, cairía, Obs., 29 (n.)
 caiyó, caiyera, Obs., 24a y n.
 camiar, VIII B, 28
 carcañal, XLVI, 10
 carnal (esposa, mujer —), XV, 38; XVI, 58
 caronal (?), LXV, 36
 cativo, XIII, 4; XIV, 6; — cativar, XII, 10, 16; XIII, 37; XIV, 7; Obs., 52
 cautivo, cautivar, XIII B, 18, 26; XXXIII, 28; LII, 60; LVII, 31, 33, 39; Obs., 52
 cašca 'cáscara', Obs., 19a (n.)
 cayentar, cayente, cayentura, LXIV, 3 y n.; Obs., 37 (n.)
 cazza, cazzar, cazzamiento, Obs., 24a
 cazzo, Obs., 24a
 claweyinas, XXX, 6; LIV, 13; Obs., 9
 cobijar, 'ponerse (una ropa)', III, 9
 cochíto, XXXVII, 29, 30; Obs., 52
 combater (dial. combater) 'llamar (a la puerta)', II B, 41
- 56; XXXVIII, 34; véase batir
 comiamós, XVIII, 7; Obs., 12a
 compañía, XIV, 30; — compañía, I, 34; LI, 4
 coneser, Obs., 52
 conmigo, Obs., 22
 conoser, XIII, 40, 43; XV, 8; 15 B, 36, 37; XVI, 51, 52; XVIII, 27; XX, 51; XXXI, 26; LIV, 6; LXII, 18, 19; Obs., 52
 consentido, IV, 54; Obs., 55b (n.)
 consinter (= consentir, véase Obs., 36, n.), generalmente 'darse cuenta'; en IV, 54, 'despertarse'
 consolar, XII B, 40; Obs., 52
 consonantes finales no pronunciadas, Obs., 17
 corassón, Obs., 24a
 costa, XVII, 2; — coste, XXXVI, 34; XXXVIII, 56; LXII, 26; Obs., 35
 cozza, Obs., 24a
 cozzar, cozzina y derivados, Obs., 24a
 cuchias, VII B, 46; Obs., 52
 cuchios, L, 35; Obs., 52
 cuidado 'cuidado', Obs., 52
 cuedo, cuerco, cuerca (por puendo, etc.), Obs., 17
 cuelgan, LVII, 54; Obs., 55a
 cuidado, XII B, 19; Obs., 52
 euzzia (de euzzar 'coser'), XXXIII, 14; Obs., 24a
 chal-lar, Obs., 22 (n.)
 charrar, Obs., 22 (n.)
 charcal (?), XXVII, 20
 chero (por quiero), Obs., 17
 chinela (?), XVII, 16
 daca, XXXVII, 29
 dailda, XII, 42, 43; Obs., 29
 dara, XVIII, 14; Obs., 41
 dates, Obs., 26, 41
 datis, XXIII, 26; Obs., 26, 41

¹ Los números romanos indican los números de los romances, los arábigos los versos. La palabra Obs. remite a las Observaciones, y el número arábigo que la acompaña a número del párrafo. El signo (?) que aparece después de algunas palabras indica que no sabemos si la palabra es usual en el dialecto.

- d' a vagar*, XVII, 15 (n.)
deferensiar (?), LVII, 20
degoyío (?), XLIV, 47
derredor, IX, 26; X, 5; LIV, 11
descalso, XXVII, 11; Obs., 52
descarso, Obs., 52
descudo, XVIII, 11; Obs., 52
después, XXIII, 9; XXXIX, 9; LI, 11; LVIII, 55; Obs., 52
desseo, X, 2 (n.); — *dessear*, *desseo*, Obs., 24a
destierro, XXVI, 25; Obs., 55a
detraze, XXVII, 32
devirsin, XXVII, 4 (n.)
dezbroke (?), LIV, 18
dezesperado, LII, 5; Obs., 15
dezhonrada, LXVI, 34; Obs., 15, 22
dezhoras, LII, 33; Obs., 15
dezido, XLVII, 34
dezir, IV B, 48; IX, 1; — *dezía*, XXXIII, 24; XXXIV, 43; XXXVI, 36; XLV, 41; LXII, 38; LXVII, 2; — *dezían*, XLVI, 37; LI, 6; LX, 3; Obs., 55b
dezmayida, VII, 32; Obs., 9
diera, I, 43; IV, 11; VI, 29; XIII, 14, 33, etc.; Obs., 41
dijera, XVIII B, 15; LVI, 19; — *dijeron*, LII, 50; Obs., 19b (n.)
dijiera, *dijieron*, Obs., 19b (n.)
Dió, Obs., 57
Dios, I, 23; II, 2; VIII, 9; XII, 27, 33; XIII, 13; XIV, 31; XV, 19; XVI, 5, 23, 24; XVII, 19; XX, 50, 64; XXXIX, 15; XXXI, 4, 5, 12, etc.; Obs., 57
dispués, XL, 20; Obs., 52
dišeron, Obs., 19b (n.)
dites, XXXV, 47, 48; Obs., 26, 41
dizer, Obs., 36, 55b
dizía, VII, 20; XI, 49; XVII, 29; — *dizían*, III, 7; Obs., 36, 55b
do, L, 18; Obs., 41
dola, IX B, 34; Obs., 37
donde, II, 52, 56; XVI, 34; XX, 69; XXVI, 38; XXXIV, 7; XXXVIII, 42; XL, 26; XLV, 37; LIII, 21; LVI, 1, 2; LVII, 27; LVIII, 21; LXII, 2; LXVI, 10, 26; Obs., 52
dormería, IX, 34; Obs., 55c
dormeser, VII, 2; Obs., 8(n.)
dormir, III, 28; VIII, 6; XXIX, 43; XXXIV, 2, 25, 26; LXVI, 5; — *dormí*, XXXIV, 38; *dormía*, II, 3; VI, 26; XXXVIII, 42; XLIX, 2; LVII, 67; — *dormían*, II, 1; — *dormiría*, XXXIV, 26; — *dormido*, -a, IV, 24, 70; XXIX, 42; XLI, 14; LXV, 14; Obs., 55c
dozze, Obs., 24a
duaya, XXIV, 16
ducuados, IX, 37; XX, 43; Obs., 6 (n.)
dueler, Obs., 37
duerme, II, 56; XXXVIII, 38; LVII, 65; — *duermas*, XL, 8, 32; Obs., 38
dulse, IV, 37; XXIX, 41; XXX, 11; Obs., 52
durmer, etc., Obs., 33, 36 (n.), 38, 55b (n.), 55c
durse, Obs., 52
dutor, XXX, 23, 24, 27; LXIV, 5, 6
-é, 1ª pers. sing. del pretérito de la 1ª conj., XIV, 33; Obs., 51 (in fine), 54c
-ear (verbos del dialecto en-árabes), Obs., 11c (n.), 19c (n.)
echar 'acostar', IV, 39; VI, 17; LXVIII, 6
-ed, desinencia del imperativo de la 2ª conjugación, XXIII, 12; XXIV, 38; LX, 29; Obs., 54e
-edeis, véase *-adeis*
-éis, -eis, en la 2ª pers. del plural, II, 57; III, 51; IV, 71; XI, 19, 23; XV, 5; XIX, 11, 12; XX, 48; XXVI, 28, 30; XXXIX, 17, 57; XL, 43; XLIV, 45; L, 40, 42; LIV, 19, 33; LVII, 101; LXVII, 9; Obs., 51 (in fine), 54a
-emos (por *-imos* en la 1ª pers. plur. del pres. indic. de la 3ª conj.), Obs., 34
empesa, Obs., 51 (in fine)
emporear, formas diptongadas, Obs., 37 (n.)
emprestar, II, 42
enamorar, X, 10; — *enamorado*, VIII, 14; XIX, 10; Obs., 52
en ca de, II, 14, 62; VII, 8, 42; VIII, 3; IX, 2; XXXII, 14; XXXVIII, 38; XL, 40; XLV, 36, 48; XLVI, 14, 15, 17; LX, 1
encomiendo, XLV, 18; Obs., 55a
encontran, XIII, 9; — *encontran*, XX, 55; Obs., 35
endotar, XII, 22
enramar, Obs., 22
enreinar, XVIII, 2
enriqueser, Obs., 22
ensarmentar, IX B, 16
enseyar, XVI, 28, 30
enterran, XXVIII, 23; XLV, 55; — *enterren*, XLV, 52, 54; Obs., 35
entiendo, XXIV, 42; LII, 61; — *entiendas*, LI, 55; Obs., 55a
-er por -ir en infinitivos y tiempos derivados, IV, 44; IX, 32; XI, 7; XXIV, 64; LI, 24; Obs., 33, 51 (in fine), 54d
eramós, XVIII, 5; Obs., 12a
eres, XV, 37, 38; Obs., 56
errier 'reír', Obs., 8 (n.), 36 (n.)

- errogar*, Obs., 8 (n.)
es 'está' (?), XXV, 20, 28
escarsiar (?), 'escanciar', VII, 17
escuenta, XXXIV, 30
esdrújulas, I, 11, 23; II, 11, 42, 50, etc.; IV, 7; V, 7, etc.; Obs., 12a; — VII, 30; VII B, 29; XII B, 4a; XIII, 29; XXIX, 31; XXXVII, 16; LVII, 1, 54; LVIII, 22; Obs., 12b
espozza, Obs., 24a
estare, XXXI, 16; Obs., 41 (n.)
estropear, -iar, XIV, 15; Obs., 11c (n.), 52
estuvi, Obs., 41 (n.)
fadas, *fadar*, I, 29; Obs., 18 (n.)
faldriquera, LIV, 28; LVII, 74; Obs., 52
fehizzo, Obs., 18 (n.)
fera, *fego*, *fi* (por *fuera*, etc.), Obs., 17
feridos, XIX, 32; Obs., 18 (n.)
ferir, Obs., 52
fervor de la sangre, XXXVI, 41; Obs., 18 (n.)
figadó, Obs., 12b, 18 (n.)
folgar, XXII, 22; LIV, 42; LVII, 26; LXV, 12; Obs., 18 (n.)
foqi, Obs., 32 (n.)
fortunozzo, Obs., 24a
frahuar 'edificar', X, 4; XLV, 3
frochi(g)uar, Obs., 51 (n.)
fuense (?), LVII, 26
fummo, Obs., 24b (n.)
gaina, VII, 14; VIII, 19, 20; XIX B, 35; XXXII, 7; Obs., 9
gentilezza, Obs., 24a
goler 'oler', Obs., 6 (n.)
gomitar 'vomitar', Obs., 6 (n.)
gozzar, Obs., 24a
grasia, IX, 28 y n.
güestro, II, 23, 24, 26; XII, 26; XIX, 10; Obs., 6
guiJdor, XLVI, 18
h aspirada, Obs., 18
halda, I, 30; XVII, 27; XXIV, 64; XXVII, 30; XLIV, 33; LVI, 28; — *haldita*, III, 48
haldiquera, Obs., 52
hal(e) aquí, V, 28
harále, LXV, 24
hasta, II, 55; XXI, 39, etc.; Obs., 52
hasta, Obs., 20a (n.) 20e (n.), 52
hatta, Obs., 20e (n.)
haziendo, Obs., 46
hendo, XL, 10; Obs., 46
hería, LXII, 16; — *herido*, XX, 60; XLVII, 16, 18; — *hirió*, XLVI, 9, 11; Obs., 52
hermozzo, *hermozzura*, Obs., 24a
hombredad (?), XXVII, 26
hondón, XLIX, 26 (n.)
honra, *honrar*, Obs., 22
Huerco, XLVI, 7, 9, 11
huerfandad (?), XII, 30
Huezzo, Obs., 24a
-i (por *é* en 1ª pers. sing. del pretérito de la 1ª conjugación), III, 25; IV, 74; V, 32; VIB, 32; VII, 25; IX, 6, 7, 11; XXV, 31, 34; XXXIII, 17; XXXVII, 24; XXXIX, 3; XLVII, 30; XLIX, 1, 11; LVIII, 29; LXV, 17; Obs., 31, 51 (in fine)
-i (por *-e* en los pretéritos graves), II, 25, 28; VII, 7, 10, 11, 27; VIII, 15; IX, 5; XLII, 9; XLIX, 7, 14; LII, 52; LIV, 9; LXV, 26; Obs., 32
-i final átono en arabismos, Obs., 32 (n.)
i (= *id* en el imperativo), XLVII, 23, 27; LVIII, 53; Obs., 27
-í (= *-ed* en el imperativo), XXIII, 34; XXV, 22; Obs., 27, 29 (n.)
i, pretérito de *ir* (?), XVII, 1; Obs., 43
ia, imperfecto de *ir*, Obs., 43
-icho, *-icha* (por *-ito*, *-ita*), Obs., 17
idos, XII, 41; Obs., 29
ifanta III, 11, 39, 52, 60; — *ifantina*, I, 16 (*infanta* en las versiones de Buenos Aires)
igleza, XXVIII, 23; Obs., 52
-iilo (por *-illito*), XXVII, 23, 25; XXXVII, 29, 30; Obs., 9
-imos (por *-amos* en la 1ª pers. plur. del pretérito de la 1ª conjugación), Obs., 31
indo, XXV, 9; XLII, 31; LV, 11; Obs., 43
infanta, véase *ifanta*
Inglatierra, X, 16
inglezia, Obs., 52
-io, *-ia* (por *-illo*, *-illa*), I, 12, 56; III, 14, 24; IV, 8, 18; VII B, 46; XX, 29; XXVIII, 4; XXXII, 20; XXXIV, 9; XLI, 8; XLV, 21; L, 35; LIV, 27; LVII, 18, etc.; Obs., 9
ir, XIX, 22, etc.; Obs., 33, 43
-ir, en infinitivos de la 3ª conjugación y tiempos derivados, XXXVI, 42; XXXVIII, 50; XLV, 36, 48; LVIII, 63; Obs., 51 (in fine), 54d
is 'id', IX, 21; XII, 43; LV, 61; Obs., 30 y n.
-is, *-is* (= *-éis*, *eis*), VII, 21, 22; IX, 29; XIII, 19; XIII B, 24a; XV, 1; XIX, 27, 29; XXIII, 30, 38; XXIV, 6, 68; XXVIII, 9; XXXIII, 25, 26; XXXIV, 17; XXXV, 13;

- XXXVI, 24; XXXVII, 18; XLV, 22; XLIX, 19; L, 14; LX, 13, 14; LXII, 24; Obs., 25
Israel, Obs., 14 (n.)
- jugón, VII B, 30 a; XXVI, 21; LV, 15; Obs., 6
juntar, XXVIII, 28, 34; Obs., 52
juón, XI, 33; Obs., 6
juwar, Obs., 24 b
juwa 'juega', XXVII, 5; — juwe 'juegue', V B, 5; Obs., 35
juwar 'jugar'; Obs., 6, 24 b
- la, dativo, I, 8; III, 20; V, 26; V B, 24 b, 26; VIII, 12, 32; IX B, 34; X, 6, 7, 8; XI, 46; XII, 42, 43, 46; XII B, 41; XIII B, 30; XX B, 34 b; XXX, 18; XXXI, 3; XXXVI, 30, 36; XXXVIII, 52; XXXIX, 64; XL, 31; XLII, 42; XLIII, 4; XLV, 37; XLVI, 37; L, 22; LI, 6, 16, 29; LIII, 4, 7; LIV, 15; LV, 26, 42, 55, 63; LVI, 13; LVII, 7, 53; LIX, 6, 14, 22, 23, 38, 39, 50; LXV, 20; Obs., 49
ladino, Obs., 51
las, dativo, Obs., 49
lastimozzo, Obs., 24 a
laungwerte 'la muerte', Obs., 17
laungwez 'la nuez' Obs., 17
-ld- (= -dl- en la 2ª pers. plur. del imperativo seguida de pronombre enclítico), V, 40; IX, 16; XXIII, 14; XXXVIII, 7; Obs., 29
le, acusativo masculino (se refiere a una persona), I, 5, 56; III, 33, 38; V, 28; VI, 8, 10; VII, 45; X, 15, 21; XI B, 50 e; XII B, 44; XV B, 36; XVIII B, 12, 23; XX, 65; XXI, 18; XXIII, 8, 9, 12, 38; XXIV, 38; XXV, 2; XXVI, 18, 19; XXVII, 32; XXVIII, 17; XXIX, 43; XXXI, 20, 23, 24, 25; XXXIII, 33, 41; XLI, 10, 14; XLII, 9, 28; XLIV, 18, 26; LIII, 5, 12, 27, 28; LX, 9; LXII, 18, 19, 24; LXVI, 11, 12; LXVII, 10, 18; LXVIII, 8; — (se refiere a una cosa), IX, 29, 30; XV B, 12 b; XXIX, 27; XXXVII, 35, 36; XXXIX, 40, 43, 44, 50, 53, 54; XLVIII, 10; LIII, 5; LIV, 31, 32, 35; LVI, 36; LXIII, 3; LXV, 19, 21; Obs., 49
le, dativo femenino, XIV, 37; XLV, 53; XLVI, 43; L, 45; Obs., 53 b
lechina, Obs., 19 b (n.)
leendo, XII, 4; Obs., 47
levar, Obs., 18
libre, III, 13, 15, 17
limpiar, IV, 5; dialectal alimpiar; Obs., 52
lo, acusativo masculino, V, 32; VII, 18; XV, 8; XVI, 4; XIX, 22; XXIII, 40, 44; XXVI, 45; XXVIII, 16, 23; XLII, 34; XLV, 22; XLVIII, 14; LX, 4; Obs., 53 a
lo, dativo masculino, Obs., 49 (n.)
lo recapitulativo, II, 38; III, 8; III B, 15; IV, 16, 48; VIII, 28; IX, 1, 18, 31, 33; IX B, 33; X, 35; etc.; Obs., 49
los, dativo, XX, 14, 15, 17; XXIV, 72; XI, 36; LVII, 89; Obs., 49
losero (?), XLII, 1
lugwar, Obs., 6, 24 a, 24 b
maestra, V, 21
- maiyor, Obs., 24 a, 24 b
maldizido, XLVII, 34 (n.)
malenconía, XXXII, 2 (n.)
mastil 'mástil', XXIX, 25
matar 'herir, pegar', VI, 11
mayorarse 'enorgullecerse', (p), XXVI, 6
maze, II, 2; XXVII, 6; XXXI, 2, 12
mazzal, L, 38 (n.)
meatad, XI, 10; Obs., 52
mesquino 'pobre', II, 25; IV, 42; VI, 9; IX, 5; XI, 5
metad, Obs., 52
meter en mal, XXVI, 18; XLIV, 54
mezza, Obs., 24 a
minter, Obs., 38
mirailas, XLV, 9; Obs., 29
mirar 'ver', Obs., 45
milad, III, 45; XXVI, 33; Obs., 52
mochi(g)uar, Obs., 51 (n.)
mohó (?), XI, 8, 40; — mohor (?), XI B, 8, 40; LV, 33.
monja, XV, 24, 25, 26; Obs., 18 (n.)
montiña, I, 6
morir, LXVI, 33; — muero, II B, 59; — muere, XLV, 23, 24; — muera, XVII, 10; — murió, XX, 63; etc.; Obs., 33, 39
mos, mozotros, maestro, Obs., 53 e
mošca, Obs., 19 a (n.)
mucho, III, 25; XXII, 28; XLIV, 8; Obs., 52
muncho, Obs., 52
muremos, Obs., 39 (n.)
namás, Obs., 7 (n.)
namorar, XX, 9; XXXVI, 6, 7; XXXIX, 8; XL, 3; XLVIII, 6; LXVI, 3, LXVIII, 3; Obs., 52
naranza, Obs., 19 e (n.)
negar, XLIV, 42
noble, Obs., 19 b (n.)
nombres de números ordina-

- les, III, 6, 42; VI B, 31; XVII, 17; Obs., 33
XVI, 11
no seppamos de mal, Obs., 24 b (n.)
nos, IV, 58; XXVIII, 18; LVIII, 18, 20, 23; etc.; Obs., 53 e
nozotros, LIV, 23, 24; Obs., 15, 53 e
nuestro, LVIII, 16; Obs., 53 e
nunca, XXXVI, 14; Obs., 52
nuncua, V, 42; XX, 48; Obs., 6 (n.), 52
ñegues, IV, 69; Obs., 37; — ñegó, Obs., 51 (in fine)
ñ (por o), Obs., 17 y n.
oído, XII, 31; XXI, 23; XXIII, 15; XXIV, 17; XXXI, 15; XLI, 19; Obs., 42
oír, XXIX, 39; Obs., 56
os, I, 33; II, 58; III, 39, 40; V B, 17; IX, 22, 23, 26; XII, 6, 7, 9, 11, 23; XII B, 24; XVIII B, 4 b; XXI, 27, 28, 29, 30, 29; XXXV, 16, 20, 34; XXXVI, 25; XXXVIII, 21; XLIV, 36, 48; LIV, 19, 35, 36; LV, 59; Obs., 53 c
-oy (por -o en la 1ª persona del pres. indic. de todos los verbos), Obs., 41 (n.)
oyer, Obs., 42, 56
oyeris, XXVIII, 9; — oyi, IX, 1; — oya, IX B, 33; Obs., 42
pa, IV, 22
paizano (?), IV, 41
pañuelo, Obs., 17
parir, XXXVI, 21; — malparir, XXXVI, 44; Obs., 33
Paris (= Paris), XIX, 9, 11, 21, 25
partir, XVIII, 17; Obs., 33
pascua 'fiesta', XXIII, 18; XXIV, 30, 48; LV, 12; LVI, 34
paungwelo 'pañuelo', Obs., 17
pechuqwa, pechuqwita, XXIX, 17; LXVIII, 14; Obs., 6, 24 a
pedido, XX, 37; Obs., 55 b (n.)
pedir, XX, 21; LVII, 83; — pedí, LIV, 15; Obs., 55 b
pel-la 'perla', Obs., 22
pensa, LII, 7; Obs., 35
Pésah, XXIII, 18 (n.)
pescaduría (?), XXXIII, 40
peše, II, 6; Obs., 19 b
pezzar, pezzadumbre, Obs., 24 a
piadad, XII, 28; Obs., 51 (n.)
picar 'golpear a una puer-ta' (?), LIII, 10 y n.
pider, Obs., 36 (n.), 55 b
pierde, I, 51; Obs., 55 a
playa (?), XX, 54, 68
poblo (?), IV, 76
pobrezza, Obs., 24 a
poder, formas diptongadas, IX, 17; XI, 7; XV, 8; XVI, 40; etc.; Obs., 37
polido, IV, 10; VIII, 14
Portugal, XXIX, 50, 52; LXV, 6; — Portugal, XVI, 2; Obs., 52
pretérito compuesto, II, 19, 46; III, 41; IV, 26, 32, 36, 52, 62, 70, 79; VIII, 26, 28, 30, 32; XII, 6, 7, 9, 11, 13, 15, 17; XII B, 13, 14, etc.; Obs., 56
preto, VI, 14
puñalás, XVII, 10; Obs., 52
purso, LXIV, 7; Obs., 52
puziera, Obs., 24 b
puzzi, puzzo, LII, 52; Obs., 24 a, 24 b
puzziera, Obs., 24 b
querer, formas diptongadas, IX, 17; XI, 22, 50; XII, 24; XIV, 9; XV, 19, 20; XVII, 33; XVIII, 24; etc.; Obs., 37
quijieron, quijiera, Obs., 19 a
quijo, XVII, 19; Obs., 19 a
quiso, LIII, 4; — quisiera, XVI, 49; Obs., 56
quistiandad, XXVI, 4; XXIX, 8
quistiano, XII, 9, 15; XIII, 4; XVII, 30; XXIV, 4; LVIII, 54; LXII, 7
quižo, XIII B, 26 a; XVII B, 19; — quížera, XXVI, 43; LXV, 42; Obs., 19 a, 24 b, 44
quižžo, Obs., 24 b
r por rr en principio de palabra, Obs., 8
rebasque (= rebate ?) XVII, 1
recadar, LIV, 34; Obs., 52
recontes, Obs., 51 (in fine)
regalar, XLII, 10; LIII, 7; Obs., 52 (n.)
relumbrar, XL, 22; Obs., 52
remendar, LV, 66; Obs., 52
remeral (?), XVI, 26
reñega, LVIII, 39; — reñegado, XVII, 9; Obs., 37
responder, I, 8; XI, 14; XX, 25, 73; XXXVIII, 30; XL, 16; LII, 25, 41; LVII, 53; LVIII, 44; LXV, 23; Obs., 52
reventar, XI, 9; Obs., 52
rifi, Obs., 32 (n.)
riquezza, Obs., 24 a
roído 'ruído', Obs., 52
ronzar, II, 48; XX, 72; Obs., 8 (n.), 19 b, 19 c (n.), 52
ruido, VI, 25; Obs., 52
safumar, XLII, 11; Obs., 18 (n.)
satir, XVII, 1; XXXI, 6; Obs., 33
salverado (?), XXXV, 8 (n.)

- haberano* (?), XXXV, 8
sayita, XVI, 55; XXX, 18; XXXVIII, 46; Obs., 9
sedal (?), LXV, 10
seguí, VI, 35; Obs., 55 b
selarse, XLIV, 10
Selomó, XVIII, 1 (n.)
sentar, XII, 1; XXXII, 11; XXXV, 8; XLII, 29; XLVI, 6; XLVIII, 2; Obs., 52.
sentido (participio), IV, 22; Obs., 55 b (n.)
serena 'sirena', XII, 36; XXVIII, 10, 11
serranias (?), XIV, 36
servir, V, 24, 34; Obs., 51 (in fine), 55 b
seviyano, VII, 1; Obs., 9
sezzo, Obs., 24 a, 24 b
sibdad, Obs., 18
Sidi, XII, 1; XXI, 1; XXII, 23, 27; XXIV, 7, 17, 37, 51, 55, 61; LXIII, 9
sierva 'sirva', XXXVI, 22; Obs., 38
siguer, Obs., 36 (n.), 55 b
sigún, XXXIV, 10 (n.)
sinrazón, Obs., 22
sinter, Obs., 33, 36 (n.)
sirver, Obs., 33, 36, 38, 55 b
sirveré, I, 38; XII, 25, 27; Obs., 36
siñdad, Obs., 18 (n.)
siyero, XLV, 26; XLVII, 14; Obs., 9
siyeta, LXVI, 13; Obs., 9
soler, formas diptongadas, Obs., 37 (n.)
sollar 'explicar', LXV, 19, 21
sollén, III, 63; X, 19; Obs., 35
sosegar, II B, 46, 60; Obs., 52
sos, Obs., 56
subir, XVI, 37; Obs., 54 d
subisme, Obs., 30 y n.
subjuntivo (usado como imperativo en la 2ª pers. plur.), III, 51; IV, 71; XI, 19, 23; XIII, 19; XIII B, 24

- a*; XV, 1; XXXV, 31, 35, 36; XXXIX, 17, 27, 57; XLIV, 11, 19, 45; XLVII, 9, 13; L, 42; LVII, 95; LXII, 24; LXVIII, 9; Obs., 30
sutilezza, Obs., 24 a
sūral, XXVII, 9, 16, 18; LXV, 25; Obs., 19 b
šebdo, 'soso', Obs., 18 (n.), 19 b
šerifa, XIII, 1; —šarifa, XIII B, 1; Obs., 19 c
šilbar, Obs., 19 a (n.)
Šimena, XXI, passim; XXII, passim; XXIV, 9; Obs., 19 b
tener, formas diptongadas, I, 13; III, 5, 23; XI, 21; XI B, 50 d, 50 e; XIII, 3; etc.; Obs., 37
tercera persona de cortesía, XIV, 35, 37; XV, 7; XVI, 21, 39, 40; XLVI, 43; LXIV, 15; Obs., 53 d
testamiento, XV, 17
-tes (= -ste, en la 2ª pers. sing. del pretérito), XI, 11; XXI, 19; XXXV, 47, 48; LII, 50; LIV, 5, 41, 42; LVII, 61; Obs., 26
tetauni, Obs., 32 (n.)
-tis (= -steis en la 2ª pers. plur. del pretérito), XXIII, 26, 28; XXIV, 3; XLIX, 20; Obs., 26
topar, II, 12 (n.)
toronza, XXVIII, 25; Obs., 19 c y n.
torsal (oro —) (?), XXIX, 24
traendo, Obs., 47
trailde, V, 40; Obs., 27, 29
trairé, *trairia*, Obs., 29 (n.)
trais, IX, 21; XVIII B, 17; LV, 61; Obs., 30 y n.
trasa, LV, 60
tressientas, LXV, 3; Obs., 21 a
trujeron, LXVIII, 24; Obs., 19 b (n.)
trujiera, *trujieron*, Obs., 19 b (n.)

- trujites*, LIV, 5; — *trujo*, II, 58; IX, 12; Obs., 19 b (n.), 44
trušo, *trušeron*, Obs., 19 b (n.), 44
tuyido, Obs., 9 (n.)
u 'o' I, 26, 32, 35, 36, 37; II, 36; III, 10; IV, 31; V, 30; etc.
usted, XV, 15, 18; LIII, 12; LV, 47; Obs., 7 y n., 53 d
uzzar, *uzzansa*, Obs., 24 a
vaho, Obs., 18 (n.)
valida, I, 40
vašio (?), XLV, 21; Obs., 19 b
vay, II, 49; VII, 47; XLV, 32, 51, 53; LVII, 89; — *vajte*, II, 61, 62; XVII, 30; XXXIII, 9; XL, 8; Obs., 43
veía, XXXII, 30; XLIX, 17; Obs., 56
veludo, LV, 17
venéis, XV, 2; Obs., 54 a
venir, III, 35; XIV, 9; XIX, 5; etc.; — *venía*, VII, 34; etc.; — *venían*, I, 18; etc.; — *vienes*, IV, 65; VII, 39, 41; etc.; — *viene*, XXI, 16; etc.; — *vino*, XVI, 16, 38; etc.; — *vinieran*, XVIII, 3; etc.; Obs., 33, 40
Veržico, III, passim; XXV, passim; Obs., 19 b
vestía, VIII, 17; XXXVIII, 13; — *vestias*, XLI, 27; — *vestida*, XIX, 30; XXV, 11, 17; XXXVIII, 16; XLIV, 3; XLVI, 30; LV, 13; LXIV, 27; Obs., 55 b
vestimenta, XI, 24
veyuda, Obs., 52
vežita, *vežitar*, Obs., 19 a (n.), 52
vi, V, 14; — *vió*, XXXII, 13; LII, 9; — *vieron*, XX, 65; XXVI, 19; XXIX, 43; XXXVIII, 11; Obs., 45

- via* (= *veía*), I, 24; LI, 18; Obs., 45, 56
vibda, Obs., 52
vidi, VII, 7, 10, 11, 27; XLII, 9; XLIX, 7, 14; LIV, 9; LXV, 26; Obs., 32, 45; — *vido*, III, 35; XVI, 27; XIX, 5; XX, 61; XXIV, 51; XXVII, 10; XXIX, 21; XXXI, 25; XXXV, 11; XLVI, 7; L, 33, 37; LVI, 28; LXVI, 11; Obs., 45
vidro, VI, 23
vister, Obs., 36 (n.), 55 b y n.
viuda, XII, 29; XLVI, 38; LXIV, 32; Obs., 52
vivir, XXIX, 15; XXXI, 5; Obs., 54 d
vizitar, LII, 62; Obs., 52
vola, Obs., 55 a n.
voltear 'volver', VIII, 23
volvas, XXIX, 38; LVII, 47; — *volva*, XXXIX, 21; Obs., 35
vos, sujeto, III B, 23; VII, 21, 22; IX, 16; XII, 5; XIII, 20; XXI, 25; XXXV, 31, 35, 36; XXXVIII, 7; — régimen de preposición, XI, 20; XXXV, 21; — después de *como*, I, 28; XXIII, 42; XLIX, 22; — régimen de verbo, IX, 30; XI, 25; XXVI, 25; XXX, 28; XXXVI, 27; XXXVIII, 22; XLV, 11, 12, 18; XLVII, 11, 15; LX, 28; Obs., 50
vozotros, Obs., 15, 50 (n.)
vuela, XXVIII, 33; Obs., 55 a y n.
w por *bw*, I, 45; II, 15; III, 18; XVI, 46; etc.; Obs., 6
w por *gw*, II, 32; II B, 32; VI, 16; X, 4; XI, 37; XXIX, 30; XXXV, 1; LIV, 18; etc.; Obs., 6
yebdo 'leudo', Obs., 18 (n.)
Yerusaláim, XVIII, 2
yevailde, V, 39; XVIII, 23; Obs., 29
z por sonorización de *s* ante sonora, IV, 8, 74; V B, 26; VII, 32; XI, 42; XIII B, 24 d; XVI, 39; XXI, 20; XXII, 17; XXIV, 24, 66; XXVI, 10; XXVII, 22; XXX, 16; XXXVII, 27; XXXVIII, 44; LI, 28; LIV, 14, 18; LV, 24, 38; LVII, 80, 83, 100, 104, 106; LVIII, 16; LXIII, 8; LXIV, 22, 30; LXVI, 14, 15; Obs., 14 y n.
žazer, II, 52; XII B, 32; Obs., 19 b
žebli, Obs., 32 (n.)
Žóhar, Obs., 20 c
Žuliana, XXVII, passim; Obs., 19 b
Žuzgare, XXVII, 22; Obs., 19 b

CORRECCIONES

Como nuestro material se ha ido aumentando después de publicarse nuestros primeros veinte romances, faltan en algunas partes de los comentarios de dichos romances las referencias correspondientes a los que se publicaron después. Trataremos de remediar ese defecto con las siguientes notas: pág. 47, lín. 13 léase: *Primavera*, 119 (véase nuestro n° XXXVII); pág. 49, lín. 2 léase: veinte primeros romances; pág. 56, lín. 20 léase: mismo tipo (véase nuestro XXX); pág. 59, lín. 33 léase: *Primavera*, nuestro XXXIV; pág. 110, lín. 13 léase: (nuestro XVII), y también en nuestro LIV; pág. 126, lín. 33 léase: *Delgadina* (véase nuestro XLIII).

Además, en el comienzo del comentario del romance LXIV hemos cometido un ligero error cronológico al decir: « es muy probable que el romance haya llegado a oídos de los judíos después del destierro, que casi coincidió con la muerte de don Juan »; en realidad esa muerte (1497) ocurrió varios años después del destierro (1492). Igualmente en el capítulo V de las conclusiones, párrafo a, línea 5, repito el error al decir « el mismo año de la expulsión »: había que decir « varios años después ».

ERRATAS

I, 23, léase: válgamé. II, 2, léase: mazo. II, 23, léase: güestros. II, 24, léase: güestra. II, 47, donde dice: entre entre, léase: entre. II, 60, léase: más. II B, 32, léase: alhuazil. III, 47, donde dice: así, léase: aí. III B, 12 a, léase: qué. III B, 15, donde dice: lo lo, léase: lo. III B, 62, léase: huen. IV, 8, léase dezde. IV, 18, donde dice: el castío, léase: al castío. IV, 42, léase: mesquino. IV, 51, léase: sinto. IV, 68, léase: rozas. Pág. 59, lín. 2-3, donde dice: Coello (*M. y P.* 32), léase: Danon, 32. V, 18, léase: vámonós. V B, 5, léase: juhue. V B, 17, léase: paresco. V B, 26, léase: reshalóselá. V B, 35, léase: guizaba. VI, 29 y 30, léase: sinco. VII, 5, donde dice: déle, léase: de éle. VII B, 29, léase: sabanás. VII B, 35, léase: Ábremé. Pág. 70, lín. 7, donde dice: 36, léase: 43. VIII, 3, léase: fuérasé. VIII, 5, léase: haziéndosé. Pág. 73, línea 10 y 13, donde dice: 33, léase: 28. Pág. 76, lín. 2, donde dice: de que, léase: que. XI, 38, donde dice: los, léase: las. XII, 32, léase: dezde. XII, 33, léase: válgamé. XII B, 1, léase: paseabásé. XIII B, 24 d, léase: dezdicha. XIV, título, léase: MORA BEYA. XIV, 1 y 2, léase: apártaté. XIV, 31, léase: válgamé. XVII B, 34, léase: beya. XX, 38, léase: váyasé. XX, 43, léase: sien. Pág. 256, lín. 27, donde dice: debe, léase: puede. XXIII, 6, léase: apazihuó. Pág. 259, lín. 2, léase: *Pésah*. XXIV, nota al verso 64, léase: *halda*. Pág. 267, lín. 12, donde dice: de la tradición, léase: en la tradición. Pág. 267, lín. 24, donde dice: muestra, léase: nuestra. Pág. 279, in fine, léase: (Coello, 3 *M. y P.*; Galante, 9). Pág. 315, lín. 25, donde dice: verso 38, léase: verso 34. XXVI, nota al verso 18, léase: *meter en mal*. LIII, 23 y 24, léase: Huenos. LVIII, 16, léase: dezgrasia. Pág. 347, lín. 1, léase: todo. Pág. 349, lín. 34, donde dice: Danon, léase: Galante. Pág. 350, lín. 5, donde dice: las tres puertas, léase: las tus puertas. Pág. 362, lín. 12, donde dice: estrictos, léase: estrechos. Pág. 373, lín. 7, donde dice: XXI, léase: XXII. Pág. 373, lín. 8, donde dice: XXII, léase: XXIII.

EL SINTAGMA « VALENCIA LA BELLA »

Louis Furman Sas ha analizado en *RFH* (IV, 100) el importante trabajo de Lerch sobre la « partícula articuladora »¹ en lo que se refiere a la historia de la fijación del artículo definido en latín vulgar, y, de acuerdo con Lerch y Sas y contra Gamillscheg, me inclino a admitir la fecha *tardía* del desarrollo de este instrumento gramatical, que en su anterior carácter de demostrativo aparece aún en el tipo a. fr. *Babyloine la grand* = (Vulgata) *Babylon illa magna*: cf. la traducción en español moderno *Babilonia*, aquella *grande ciudad*.

Pero hay en el trabajo de Lerch otro punto que Sas no pudo mencionar, y sobre el cual desearía insistir. Lerch muestra que el francés antiguo (y todo lo que dice vale también para el español antiguo, por lo cual en adelante citaré entre paréntesis los tipos paralelos españoles tomados del *Poema del Cid* y de los romances) conocía el tipo *Alde la bele* (*Bavieca el corredor*, *Bavieca el de myo Cid*), *Babyloine la grand* (*Valencia la grant, la mayor, la casa, la clara*), pero no tenía otro tipo con nombre común, paralelo del primero: **la dame la bele*, **la cité la grand*, aunque los pronombres demostrativos pospuestos del latín de la Biblia podían servir de modelo para el tipo con nombre común lo mismo que para el tipo con nombre propio: *Babylon illa magna, civitas illa magna* (hay una sola excepción: *Chanson de Roland*, 331: *Li empereres li tent sun quant, le destre*, 'El Emperador le tiende su guante, el derecho'). Desde el siglo XVI se vuelven menos frecuentes los ejemplos como *Vénus la belle*: sería inaudito en Corneille un *Chimène la belle*.

Según Lerch, la repugnancia del francés antiguo y del francés en general contra **la cité la grand* se explicaría así: fué el tipo *civitas illa magna* el que habría originado naturalmente **cité la grande* (« y el francés sentía repugnancia por él »); **illa civitas illa magna* no podía haber existido como modelo de **la cité la grande* « porque la presencia de dos demostrativos juntos se hubiera sentido como estorbo en la época en que *ille* tenía todavía fuerza demostrativa », y después, cuando ya se había formado el

¹ EUGEN LERCH, *Gibt es im Vulgärlateinischen oder im Rumänischen eine 'Gelenks-Partikel'?* en *ZRPh*, 1940, LX, págs. 113-190.

artículo, la lengua tenía aversión (*Abneigung*) al « paréntesis », en tanto que el carácter parentético es, según Lerch, más débil en *Vénus la belle* y especialmente en el tipo reservado para la distinción de monarcas diversos: *Frédéric le Grand*.

El tipo *Aude la belle* queda como desterrado desde el siglo XVII: lo sustituyó generalmente *la belle Aude* (como dice Victor Hugo), tan antiguo en francés como *Alde la belle* (*la belle Yseut*, Bérout), como *la belle dame* tomó siempre el lugar de **la dame la belle*. Son arcaísmos las aparentes excepciones *Nécessité l'ingénieuse* (La Fontaine), *France la douce* (Paul Morand)¹. El tipo *la belle Aude* debió luchar con cierta vaga aversión contra el artículo determinante que es la que determinó la aparición del tipo sin artículo de la canción popular antigua *Bele Erembors* (*Conde Claros*). El tipo *le bon Dieu* (atestiguado ya en la *Passion* de Clermont Ferrand: *li bons Jhesus, li fel Judas*) sería un desarrollo secundario, un modo de regularización de *Jhesus li bons, Deus li glorios* (*l'espitable*), etc., que se remontan en último término al latín bíblico *Deus omnipotens, Dominus altissimus, Deus (dominus rex) magnus*.

Creo que Lerch ha formulado bien los dos problemas: 1) ¿Por qué se encuentra en a. fr. sólo el tipo *Babyloine la grand* y no **la cité la grand*? 2) ¿Por qué quedó desterrado desde el siglo XVII *Vénus la belle* y no *Frédéric le Grand*? Pero creo que no los ha resuelto. ¿Por qué? Me parece que no ha ahondado bastante en busca del valor expresivo, estilístico, de esos giros quien, sin embargo, refutó tan bien a Gamillscheg a propósito del *porcus ille silvaticus* de Petronio (v. la reseña de Sas) aclarando el sabor de estilo de esa expresión en boca de Trimalción.

Y desde luego, no se ve claramente qué repugnancia habría podido sentir el francés contra el tipo *la dame la bele*. La repetición de palabras contiguas, como por ejemplo *que que* no era insólita en el a. fr., que no había proscrito *la fille la reine*. Pero esos dos ejemplos del a. fr. nos prueban justamente que tal repetición sólo era posible porque las palabras repetidas tenían una función bien definida, de la cual no podía prescindir la lengua; cuando podía, evitaba la repetición diciendo v. gr. *le roi fils*: cf. también la pérdida del régimen neutro en a. fr. *jeo li donne* 'je le lui donne'.

En consecuencia, si no se halla en a. fr. **la cité la grand*, en tanto que era frecuente *Babyloine la grand*, hay que inferir que esa construcción no era necesaria, quizá porque contrariaba el movimiento psicológico cumplido en el espíritu del hablante, que nos parece necesario analizar ahora.

¹ Agrego *Simon le pathétique*, de Giraudoux (1918), con sabor irónico, que resulta de aplicarse a un niño campesino el giro que se usa para los que fueron grandes en la tierra. Y también la personificación *Midi le juste* en el v. 3 del *Cimetière marin* de Valéry: *Midi le juste y compose de feux La mer...*, que corresponde quizá a la fuente (Leconte de Lisle, *Midi*: «Midi, roi des étés, épandu sur la plaine, Tombe en nappes d'argent des hauteurs du ciel»).

La diferencia entre un *Babyloine la grand*, existente, y un inexistente **la cité la grand* debe de estar en la diferencia psicológica entre el nombre propio y el común. El nombre propio, por lo menos en un ambiente primitivo, se identifica con el ser designado (cf. los conjuros mágicos por la evocación del nombre en las sociedades primitivas)¹, sale espontáneamente de labios del que habla, que identifica de modo ingenuo el ser nombrado con su nombre. Cualquier madre es por eso una « primitiva »: al llamar *Edmundo* a su hijo no encara la posibilidad de que haya otro ser sobre la tierra que pueda llevar ese nombre o que pueda compararse con él; es realmente ése un « nombre propio », que pertenece exclusivamente a un ser único². Como en su origen son comunes todos los nombres propios, el común, al asumir la función de propio, debió de someterse a esa operación de aislamiento, de abandono brusco de su empleo habitual: un *Quintus*, un *Julius* ya no son 'un quinto', 'un miembro de la familia Julia', sino *ese Quintus (Julius) único*: he ahí el resultado lingüístico de ese aislamiento afectuoso que habría borrado el mundo entero para concentrarlo en el ser querido, el cual puede también ser una entidad geográfica, sobre todo porque los nombres de ciudades y los nombres de ríos eran antiguamente los de los dioses (*urbs Roma, flumen Garumna* eran las diosas de la ciudad y del río).

Hasta cuando *urbs* o *πόλις* se convierten en nombres propios (= Roma, Estambul) hay « aislamiento afectuoso ». El ser único en el mundo no necesita actualizarse mediante el artículo — en las lenguas que lo tienen — porque está siempre presente, actualizado en la conciencia del hablante: *Roma, Julio*, a. fr. *France, Seine* (es más evidente el progreso del agnosticismo en los nombres de países y de ríos de las lenguas modernas que en los de ciudades, las cuales conservan algo de la personificación animista); *Père, Maman* (que son nombres propios).

Por el contrario, el sustantivo común, a quien no favorece de ningún

¹ Así en el romance sobre el reconocimiento de las cabezas de los Infantes de Lara: el anciano Gonzalo Gustioz se dirige a una de ellas con los versos *Sálveos Dios, Diego González, hombre de muy gran bondad, / del Conde Fernán González alferez el principal*; a otra con los siguientes: *Oh hijo Fernán González, nombre del mejor de España / del buen conde de Castilla, aquel que vos baptizara*: 'nombre' y 'hombre' en el mismo plano. Véase la misma confusión entre nombre y ser en el verso *Fernán d'Arias ha por nombre, fijo de Arias Gonzalo*. Cito un ejemplo semejante en francés antiguo en *MLN*, 1942, pág. 258: *ay (= j'ai) a non (nom) Escopart fort et combatant*. Para la Edad Media el nombre no era un rótulo; formaba parte del complejo total del ser nombrado. Lo mismo sucede con los nombres de ciudades: véanse págs. 34, nota 1, y 44, nota 1.

² Cf. el libro de A. GUÉGOIRE, *Edmond-Paui-Michel* (Lieja, 1939). La madre de Michel tendía, en cierto modo, a separar de la lengua común *todo el vocabulario* que empleaba al hablar a su hijo, a crear una « lengua-nombre propio » para uso de su Delfín. Y todos los cambios que el amor maternal imprime en el nombre del niño (*Edmond* pasa a ser *Monmignar, Cochinchinouchouet*, etc.) obedecen a ese deseo de separarlo, en extraordinaria « unicidad », de las demás palabras del idioma.

modo el aislamiento afectuoso ni la ficción de «unicidad», necesita actualizarse con el artículo: *el padre, la madre, la ciudad*. Lenguas hay que por principio niegan a las mujeres la unicidad individualizadora y las consideran como en serie, en grupo, como apelativos corrientes: así ital. *la Maria* frente a *Giacomo*; esp. rural *la Pascuala* frente a *Pascual*.

Si analizamos ahora el tipo a. fr. *Babyloine la grand, Alde la bele*, advertimos que estamos ante una sucesión de nombre propio y común, que representan dos actitudes psicológicas distintas y sucesivas: *Babyloine, Alde*, para un público «afectuoso», se bastan, son nombres espontáneos que no necesitan actualización alguna; *la grand, la bele* permiten comparar esos fenómenos, que ya no parecen únicos, con otros fenómenos posibles que podrían llevar el mismo nombre: son, como cualquier aposición, condensaciones de frases como 'de la gran Babilonia, de la hermosa Alda estoy hablando' (y no de otra Babilonia o Alda). El hecho de que para el hablante medieval no hubiera realmente otra Babilonia que la de la Mesopotamia, ni aun otra Alda que la de la *Chanson de Roland*, no importa: es la duda o la ficción teórica de que pudiera haber otra Babilonia u otra Alda la que da origen a esta expresión (cf. a. fr. *aucun homme né* = con tal que hubiera nacido, aunque no se crea que pueda existir hombre que no haya «nacido»). El adjetivo sustantivado *la grand, la bele*, debe, pues, acompañarse con el artículo, que actualiza el fenómeno situándolo en el cuadro de una serie de fenómenos similares. Del mismo modo, un sustantivo que indica una categoría puede colocarse después del nombre propio en las antiguas lenguas románicas: es el tipo a. fr., que no menciona Lerch, a *Rheims la cité*, a. esp. *Valencia (Burgos) la casa*¹, al. *zu Köllen in der Stadt* (Heine), que se funda

¹ Es el equivalente del tipo más literario *la ville de Paris* = *urbs Romae*, que no era en las antiguas lenguas romances tan popular como creía Schuchardt (quien consideraba esa construcción como tipo de «afinidad elemental» del patrimonio común de todas las lenguas); Lyer, *ZRPh*, LVIII, 350, lo ha aclarado muy bien. Véanse por ejemplo versos de romance como: *miraba la gran ciudad que Nápoles se decía*, y no **la gran ciudad de Nápoles*; en cambio, en el romance *El violín encantado*, que data del siglo XVII, se encontrará *la ciudad de Ginebra*. Advierto que en el *Poema del Cid* hay genitivos explicativos cuando se trata de fechas (que siguen necesariamente los términos latinos de la cancillería: *día de cras, mes de mayo, era de mill*) y en nombres geográficos cristalizados: *Nava de Palos, campo de Toranz, tierra de Carrión*; ¿y quién nos dice que esos *de* no indicaban la pertenencia, la posesión? Son probablemente *nava, campo, tierra*, que dependen de los lugares llamados Palos, Toranz, Carrión; noto en el v. 2877 un *a la casa* (= 'población', 'lugar') de *Berlanga posada presa han*; ¿no se llamaría el lugar *Casa de Berlanga*? Vacilación análoga a la del ejemplo del romance (*miraba la gran ciudad que Nápoles se decía*) parece que hubiera cuando leemos: v. 2876-9, *o dizen Bado de Rey, allá ivan passar... a qual dizen Medina ivan albergar*; 435, *o dizen Castejón, el que es sobre Fenares, mio Cyd se echó en celada*; allí donde hubiera podido decirse cómodamente 'en el pueblo (en la ciudad) de'. La fluctuación de pensamiento nos hace la impresión como de que el lugar y su nombre no están del todo asociados. Pero jamás encontramos **villa de Valencia*. Menéndez Pidal, como intérprete moderno, traduce a *Denia la casa*, 1161, con 'la población de Denia'. Berceo,

sobre una frase 'de la ciudad estoy hablando' y que es paralelo al tipo *Sansun li dux, Anseis li bers* (*Rol.*, v. 2405), *Parise la duchesse*. Y bien, al enlazar la expresión espontánea *Aude, Babyloine, Rheims* con la expresión *la bele, la cité*, que agrupa los fenómenos en serie, me vuelvo a otro plano más intelectual, tomo en cuenta al auditorio, porque temo que no comprenda mi expresión espontánea, y lo pongo de manifiesto con el demostrativo, que sustituye a menudo al artículo (ya sabemos, por lo demás, que el artículo no es más que un demostrativo en su origen): a. fr. *Babyloine cele grant*, esp. mod. *Babilonia, aquella grande ciudad*, a. esp. *cabo Burgos essa villa, a París esa villa* — locuciones todas que señalan la ciudad con el dedo a un público: 'de esta ciudad [que conocéis] estoy hablando'¹. Al contrario, un tipo **la cité la grande* no es indispensable, porque con *la cité* ya estoy en el plano apelativo-limitativo, ya he actualizado con el artículo *la cité* y no se justificaría una segunda actualización: si soy tan «reflexivo» que puedo definir y actualizar ¿por qué no digo sin más *la grande cité*? La

más erudito que el juglar épico, nos proporciona más ejemplos de ese giro literario: *enna villa de Pisa, de Roma*. No estoy en desacuerdo con Lyer más que en un punto: cuando en el verso del *Pèlerinage de Charlemagne, Quatre meis fut li reis en Jerusalem ville*, quiere ver un sintagma del tipo **Paris ville*, que sería el reflejo fiel de la condensación de la frase **Paris est une ville* (en tanto que la preposición *de* en *la ville de Paris* sería consecuencia del genitivo del tipo latino *in urbe Romae* (como en a. a. al. hay *Romaburg* = 'ciudad de Roma'), con *Jerusalem* declinado como ser animado, es decir, en el caso oblicuo (cf. *par Dieu merci* = *Dei mercede*). Luego, en *Jerusalem ville* es el antecedente de *dans la ville de Paris*; aquí ha desaparecido el carácter animado o alegórico de la ciudad, que determinaba la construcción personal con el oblicuo en a. fr. El español no conoce esta construcción del a. fr.: el *status constructus* del hebreo, que puede reproducirse en a. fr. con *li filz Israël*, se dirá en a. esp. *hijos de Israel* (Berceo, *Sacrificio de la misa*, estr. 146: *a hijos de Israel*).

¹ Se nota el retoque en la repetición del nombre (romance del Rey don Pedro y del Prior de San Juan): *cuando entraba por Toledo, por Toledo esa ciudad*. El demostrativo no hace, en el fondo, más que dirigir la atención del interlocutor o del público hacia algo que el hablante quiere señalarle: cuando no hay nada material que ver, el gesto indica algo mentalmente visible, conocido (que el interlocutor o el público vieron y pueden ver otra vez); de ahí la función de *Babilonia illa magna* 'ésa bien conocida' (gr. ὁ Σουλῆτης, etc.). Ahora bien, el que habla emplea el demostrativo (como usa *puisque, since, ya que* en lugar de *parce que, because, porque*) cuando quiere producir la impresión de lo consabido, estratagema muy usual en el lenguaje de cualquier profesor, que dice a sus alumnos «como bien saben ustedes» cuando les enseña algo nuevo. Así, el «retoque» (*cabo Burgos essa villa, [Babilonia] aquella grande ciudad*), aunque sugerido por la consideración al lector, está, sin embargo, teñido de subjetividad: si alguien ignorara qué son Burgos o Babilonia, nada aprendería señalándosele lo que no puede ver; si los nombres propios *Burgos, Babilonia* no le dicen nada, no le dirá más el demostrativo que le intima que debería conocerlo (y puede ser que ni el mismo sustantivo *villa* le informe más que expresiones como *cabo Burgos*). Ésa es una de las razones principales por las cuales épocas menos ingenuas y más racionalistas evitarán emplear estas expresiones tautológicas. Bien manifiesto aparece ese carácter «tautológico» del demostrativo cuando es lo primero que acude a los labios del que habla, y el nombre propio vendría a ser el «retoque» (el caso opuesto a *Alde la*

especie de anacoluto ...*la grand* sólo tiene razón de ser cuando es preciso *retocar*, corregir para un público, aplicando esa corrección a lo que era demasiado subjetivo, a ese nombre propio que parecería pertenecerme demasiado exclusivamente¹. Si excepcionalmente puede ocurrir que los poetas usen ese «paréntesis» después de un apelativo, es porque en realidad no se trata de un apelativo sino de un nombre propio. Así, cuando Victor Hugo dice en *Le Satyre*:

Le chardon, ce jaloux, s'efforçait de le mordre

o bien

Il adorait la fleur, cette naïveté

está claro que personifica el Cardo, la Flor, y que se dirige a su público con un malicioso guiño: «*Ya lo sabéis*, el cardo es este ser celoso, la flor es la personificación de la ingenuidad [que conocéis]». En el fondo, ese

bele, Babyloine la grand). En el más antiguo romance fronterizo los tres protagonistas se nos presentan con demostrativo antepuesto:

Cercada tiene a Baeza, ese arráez Abdalla Mir...

Con él va ese traidor, el traidor de Pero Gil...

Ruy Fernández va delante, aquese caudillo ardil...

En el tercer verso, el tipo *Alde la bele*; en el segundo, por el contrario, aparece un giro totalmente subjetivo: *ese traidor*; después un retoque destinado a nombrar, en consideración al público, al traidor en cuestión (es pues el caso opuesto al tipo *Alde la bele*; *Fernández, aquese caudillo ardil*) sin dejar del todo el modo subjetivo (*el traidor de...*); el primer verso, *ese arráez Abdalla Mir*, presenta de golpe el nombre y el título del personaje envuelto en esa atmósfera del 'ya lo sabéis', artimaña del juglar que quiere atraer la atención del público (por lo demás, si se admite que hay cesura fuerte después de *cercada tiene a Baeza*, como lo indica la coma de nuestras ediciones, esta frase sería totalmente subjetiva: en francés «*Il assiège B.*», con un *il* que no explicará hasta el segundo verso; la treta del juglar estaría en desentenderse del lector al comienzo de la poesía y excitar así su curiosidad). La técnica del romance, con sus resúmenes de todo tipo, destruye las barreras entre el público y el sujeto, y el demostrativo opera en ese sentido. Cf. en el romance de Fernán d'Arias: *Llorábanle cien doncellas... sobre todo lo lloraba aquea Urraca Hernando*; y *cuán bien que la consuela ese viejo Arias Gonzalo*! Los demostrativos se multiplican como si muchos dedos agitados apuntaran al público: *Aquel perro de aquel Cid, prenderélo por la barba* — redundancia que duraba hasta el siglo xvi (cf. Keniston). Lyster ha señalado muy bien en su estudio sobre *li fel d'anemis, le fripon de valet*, que el italiano, español y portugués, lenguas meridionales teñidas de mayor afectividad, van más lejos en la actualización del segundo término del sintagma, mientras el francés se contenta con un giro más abstracto (sin artículo, y en consecuencia no actualizado).

¹ Es, pues, el mismo giro, de expresión en dos tiempos (espontáneo primero, después reflexivo), que en *il est terrible, ce garçon*; *je serais capable de le tuer, ce garçon*; a. esp. *assí las escarniremos a fijas del Campeador*, esp. mod. *le agradezco a usted*, etc., giro gramaticalizado en muchas lenguas: los pronombres, por lo menos en la familia primitiva, son nombres propios que deberían llevar mayúscula (habría que escribir *Le, Il*, etc.), y por ello no llevan artículo, signo de actualización (*le moi d'autrefois* es expresión posterior, intelectualizada, en el mismo plano que *la belle Aude*).

salto de estilo es el mismo que ocurre en los tipos con vocativo como a. esp. *Albarfáñez el myo braço meior*; *¿ó sodes, Raquel e Vidas, los myos amigos caros?*; *ya primas, las mis primas*; *venides, los vassallos de myo amigo*; las aposiciones que se introducen con artículos definidos se deben a retoques reflexivos: ¡*Albarfáñez!* bastaba como manifestación espontánea; volviéndose sobre su idea, el que habla añade una definición: «[sois] mi brazo mejor». A veces la transición se establece entre un vocativo, dirigido a determinada persona, y una exclamación que se refiere a esa misma persona, pero hablando de ella a un público (y el propio hablante puede constituirse en público); cf. mi artículo *Bestimmter Artikel im Anruf und Ausruf*, en *Revista Filologică* [Cernauti], I, 41; Pușcariu retomó el problema en *Études de linguistique roumaine*, pág. 458¹; es el tipo popular *écoute, la belle*, que se compone originariamente de dos partes: un imperativo espontáneo que se dirige a la segunda persona, *écoute* (y el imperativo puede compararse al vocativo por su espontaneidad), más una exclamación, ¡*la belle!*, que está, por decirlo así, en tercera persona, porque se habla de *la belle* a alguien. Es claro que tal frase adquiere cierto matiz libre y desenvuelto cuando no hay «público» presente. *Écoute ¡la belle!* se convierte así en un tipo de alocución más familiar que *écoute, belle*, porque parece sacrificarse la presencia de la hermosa a un público ficticio.

Si comparamos ahora el comienzo del romance célebre: *Alora, la bien cercada, tú que estás en par del río, cercóte el adelantado...*, vemos el parentesco con *Albarfáñez, el myo braço maior*: el poeta se dirige a la ciudad tuteándola, al considerarla como persona, y el paréntesis *la bien cercada* es en su origen una exclamación explicativa acerca del tema de la ciudad, dirigida, pues, a un público. Hay asimismo salto de estilo en el curioso vocativo del *Poema del Cid*: *venides, Albarfáñez, una fardida lanza*. Es evidente que el poeta pone en boca del personaje que habla una fórmula épica, sólo posible en la narración: *Galín Garciaz, una fardida lanza* 'G. G. [es] una animosa lanza'. Tal estilización del discurso directo que se acomoda al patrón del relato; tal conversión de estilo (narrativo > discurso directo) sólo es posible, sin embargo, cuando el poeta considera la aposición como una especie de reflexión que se introduce para que sirva de aclaración al público: 'venid, Albarfáñez, [ya sabéis ¡oh público! es] un valiente caballero'; 'Galín García, [ya sabéis ¡oh público! es] una animosa lanza'².

¹ H. Winkler emplea la expresión 'berichtigender Artikel' ('artículo correctivo') para casos semejantes al rumano *omul cel brun*, griego moderno *τὸ ἔθνος τὸ Ἑλληνικόν*, 'el pueblo heleno', *ὁ κακημένος ὁ Τζάννης*, 'el desgraciado Juan', que ha encontrado en las lenguas caucásicas, como no los recuerda E. Lewy, *Der Bau der europ. Sprachen*, Dublin, 1942, pág. 67. Ese nombre traduce exactamente mis ideas sobre el tipo *Valencia la bella*.

² Debe advertirse que esas adiciones pueden ser proposiciones de relativo introducidas por demostrativos o sin ellos: *myo Cid el de Bivar*; *myo Cid (el) que en buen ora cinxo espada*; *Galindo Garciaz el bueno de Aragón*; *Galind Garciaz (el) que fo de Aragón*. La diferencia

Es muy posible que *Babyloine la grand* derive del latín bíblico *Babylonia illa magna*, aunque me parece que Lerch considera únicamente el desarrollo diacrónico y desatiende el estado sincrónico: en el latín, que no conocía artículo, y donde *illa* es un demostrativo, según reconoce Lerch ('Babilonia, esta grande'), el giro debe de haber tenido otro sentido que en a. fr. y en a. esp., lenguas que, desde los primeros testimonios, tenían artículo definido: en el tipo *Babyloine la grand*, *Babyloine*, nombre propio (sin artículo, por consiguiente), se opone claramente a *la gran* (o a *la cité*), apelativo. Es la « oposición » (a la manera de Saussure) de nombre propio (sin artículo) y apelativo (con artículo) la que garantiza el funcionamiento claro del tránsito de un plano al otro (del espontáneo al reflexivo). En *la cité la bele* no habría « oposición ».

Cabe también argumentar desde el punto de vista diacrónico, porque la aposición es el resultado de una frase condensada, y puede estudiarse el origen de la aposición en el *Poema del Cid: Castejón, el que es sobre Fenares* > hoy *Castejón de Henares*; 2944 *sobre Tajo, que es una agua mayor* [en discurso directo], etc.; en general, los romances, que presentan situaciones épicas resumidas, tienen más aposiciones que el *Poema*. A **la cité la bele* debería preceder la frase «*la cité — c'est de la belle [cité] que je parle —*», que es imposible. Porque si tengo idea clara de la ciudad de que hablo (y eso es lo que indico con el artículo actualizador), no puedo volver sobre mis pasos indicando una distinción que ya quedaba hecha con el *la* actualizador: después de decir *la cité*, sólo puedo agregar una nueva información no comprendida en *la*, por ej. *la cité — la plus belle du monde*¹.

entre *que* 'quien' (relativo) y *el que* 'celui qui' no parece clara, pero puede inferirse que el tipo *el que* es más reciente y del mismo plano que *myo Cid el de Bivar, Valencia la grand*. Falta, al parecer, el tipo **el caballero el que...*, lo mismo que el otro **la ciudad la grand*. El *Poema* muestra, en general, tanto en la sintaxis como en la métrica, más naturalidad, más espontaneidad que la *Chanson de Roland: myo Cid el de Bivar* es una expresión que está más cerca de la lengua hablada ('mi Cid [quiero decir] el de Bivar'), menos estereotipada que *Engeler de Gasconne, di Gasconne li proz cuens Acelins*. Aun en obras del mester de clerecía, como el *Poema de Fernán González*, sorprende el carácter « hablado » de esas aposiciones: (estr. 7) *Mafomad, el de la malcreencia* (expresión suelta y « coloquial »: 'el [que conocéis por]...').

¹ Esto nos lleva al problema del superlativo del adjetivo pospuesto al sustantivo, introducido en francés por el artículo, o sea el tipo *le remède le plus prompt*. Lerch piensa que hasta el siglo xvii existía contra ese tipo la misma « aversión » que la que se sentía contra el otro tipo **la dame la belle*, y que fueron los gramáticos (Palsgrave, Ramus, Malherbe, Vaugelas) quienes desde el siglo xvi lo desterraron para distinguir el comparativo *le remède plus prompt* del superlativo *le remède le plus prompt*. Sería curioso que los mismos gramáticos que proscribieron un *Aude la belle* existente, nada más que por satisfacer su gusto por la distinción, hubieran introducido un inexistente *le remède le plus prompt*: ya sabemos que el « uso » era generalmente su guía en los problemas espinosos. Tampoco puedo creer en la aversión popular contra el tipo *le remède le plus prompt*, postulado por Lerch; hasta sus ejemplos del francés antiguo nos muestran la expansión originaria del uso:

Claro está que dentro del tipo a. fr. con epíteto pospuesto hay casos más intensamente afectivos (ejemplos de epítetos laudatorios o denigrantes comparables con los « epítetos constantes » de Homero), otros más intelectuales, distintivos, y finalmente casos en que las dos primeras categorías se confunden: ejemplos como *Alde la bele, Babyloine la grand, clere Espagne la bele, mandez Carlun a l'orguillos e al fier, Aucassins li biax, li blons, li gentix, li amorous*, son afectivos, en tanto que el ejemplo *Bretaigne la Me-*

li cuens li plus cortois dou mont (Meraugis); *li chevaliers plus poissant, Li mielres, li plus despendant* (Tyolet), a los cuales agrego los casos españoles *un valle el más discreto*, y especialmente el ejemplo del romance: *Diego González, hombre de muy gran bondad, del conde Fernán González alférez el principal*, y el del *Poema*: (v. 3271) *Merçed, ya rey, el mejor de toda España!* Esos superlativos son realmente adiciones tardías, condensaciones aposicionales de frases relativamente independientes (como, por otra parte, dice el mismo Lerch); hay que dividir: *li cuens — [il était] li plus cortois dou mont; un alférez... — [era] el mejor*. Se notará que el español muestra más claramente el carácter de anacoluto que tuvo ese giro originariamente, porque el superlativo sigue a sustantivos sin artículo o acompañados del artículo indefinido, es decir, indeterminados: se siente la brusca mudanza que a una expresión indeterminada hace seguir otra que no puede ser más determinada. Supongo, pues, que a pesar de la falta de ejemplos en francés antes del siglo xvi, el tipo *le* (y tal vez *un*) *remède le plus prompt* pudo existir y que los gramáticos no han hecho otra cosa que perpetuar un uso existente, al servicio de su manía de distinguir. Es lástima que Lerch afirmara la relación del tipo **la dame la bele*, que no pudo existir, con un tipo que se presenta tan claro en español y que en a. fr. ha dejado algunas huellas dispersas. En el fondo, el movimiento psicológico es el mismo tanto en *li chevaliers plus poissant, / Li mielres, li plus despendant* como en *mandez Carlun / al orguillos e al fier* y en *clere Espagne / la bele*.

Hubo también repetición del artículo con el ordinal *le premier* (probablemente porque *le premier* equivale a un superlativo, cf. inglés *first*); D'Aubigné, *Les Tragiques*, IV, 37, dice: *la cause la première du choix* en lugar de *la première cause...*

Me permitiré rectificar aquí una opinión de Wagner, *ZRPh*, XLIV, pág. 589 («spanisch *tan und más* mit Verblässung der ursprünglichen Funktion») sobre el tipo español moderno: *era una casita más simpática!*, *¡qué ojos más hermosos!* Wagner adopta aquí el criterio de Ebeling (que por otro lado combate a propósito del tipo *¡qué ojos tan hermosos!*), es decir, que habría que suplir una cópula: *una casita — ¿la hay más simpática?*, o *¡qué ojos son más hermosos!*; esto es, que habría una comparación con todos los objetos de la misma categoría (casas, ojos) y negación de la existencia de otro objeto superior a aquel que considera el que habla: *¡era una casita más simpática!* Sería, pues, el eco de una exclamación *¡casita más simpática! no hay, no existe*. Yo creo, al contrario, que *más simpática...*, *más hermosos* son superlativos-relativos, exactamente paralelos al fr. *mes vœux les meilleurs, la femme la plus belle*, que expresaron originariamente superioridad relativa ('une maison la plus belle de toutes', 'quels yeux les plus beaux au monde'), después absoluta ('une maison superbe', 'des yeux superbes', cf. ital. *una bellissima casa, che bellissimi occhi*), sin necesidad de acudir al rodeo de la exclamación abreviada. Ya el antiguo español conocía expresiones como *Calatayut que es más ondrada* 'más honrada [que todas las ciudades]', 'muy honrada', *Valencia la mayor = la grand, tanto auie el gozo mayor* (donde el *tanto* muestra bien que *mayor* quiere decir 'excelente'): luego, un **Calatayut más ondrada* nos conduce directamente a *una casita más simpática* 'muy simpática', *¡qué ojos más hermosos!* 'muy hermosos'.

nur (en María de Francia) y el tipo toponomástico *Villeneuve-la-Guiard*, *Aix-les-Bains*, como el esp. *Bavieca el de mio Cid* deben de ser tan intelectualmente « distintivos » como lo son en latín *Asia Minor*, en fr. mod. *l'Asie Mineure*. Será difícil decidir si *Charles le Chauve*, *Charles le Téméraire* y aun *Charles li magnés* son más bien ingenuamente laudatorios o más bien distintivos (hasta la calvicie de Carlos, que sirve para individualizar al monarca ante los que se complacen en ese detalle físico, puede concebirse como laudatoria: cf. *Louis le Gros*, etc.); quizá ambos tipos eran a la vez laudatorios y distintivos originariamente. Lerch sólo parece considerar distintivo el moderno tipo *Frédéric le Grand* sin advertir que la misma categoría se presentaba en a. fr.; en a. esp. *Alfonso el Castellano*, *Valencia la grant* podrían ser tanto distintivos como emotivos (se distingue un Alfonso de Castilla de otros Alfonsos, la gran Valencia de otras, más pequeñas, cf. Menéndez Pidal, s. v. *Valencia*, y el romance de Fernán González: *Daros ha a Valenzuela — y a Valencia la mayor*). Por otra parte, *el Castellano* lleva implícitas cualidades morales, y *la grant* acoplado a un nombre de ciudad puede indicar un matiz de significación como el que hoy damos a *la gran metrópoli* o *...capital*; en *Galín García el bueno de Aragón* se trata de insistir al mismo tiempo en la virtud del caballero y en su origen aragonés. ¿Cómo debe traducirse *Bavieca el corredor*? ¿'El corcel Bavieca'? ¿o 'Bavieca πῶδες ὄκρος'?

En cuanto al ejemplo, aislado en el trabajo de Lerch, *Li empereres li tent son quant, le destre*, está comprendido en lo que acabamos de decir: el posesivo sirve a la expresión espontánea de la posesión, a tal punto que algunas lenguas no pueden expresar separadamente nombres de parentesco o de miembros del cuerpo, por ejemplo, sin agregar el pronombre posesivo, sin perjuicio de hacer luego un retoque « reflexivo » (« que j'abatte sa tête, à l'insolent »: cf. Havers, *Handbuch der Syntax*, 92); cf. a. esp. *Félez Muñoz so sobrino del Campeador*¹; la frase espontánea termina en 'son quant'; *le destre* es el « retoque ». Hay que notar que *son* tiene mucha más fuerza que la que tendría un artículo definido: el posesivo, por su « instintividad », está en el mismo plano que el nombre propio, y la corrección que sigue es posible, en tanto que *le quant, le destre*, sería sorprendente. Estoy casi seguro de que este ejemplo no es tan raro en a. fr. como lo presenta Lerch².

¹ Cf. en el romance de Alhama: *por que lo oigan sus moros*, los de *la Vega y Granada*, y ejemplos en el *Poema* donde un posesivo parece implicar un poseedor que no está expresamente nombrado, pero que parece presente en la conciencia del hablante (Menéndez Pidal, 137): *el castillo dexó en so poder, el Campeador cavalga*, donde parece que hay que suponer un *en su poder* [del Campeador]. Creo que Menéndez Pidal adoptaría ahora una actitud más conservadora frente a esas construcciones.

² Y, en efecto, DAMOURETTE-PICHON, *Essai de gramm. fr.*, II, pág. 328, allí donde hablan del tipo *la fille la belle*, citan sin advertirlo una lista de ejemplos análogos a *son quant le*

No me parece convincente el origen bíblico de *Jhesus li bons, Deus li glorios li espiritable* porque tampoco ha encontrado Lerch un **Deus ille omnipotens*. Más verosímil es pensar en una evolución dentro del francés, exactamente de acuerdo con el tipo popular *Alde la bele* (como *Charles li Magnés* debe de ser innovación francesa en lugar de la fórmula latina *Carolus Magnus*, que se prolonga en la expresión fijada *Charlemagne* y que probablemente no admitía a su lado un *Carolus ille magnus*): así se remozaron y popularizaron expresiones solemnes y bíblicas (*Deus omnipotens*, etc.), acomodándose a un sesgo más íntimo. Esta hipótesis cobra fuerza para mí después de considerar el tipo a. esp. *a Dios e al padre espirital (e al padre que está en alto)*, con un « e » que le ha llamado la atención a Menéndez Pidal; el español guardó, pues, relativa independencia (como tantas veces), o, por mejor decir, el *Poema del Cid*, que imitó « las oraciones épicas » de las epopeyas francesas, quiso apartarse del tipo igualmente popular a. fr. *Dieus l'espiritable*. Si no me equivoco en mi artículo de *PMLA*, LVI, 13, es el modelo « Dios y sus nombres » el que prevaleció en España (cf. 1637 *grado al Criador e a santa María madre*, 1633 *grado al Criador e al Padre espirital*); cf. en *Tévar e el pinar*, donde la aposición también se evita con un retoque introducido por la conjunción copulativa¹.

Creo, con Lerch, que el tipo *le bon Jésus, le bon Dieu* (como también *la bele Aude*) es tan antiguo como *Jhesus li bons, Dieu li espiritable* (cf. *Rol. 2403 li Guascunz Engeler* alternando con *Engeler de Guascugne*); pero hay gran diferencia de matiz entre ambos tipos, como en el alemán popular *der liebe Gott* es mucho más íntimo que *Gott der Gerechte*: se hace alarde del propio conocimiento del ser representado con el nombre propio; la inserción en la serie de fenómenos paralelos logra, pues, *en seguida* expresarse

destre: *Ch. de Rol.*: *Cruisiedes a ses mains les beles*; *Rom. d'Alex.*: *Sa mere i a perdu et sa fame la bele*; *Guill. de Palerme*: *Li rebaisoit son col le blanc et sa poitrine*; *Li contes dou roi Constant empereur*: *il feist espouser vostre fille la bielle*; *Chans. du chevalier au cygne*: *L'emperere apele ses barons les millors*; *Aucassin et Nicolette*: *on assaut ton castel tot le meillor et le plus fort*. *Damourette-Pichon* destacan también el hecho de que el tipo *la fille la belle* es rigurosamente distintivo en francés moderno (sin mencionar, por lo menos en ese párrafo, el tipo *Frédéric le Grand*), como surge de un ejemplo oral que oyeron los autores: « Non, ça, ce n'est pas sur ce carnet là; c'est sur le carnet d'adresses le vieux », y que la misma evolución es la que ha desarrollado el tipo « décommensuratif » (es decir superlativo) *la cité la plus glorieuse*. El tipo con superlativo no es, en suma, otra cosa que un caso particular del tipo *la fille la belle*, que ha tomado el carácter de « determinación rigurosa », como en *le carnet d'adresses le vieux*.

¹ Podría, naturalmente, explicarse esta conjunción = 'y más particularmente' (al. *und zwar*) como en italiano *tutt'e tre* 'todos, y, más particularmente, tres', es decir, equivalente a *y aun*: cf. *A cazar va don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara* 'y, para decirlo más explícitamente', lo que sería un procedimiento gradual de ir dando los detalles, no de golpe *Rodrigo de Lara*, sino 1) *Rodrigo*, 2) *de Lara*. Cf. también el *y de ¡ojalá y que viniera!* 'Dios quiera y [en particular Dios quiera] que venga'.

sin posterior retoque: al decir *le bon Jésus* y *la bele Aude* afirmo que las cualidades generales de bondad o belleza se dan con el nombre mismo; he incluido directamente el nombre propio dentro de un grupo, lo he convertido en apelativo («este Jesús, esta Alda, cuya bondad y belleza, cualidades inherentes de ellos, conocéis como yo»); cf. el giro paralelo con demostrativo: *ce bon Herriot*, etc. Un paso más en la intensificación de la cualidad, y se obtiene el tipo *la coquine de Toinette* (*el bueno de Mynaya*) tratado por Tobler, A. Lombar y St. Lyer (el último, creo, definitivamente), donde se ha cristalizado la síntesis en torno a la cualidad dominante: se ha invertido el orden intelectual *Toinette est une coquine*, y se dice con sintaxis afectiva *coquine-Toinette!*, incluyendo un *de* prestado del tipo emocional *¡ay de mí!* (v. Lyer, *ZRPh*, LVIII, 348). *La coquine de Toinette* nos ofrece una síntesis apresurada que ha alterado el orden normal de las palabras, y el resultado de esta operación violenta se nos presenta como hecho cumplido, como cosa adquirida; no es casual que este tipo se preste particularmente para juicios denigrantes, que se supone habrán de producir impresión en el interlocutor por su justeza terminante, ni que el demostrativo, que anticipa la actualización pensando en el interlocutor, acompañe al primer término: cuanto más sorprendente es la calificación para el que oye (*ese traidor, el traidor de Pero Gil; cet âne solennel de Goethe*, Claudel), mayor es el deseo del que habla de presentar como sabida la actualización del público. Recuérdese que el tipo *le bon Jésus*, lo mismo que *la coquine de Toinette*, no ofrece salto alguno de estilo, porque la expresión no se ha concebido en dos tiempos como *Alde la belle*. En *le bon Jésus* el nombre propio, la denominación espontánea y la apelativización que supone incorporar ese nombre en una serie de seres se funden en una unidad que se ofrece como tal al oyente: exclamo *¡Jesús!*, y nada más, cuando no he reflexionado, pero digo *le bon Jésus* cuando he examinado la personalidad de Jesús, y de ese modo señalo que este ser, único en el mundo, me es bien conocido como «bueno».

En cuanto al tipo *Bele Erembors* (alemán *Schön Rohtraut*) parece, según Lerch, una especie de compromiso («Zwischenform») entre *Alde la bele* y *la bele Aude*, originado por la famosa «aversión». Para mí, puesto que los tipos *la bele Aude* y *Aude la bele*, igualmente antiguos, como hemos visto, resultan de operaciones de espíritu totalmente distintas, es la forma *Aude la bele* la que debe considerarse como compromiso, si se atiende a la actividad espiritual «en dos tiempos». El tipo *Bele Erembors* está en el fondo en el mismo plano que tantos nombres acompañados de sus títulos en a. esp.: *en Santa María madre, Conde Claros con amores no podía reposar... Conde Claros que la vido, luego va descabalar...* (cf. a. fr. *cuens Tibaus*), *de cómo Rey Bamba loana los Godos*, etc. *Bele* forma, por decirlo así, parte del nombre como los títulos honoríficos *Monsieur*, ant. prov. *en, na*, como «conde» y «rey»: el adjetivo *bele* es solidario con el nombre, como todos los

títulos medievales¹, sin que haya habido definición previa: **Eremborc est une belle, *Claros es conde*; la síntesis se expresa desde el comienzo. *Bele Erembors* no es una forma de compromiso, a la cual habría llegado el hablante después de vacilaciones. En la canción (Bartsch-Wiese n° 15 a), Reynauz pasa frente a *lo meis Arembor* 'la casa de Arembor' — es el poeta el que narra objetivamente — sin atreverse a levantar la mirada hasta ella. *Bele Erembors a la fenestre au jor sor ses genolz tient paile de color... et voit Raynaud...*: el giro *bele Erembors* ha brotado espontáneamente de boca del narrador, que se identifica aquí con el caballero de vuelta de sus peregrinaciones; y es él quien la ve así entonces, como la vió en su corazón durante su ausencia; no puede vacilar en el nombre que dará a la hermosa bordadora; *bele Erembors* es un solo nombre, compuesto, es decir una palabra en la cual se cumple la unificación: *Bele-Erembors*. Luego el conde Reynauz sube la escalera, *voit l'Erembors, si comence a plorer*: el poeta «objetivo» habla con el nombre solo, y vuelve a *Bele Erembors* cuando, sentada ella junto al caballero, *les premieres amors* continúan. Es ésa la impresión final que el poeta, identificado con el héroe, quiere dejarnos. *Bele Erembors* es el nombre que el caballero traía grabado en la memoria²; *Arembor*, el que regis-

¹ Léanse series como ésta (*Poema del Cid*, 1499 sigs.):

afevos aquí Per Vermudoz delant
e Muño Gustioz que vos quieren sin hart,
e Martín Antolínez, el Burgalés natural,
e obispo don Jerome, coranado leal,
e alcayaz Avengalvón con sues fuerças que trabe...

frente al pasaje similar de la *Chanson de Roland* (403 sigs.):

U est l'arcevesques e li quens Oliver ?
Qu'est devenuz li Guascuins Engeler ?
Sanson li dux ? e Anseis li bers ?
U est Gerard de Roussillon li vielz ?

Los nombres de pila y los títulos — hasta el del moro — están en el mismo plano en ant. esp., mientras el ant. fr. parece más racional: cf. pág. 35, nota 1. En la epopeya española están también en el mismo plano las frases relativas — con artículo o sin él, cf. en una enumeración semejante v. 1996 *Galind Garçiaz, el que fo de Aragón* — y las aposiciones con artículo — *Valencia la grand* — y sin artículo: a los nombres de pila y títulos se añade un adjetivo laudatorio como *bueno*, en nombre de la etiqueta rigurosamente observada, de la posición social. Menéndez Pidal anota en su gramática del *Poema del Cid* (§ 138): «en el romance que empieza "Castellanos y leoneses" el rey llama "buen conde Fernán González" al que amenaza de muerte, y el conde le devuelve las amenazas sin dejar de llamarle "buen rey"...» Ediciones posteriores corrigieron estas dos impropiedades; es la etiqueta consagrada por el autor, que la usa en el trato de reyes y condes, la etiqueta de la cual no se puede prescindir aun cuando el contenido del discurso esté en oposición flagrante con la menor intención de cortesía (en Hungría, donde es costumbre apoyar cualquier afirmación enérgica con un «por favor», he oído a un palurdo amenazar a alguien con estas palabras: «Lo voy a matar, por favor»).

² MEYER-LÜBKE, *Syntaxe*, pág. 190, cree que casos como a. fr. *li rois prist bele Aude* se explican por la intrusión del vocativo, lo cual vuelve al punto de partida de mi con-

tra el testigo indiferente. El poeta se identifica más con *Reynauz* que con *Eremborc*; frente al París del siglo xvii que veía a Rodrigo con los ojos de Jimena, este poeta francés antiguo ve y quiere que el público vea a *Eremborc* con los ojos de *Reynauz*: es la ley de las *chansons de toile*. Ambos giros sintácticos tienen su lugar bien determinado en un orden psicológico y artístico que no pudo descubrir Lerch, demasiado propenso a la interpretación de la gramática abstracta.

Expresiones como *Clere Espagne la bele*, *France douce la bele* nos ofrecen un nombre unificado y espontáneo *Clere-Espaigne*, *France-douce* (del tipo *Franche-Comté* y *Pays-Bas*), al cual se agrega un epíteto « reflexivo » (*la bele*): *clere* —, — *douce* no pueden compararse con el artículo, capaz él solo de actualizar un sustantivo; son fragmentos de un nombre propio sin individualizar, casi prefijos afectivos; es el nombre propio (unificado) el que resulta actualizado.

¿ Por qué — y éste es nuestro segundo problema — la lengua francesa (y la española) ha abandonado en general, hacia el Renacimiento, el tipo *Alde la bele*, *Babyloine la grand*¹ (*Alora la bien cercada*, etc.; en el *Quijote*: *Juan*

cepción de « nombre espontáneo », porque ¿ qué otra causa hay para que el vocativo no tenga artículo — salvo casos como *ohé*, *écoute*, *la belle*! que en su origen no fueron precisamente vocativos — sino la de que se siente la necesidad de no someter el nombre propio a ninguna servidumbre gramatical, al deseo de presentarlo puro y desnudo? Compárense apelativos que se vuelven nombres propios: en el romance del conde Arnaldos, ante todo: « *Marinero* que la [la galera] guía diciendo viene un cantar »; luego, después que el conde le ha hablado (« Por tu vida, *el marinero* »): « Respondióle *el marinero* »; al comienzo el capitán es un ser rodeado de misterio, después va saliendo de la bruma del sueño. Cf. los nombres del zorro (¡ nombres *tabú*!), sin artículo en sardo, M. L. WAGNER, *ARo*, XVI, y el tipo fr. *compère le Renard*, *compère-loriot*, que es sin duda un eufemismo. KENISTON, *The syntax of Castilian prose*, pág. 227, cita *señor* sin artículo en una disputa popular en Lope de Rueda: son criados que hablan de su amo (que es el *herus* de las comedias latinas). Son todos nombres propios o « vocativos ». Se puede, pues, considerar perfectamente a *bele Eremborc*, *bele Aude* como un tipo « vocativo » opuesto a la apelativización *la (bele) Aude* y a la semi-apelativización *Aude la bele*. El vocativo es « vocal »: se siente la « voz » humana sin intervención de « gramática ». O, como lo dice tan bien Lyer al explicar el francés *le fripon de valet* (sin artículo), que se remonta, según él, a una exclamación *fripon! - valet!*: « siendo un apóstrofe o una exclamación, como todo vocativo propiamente dicho, un nombre propio..., no tiene necesidad, primitivamente, de actualizarse por medio del artículo ». Y es este « vocativo » íntimo *bele Eremborc!* el que adopta el poeta en su discurso vivido (« *erlebte Rede* »). Hay que pensar también en el valor de *bel(e)* en a. fr., que no equivale sólo a *beau* sino también a *cher*: *bele Eremborc* = *douce Eremborc*.

¹ Hasta aquí mencionamos apareados los dos tipos: el toponímico *Babyloine la grand* y el antroponímico *Alde la bele*; las dos llevan apodos en las lenguas antiguas. Es porque las ciudades están personificadas en ellas: resto de ello en español moderno es la *a* que se añade al régimen directo, como para los seres animados (a. esp. *daros ha a Valencia*, *cercada tiene a Baeza*). Una ciudad es en español antiguo una mujer que tiene voluntad propia: *Casada soy*, *rey don Juan*, romance de Abenámar. Las aposiciones son realmente epítetos

Haldudo el rico, *el vecino de Quintanar* es claramente rústico, y en consecuencia arcaico)¹. Lerch parece atribuir ese desvío a la regularización que llevaron a la lengua los gramáticos franceses (¿ y los españoles?): la « irregularidad » de la lengua medieval cede al orden clásico. Pero ¿ por qué el « paréntesis » o la aposición serían « irregulares »? Los gramáticos siempre juzgaron aceptables *Léopold II*, *roy des Belges*, o *Paris, capitale de la France*². Es evidente que Lerch parece colocar aparte instintivamente el subtipo « distintivo » *Frédéric le Grand* (y probablemente *Villeneuve-la-Guiard*),

agregados a nombres de reinas, es decir, que el tipo *Babyloine la grand* se funda aquí en el de *Alde la bele*, y no viene a ser más que una especie particular de ella. Esas ciudades-reinas, generalmente cristianas ortodoxas, se nos aparecen en escena con toda su majestad y pompa desde Gonzalo de Berceo:

Mil. XIV Enna villa de Roma, essa noble ciudat,
Maestra e senhora de toda cristiandad

Mil. VII En Colonna, la rica cabeza de regnado,
Avie un monasterio.

No son « capitales », « chef-lieux » (cf. sobre la inexistencia de esos vocablos en la Edad Media, ZRPh, LVII, 564), sino « têtes royales » — en el sentido etimológico de *caput* —, testas coronadas. Al leer, pues (Mil. I):

En Toledo la buena, essa villa real
que iaze sobre Taio, essa agua cabdal

la aposición « esa villa real » nos indica la condición de príncipe de Toledo; pero *la buena* es el epíteto que conviene a esta princesa, como conviene al Rey *Alfonso el bueno*. Y en (Mil., Introd.):

En España cobdicio de luego empezar,
en Toledo la magna, un famoso lugar,

entendemos mejor la expresión *la magna* en su sentido originario, reservada a la serie de príncipes, *Alexander*, *Carolus magnus* (lo mismo que *Valencia la clara*, con *clarus* 'célebre'). Hay que ahondar en la gracia ingenua de esas personificaciones medievales, casi desconocidas hoy (sin embargo, cf. *Gryps* < *Greifswald*, *Philly* < *Philadelphia*, *Frisco* < *San Francisco*, que son más bien apodos familiares).

Cf. el catalán *Terramanna* [sic] 'Italia', citado por MEYER-LÜBKE, *REWb*, s. v. *magnus*, probablemente de documentos medievales que Meyer-Lübke había compulsado él mismo: paralelo excelente para el sentido de 'metrópoli', ya que *magnus* y *major* alternan también en otros casos (*Valencia la grand* — *la mayor*).

¹ Keniston, pág. 227, cita en la prosa del siglo xvi casos como *Sócrates el filósofo*, *Eulalia la negra*; nombres de reyes como *Sancho el Deseado*; y nombres de personajes antiguos: *Catón el Censorino*, *Plinio el Sobrino*, al lado de *Catón Censorino*, *Dionisyo Siracusano*. Es como una lucha entre el sistema medieval y el latinismo renacentista.

² Me parece que Lerch se ha confundido con el juicio del gramático del siglo xvii Bary, que trae BAUNOT, *Histoire de la langue française*, IV, 1147: « Hay que desterrar los paréntesis, porque interrumpen la continuidad del discurso, porque alejan las referencias y fatigan la memoria ». Como lo muestra la última parte de esta frase y los ejemplos de paréntesis, incorrectos según el gusto del siglo, que Brunot cita en la nota de la pág. 1148 — ¡ un paréntesis de casi tres líneas impresas! —, los gramáticos atacan en nombre de la claridad los paréntesis demasiado largos. ¿ Habría algo que reprochar en nombre de la claridad a *Alde la bele*, *Babyloine la grand*?

pero no señala en ninguna parte expresamente que el francés mantuvo además de expresiones petrificadas ¹ (*Villeneuve-la-Guiard, Coucy-le-Chateau, Legrand, Leroux*) y de apodos rústicos del tipo *Juan el Haldudo* ², únicamente el tipo distintivo *Frédéric le Grand*, que sirve para distinguir monarcas, y en consecuencia intelectual, patrón demasiado rígido fijado por la historia ³. Vemos la causa en cuanto señalamos la diferencia de tratamiento que el francés ha aplicado a los dos subtipos: abandono de *Alde la bele, Babyloine la grand*, y conservación de *Frédéric le Grand*. El tipo emotivo, el que contenía un retoque afectivo, se abandonó: el movimiento racionalista que apunta en la lengua literaria desde el Renacimiento objetaba, sin duda, en *Alde la bele, Babyloine la grand*, ese modo de expresión en dos tiempos y el salto de estilo motivado sólo por la emoción, y probablemente esos giros, para el aristocrático Renacimiento, se habían vuelto característicos de la ingenua poesía medieval, de las canciones de gesta y de los romances. Se abandonaron lo mismo que los antiguos giros romances tan ingenuos del tipo a. fr. *là en Grèce* (Romancero: *Yo me estaba allá en Coímbra que yo me la hube ganado; Un romero había llegado que viene allá de Grecia; Nibelungenlied: «dâ zen Burgonden war ir lant gennant»; Goethe: hinten weit in der Türkei; cf. Le franç. mod., III, 208*), que sobreviven en los dialectos franceses, alemanes e italianos actuales; la necesidad de que preceda al nombre de país lejano un *là = 'là-bas'*, señalando al lector lo que es imposible señalar no existía ya en un ambiente espiritual intelectualista. Los círculos próximos a Malherbe y a Vaugelas sonreían probablemente ante ese juicio total e ingenuo que cubría los nombres propios con epítetos tan generales, tan poco distintivos (¿no había acaso otra cosa que notar en *Alda* que la belleza, o la grandeza en una ciudad como Valencia?), a

¹ Es en el fondo idéntica la historia de la construcción *la fille le roi*, que se ha mantenido inmóvil en el tipo *rue Richelieu, Hôtel-Dieu, fête-Dieu, etc.*

² ВУХОТ, *La pensée et la langue*, pág. 43, que nos ofrece un corte horizontal a través de la onomástica de un pueblo del Auxois alrededor de 1870, da justamente importancia a los apodos; advierto, sin embargo, que al lado de numerosos *le Grand Charles, le Grand Fleurot, le petit Glande, le gros Guenau, le vieux Louis* y los *le Gambi, le Beussi, l'Echerbeuté*, no aparece más que un *Jean le Gros*: vuelta, aun en lo rural, del tipo reservado a los monarcas.

³ Pero no iré tan lejos como Meyer-Lübke, que, en su *Syntaxe*, § 137, explica el fr. *Catherine le Grand* por simple y mecánica asimilación del nombre de la Emperatriz al esquema nombre de monarca + *le* + epíteto, «sin que el hablante se haya dado cuenta exacta del significado originario y de la relación gramatical de los términos de ese complejo de palabras». ¡Demasiado ingenuo es esto! Lo que se habrá querido es acercar el nombre de la gran Emperatriz rusa a los grandes modelos masculinos de la especie *Pierre le Grand*; se habrá querido implicar que Catalina no era una mujer, sino de la misma talla que su predecesor en el trono. Cuando los húngaros proclamaron en Presburgo *Moriamur pro rege nostro Maria Theresia*, querían hacer también de su reina un «igual a los reyes». Cf. los giros modernos feministas del tipo fr. *Mademoiselle le docteur un tel.*

veces tautológicos como *Paris la cité*. Es, pues, tanto el refinamiento psicológico como una necesidad de lógica la que eliminó esos giros; al contrario, el tipo analítico, *Orlando innamorato, furioso, Belardo furioso, Arminda celosa* cundía; personajes conocidos se presentan en un momento psicológico característico: «Orlando - enamorado», y por otra parte el tipo *La cruel Casandra, la gran Semíramis*, que reduce el personaje a un rasgo distintivo en resumen consciente. Y en particular, el subtipo geográfico debía de parecerles ingenuo; el antroponímico *Alde la bele* podía, por lo menos, apoyarse en sobrenombres todavía vivos. No es quizá casual que en la canción popular del *Misántropo* de Molière se oponga al «méchant goût du siècle» uno de los rasgos del «style vieux», del gusto que «nos pères, tous grossiers, [l']avaient beaucoup meilleur», y es precisamente la construcción:

*Si le Roi m'avait donné
Paris, sa grand'ville*

(donde, desde luego, el pronombre posesivo muy importante después del verso «*reprenez votre Paris*» remozza el giro *Paris la grand'ville*). Del mismo modo, en alemán, la poesía de Heine *Die Wallfahrt nach Kevlaar* conserva el sabor de la canción popular en esta estrofa:

*Ich wohnte mit meiner Mutter,
Zu Köllen in der Stadt,
Der Stadt, die viele Hundert
Kapellen und Kirchen hat.*

La sencillez de una expresión que quiere informarnos que París o Colonia son ciudades, y ciudades importantes, hace sonreír en tiempos racionalistas y cosmopolitas, orgullosos de sus conocimientos y de su ubicuidad geográfica ⁴. Creo que la ininterrumpida popularidad de los romances en España

⁴ Bien se advierte cuánto esfuerzo gasta el trovero medieval para aproximar lejanos países a su público: el Cid está en Valencia, llegado el mes de marzo (*Poema del Cid*, v. 1620): puede esperarse que las empresas guerreras recomenzarán en la buena estación:

*Dezir vos quiero nuevas de allent partes del mar,
de aquel rey Yúcef que en Marruecos está.*

¡Cómo se va preparando al lector con una hábil dosificación para introducir al rey Yúcef de Marruecos! Se reinicia la narración (*dezir vos quiero*); en seguida el país de ultramar; luego «ese rey Yúcef»; al fin se menciona el país particular.

Aunque no se prepare con tanto cuidado la aparición del nombre propio, aunque se lance rápidamente, el choque debe mitigarse; en *BERCEO, Mil., XIV*:

*En una villa bona que la claman Pavia,
cibdat de gran hacienda, iace en Lombardia,
avie dentro en ella una rica mongia.*

La expresión objetiva sería: «en Pavia había un convento». El poeta medieval enmarca el nombre de la ciudad con toda clase de explicaciones destinadas a establecer el contacto

puede haber salvado hasta cierto punto el sabor de esta construcción en español, aunque me parecería rasgo antiguo si se empleara en una obra moderna, y es también característico que haya podido mantenerse el término *Castilla la vieja*.

LEO SPITZER.

The Johns Hopkins University.

del lector con el nombre demasiado abstracto: *villa bona*, *la claman*, descripción sumaria (ciudad de gran tráfico, situación geográfica), nuevo comienzo (*dentro en ella*; con *ella* la ciudad se vuelve una entidad viva, en comunión con el lector). La *efficiency* de los tiempos del ferrocarril, para los cuales la ciudad más grande es sólo una estación, la desconocen los viejos troveros, que muestran hasta en el menor detalle sintáctico su amor ingenuo a toda la creación.

NOTAS

PRONUNCIACIÓN DE VARIAS CONSONANTES EN EL ESPAÑOL DE GUATEMALA

Hace algún tiempo pasé ocho meses en Guatemala recogiendo materiales para hacer un estudio del español que allí se habla. Desde mi regreso a los Estados Unidos, otras ocupaciones me han impedido terminar el estudio. Como no sé cuándo podré acabarlo debidamente, me he decidido a publicar algunos fragmentos. En las notas que siguen trato la pronunciación guatemalteca de la *x*, de la *f* y de la *h* aspirada.

PRONUNCIACIÓN DE LA *x*. — En Guatemala está muy arraigada la noción de que la *x* debe pronunciarse *ks* en cualquier circunstancia. Esta idea influye, sin duda alguna, en la pronunciación efectiva.

Entre vocales la *x* se oye a menudo *ks*. Ésta es, en general, la pronunciación de las personas cultas y aun de algunas que no lo son: *examen*: *ɛksámɛŋ*, *exagerar*: *ɛksaɛerár*, *exacto*: *ɛksakto*, *auxiliar*: *auxsiljár*. Más adelante volveremos a tratar algunas de estas palabras. Con frecuencia la *k* se sonoriza, convirtiéndose en *g*. La mayor parte de los que hacen esto no se dan cuenta de ello; creen seguir diciendo la *x* conforme a su idea de la pronunciación correcta.

Contra lo que ocurre en el español general, la forma más frecuente de *exacto* no parece ser *esákto* (véase Tomás Navarro, *Manual de pronunciación española*, § 129) sino *ɛksákto*. Rara vez se oyen *ensakto*, *ensáykto*. La pronunciación más corriente de *auxiliar* es, como en español normal, *auxsiljár*. Al final del diptongo *au* se oye alguna vez una *ɸ* reducida, más o menos ensordecida: *auxsiljár*. De vez en cuando la *x* intervocálica se oye como *s* entre el pueblo: *esámɛŋ*, *esáɛerár* (Sandoval¹ trae *esamen*, *ensamen* y *desagerar*).

La *x* ante toda consonante que no sea *c* se oye con frecuencia *ks* o *gs*: *explicar*: *ɛksplikár*, *ɛgsplikár*; *exponer*: *ɛksponér*, *ɛgsponér*, etc. La pronunciación *esplikár*, *esponér* es aun más frecuente, pero me llamó la atención el que personas casi analfabetas se corrigían a veces, prefiriendo *ks*.

Ahora vamos a ver cómo es la *x* delante de *c*. La palabra *excelente* se pronuncia casi siempre *ɛkselénɛ* o *ɛgselénɛ*. Se oye *excepción* de varias maneras: *esɛpsjón*,

¹ LISANDRO SANDOVAL, *Semántica guatemalteca o Diccionario de guatemaltequismos*, Guatemala, A.-C., vol. I. 1941; vol. II, 1942.

eksepsjón ɛksɛpsjón, esɛksjón, desɛksjón, desegksjón. Es evidente que *excepción* puede confundirse vulgarmente con *decepción*. Esto ayuda a explicar el mayor número de formas.

Hay una larga serie de palabras, generalmente de origen indígena, en las cuales figura la *x*, ya con el sonido de *s*, ya con el de *š*. Vamos a ver algunos ejemplos. Cerca de la capital hay un pueblo llamado *Mixco*. La *x* de este nombre se oye actualmente como *s* más que como *š*, aunque subsisten las dos pronunciaci-ones. En el Norte, al contrario, los nombres propios con *x* se oyen siempre como *š*, lo mismo entre ladinos que entre indios: *Chimax*: čimáš, *Chilax*: čiláš. Los habitantes de Santo Tomás Chichicastenango se llaman *Maxeños* (<(To)ma-seños). Tanto en la capital como en Chichicastenango se dice *mašéno*. Aquí quiero recordar la gradación señalada por Cuervo en ciertas palabras de origen indígena: « náhuatl *cacaxtli*: en México *cacaxtle*⁴; en Guatemala *cacaxtle*; en Honduras y en Costa Rica *cacaste*... » (*Disquisiciones*, II, 192). Éste es uno de los ejemplos que da Cuervo para indicar cómo va atenuándose con la distancia la influencia mexicana. Esto será verdad, mas, pero con relación al sonido *š* hay que recordar que abunda también en las lenguas mayances. Así su conservación encuentra apoyo en los hábitos lingüísticos de muchos guatemaltecos.

En resumen, la situación del sonido *š* es ésta: convive con el sonido *s* en muchas palabras: *tapexco*: *tapesco*, *tapixcar*: *tapiscar*, *cacaxle*: *cacaste*, *Mixco*: *Misco* (escrito siempre con *x*), etc. Desde el punto de vista étnico, la *š* se oye más entre indígenas. Desde el punto de vista geográfico, se oye más en el Norte y Occidente, lo mismo entre ladinos que entre indios. Hay otra serie de palabras en que usa *š* todo el mundo. Pueden ser nombres propios aborígenes como *Chimax* o palabras de origen europeo como *Maxeño*⁵.

LABIODENTAL *f*. — Entre las más de las personas cultas se oye una *f* labioden-tal fricativa sorda, pero entre el pueblo la *f* más corriente no es labiodental sino bilabial: *fácil*: fásil, fásil; *figura*: figúra, fiğúra; *oficio*: ofisjo, ofisjo; *fiesta*: fjésta, qjésta. La *f* bilabial puede oírse en todas partes del pas. Hay personas que pronuncian una *f* de articulación mixta. En el español general el labio inferior, con la parte interior de sus bordes, toca suavemente el filo de los incisivos superiores (véase T. Navarro, § 88). En la articulación mixta a que me refiero, el contacto se hace más abajo en la cara interior del labio inferior. Esto permite que los bordes de los dos labios se aproximen más, produciéndose así la articu-lación mixta, bilabial y labiodental: fásil, ofisjo, etc.

Parece que las lenguas autóctonas de Guatemala carecen de labiodentales. Así

⁴ Creo que esta palabra se oye mucho actualmente con *s* en lugar de *š*, tanto en México como en Guatemala.

⁵ Sandoval (en su obra citada) trae muchas palabras con el sonido *š*, que él escribe con *x*. Sería interesante sacar y estudiar la lista completa. Como curiosidad, registro aquí la pa-labra *maxento*, que, según Sandoval, se dice del color rojo. Me pregunto si no se trata del color que se denota en varias lenguas europeas con el nombre italiano *Magenta*.

Sobre *š* en México y la América Central, cf. *BDH*, VI, págs. 68, 82-83, 131, 170-172, 220, 236, 265-266, 292, 305.

es corriente que los indios, al hablar español, vacilen entre los sonidos *ɸ*, *x*, *p*. Trataremos más adelante de la sustitución de *f* por *j*. Es de notar que la *p* está en la misma relación con la *ɸ* que la *b* con la *ɸ*. No es sorprendente, entonces, que un aumento o una disminución de la tensión o energía articuladora pro-duzca la alternancia *ɸ*, *p*. En el Occidente he recogido las siguientes palabras con *p*: *Felipe*: pelipo, *fijarse*: piğarsi, *seria*: pérja, *familia*: pamilja, *feliz*: peljs, *finca*: piğka, *café*: kapé. También se da el cambio inverso, aunque mucho me-nos: *pino*: çino.

ASPIRACIÓN DE LA *h*. — En el *Cuestionario lingüístico hispanoamericano* de Tomás Navarro⁶ hay dos puntos (113, 114) que preguntan por dos formas de la con-servación de la antigua aspiración de la *h* procedente de *f*. Trato los dos puntos en uno porque en Guatemala no parece haber aspiración propiamente dicha. O, expresado de otra manera, la aspiración siempre aparece como *j*⁷.

La aspiración de la *h* procedente de *f* se conserva hasta cierto punto, sobre todo, en los medios rurales de Guatemala. Generalmente toma, como ya hemos dicho, el sonido de *j*. Más de un anciano me ha dicho que esta pronunciación era más corriente años atrás. Los vocabulistas proporcionan abundante documenta-ción del cambio de *h* por *j*. Doy primero los ejemplos que he oído personalmente. He aquí los más frecuentes: *hacha*: háča (un sujeto decía *jacha* por *facha*), *heder*: heđer, *hediondo*: heđjõđo, *hongo*: hõŋgo, *honda*: hõŋda, *hender*: heŋđer. Los ejemplos siguientes acaso se oigan con menos frecuencia: *huir*: huır (también fwır), *humo*: húmo (y todas las formas derivadas), *hoz*: hõs, *horno*: hõrno, *hor-cón*: hõrkón, *hacina*: hasina, *hato*: háto, *haragán*: haragán, *herida*: heriđa, *higo*: hízo, *hoyo*: hoyo, *hoya*: hõya, *hollín*: hoyiŋ. Creo que la *h* siempre es muda en *hambre*, *hembra*, *harina*, *hormiga*. La pronunciación vulgar de *hierro* es çjéřo, aunque no sea imposible oír hjéřo. Palabras como *jamelgo*, *jolgorio* sólo se cono-cen entre personas cultas (a través de lecturas).

En varios lugares Batres Jáuregui⁸ consigna la propensión de la gente rústica a trocar *h* por *j*. A propósito de *jalar* dice: « Así decimos por *halar*, aspirando fuertemente la *h* hasta convertirla en *j* a usanza antigua, como lo hace la gente rústica con otras muchas voces que tienen *h*, y que hoy es completamente muda. Así dicen *jacha*, *jarto*, *jeder*, *jierro*, *azajar*, *mojo*, *pitajaya*, *retajila*, *jaragán*, *jato*, *jerrumbre*, *jaba*, *jolgorio*; en vez de *hacha*, *harto*, *heder*, *hierro*, *azahar*, *moho*, *pitahaya*, *retahila*, *haragán*, *hato*, *herrumbre*, *haba*, *holgorio* » (pág. 343). Evi-dentemente la *h* de algunas de estas palabras no procede de *f* latina (*azahar*, *pita-haya*). Esparcidos por el mismo libro de Batres Jáuregui hallamos estos otros ejemplos: *aljaraco*, *aljaracaquiento*, *jocico*, *joseco*, *jurgar*, *jurunera*, *zajorín*. Sandoval trae casi todas estas palabras con todas las formas derivadas y además:

⁶ Publicado por el Instituto de Filología en Buenos Aires, 1943. Debiera decir que en la recolección de materiales me he guiado por este admirable *Cuestionario*.

⁷ La *j* guatemalteca no se oye ni tan fuerte como en Castilla ni tan débil como en las Antillas. Por eso la transcribo con el signo *h*.

⁸ En su conocida obra *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala*, Guatemala, 1892.

jamaca, jervir, jiel (hiel), *jilar, jincar, jipar, jongo, jormar, juelgo* (y *fuelgo*), *juellas*. Algunas de estas formas se hallan también en la literatura vernácula. En Wyld Ospina¹ he encontrado *jacer* por *hacer*.

SUSTITUCIÓN DE *f* POR *j* ANTE *ue, ui*. — Esta sustitución se da en Guatemala, sobre todo, entre el pueblo ladino rural y entre los indígenas: *fuera*: *hwéera*, *fuerte*: *hwérte*, *fuera*: *hweráno*, *fuego*: *hwégo*, *fué*: *hwi*, *fui*: *hwimos*. Todas estas formas están atestiguadas en Sandoval, Batres Jáuregui y la literatura vernácula. La sustitución de *f* por *j* parece existir en todas partes de la República, pero no creo que constituya la pronunciación más corriente, ni siquiera entre el pueblo. La más frecuente es con *φ*.

SUSTITUCIÓN DE *f* POR *j* ANTE *o, u*. — Sustitúyese a veces *f* con *j* en los medios que indicamos en el párrafo anterior. Creo que se produce con más frecuencia en las palabras que siguen: *fogón*: *hogón*, *función*: *hunsjón*, *difunto*: *dihúnto*. Entre los viejos oía a menudo la afirmación de que *todavía* se oye *j* en palabras como *difunto*, dando a entender que antes era cosa más generalizada. Batres Jáuregui y Sandoval registran *justán* por *fustán* y el cambio inverso *infundia* por *enfundia*.

El cambio de *f* por *j* no ocurre, que yo sepa, ante consonante, pero sí alguna vez ante *e, i*. He oído *higura* por *figura*. Sandoval trae *Jelipe* por *Felipe*.

CONCLUSIONES. — Al registrar estos hechos relativos a la *f* y a la *h* aspirada, no puedo menos de recordar la discutida cuestión de la sustitución de *f* por *h* en el español primitivo. Como es sabido, una teoría supone que la *f* era bilabial. Menéndez Pidal (*Orígenes del español*, § 41) no la acepta. Dice: «Tan lejos está la fricativa bilabial de la velar como la labiodental». Literalmente desde luego, el punto de articulación de la bilabial está tan lejos de la *h* como la labiodental, pero si con 'lejos' quiere decir acústicamente diferente, entonces no estoy de acuerdo. Habiendo tenido sobrada ocasión de oír el sonido *φ* y habiendo advertido con qué frecuencia se truecan *φ* y *x* (*j*), estoy persuadido de que una *f* bilabial favorecería el error acústico *f* > *h* más que una *f* labiodental. Para articular la *f* labiodental se hace contacto entre el labio inferior y los incisivos superiores. La fricación es bastante perceptible. Para articular la *f* bilabial hay más bien acercamiento que contacto. La fricación es menos perceptible y la aspiración más perceptible. De ahí el parecido con la *h* aspirada. Esta explicación no pretende demostrar que la *f* que originó la *h* en español fuera bilabial. Quiere tan sólo indicar la plausibilidad de esa teoría².

RICHARD L. PREDMORE.

Rutgers University, New Brunswick, New Jersey

¹ *La tierra de las Nahuyacas*. Guatemala, 1933, pág. 108.

² Para la geografía de *φ* fuera de Guatemala véase la *Biblioteca de dialectología hispanoamericana*, vol. 1, págs. 137-138.

ARRENQUÍN

Me permito agregar al interesante artículo de Juan Corominas en *RFH*, VI, 166¹, que nos ofrece una lista de palabras hispánicas que deben agregarse a la familia interrománica *arlequín*, las siguientes notas sobre la etimología de esta familia y sobre los cambios semánticos que se advierten en las palabras peninsulares.

En vista de las formas españolas con *-n-*, *arnequín* (Covarrubias) y *arrenquín* (Hispanoamérica), Corominas cree, con Raynaud, que la forma originaria puede ser el ant. fr. *Hernequin*, que aparece en la famosa expresión *mesnie Hellequin* 'estantigua'. Pero, a juzgar por las investigaciones de mi colega de la Johns Hopkins University Mr. Kemp Malone, en *English Studies*, XVII, 1935, pág. 140, no cabe duda de que la forma con *-l-* es originaria, y de que *Hernequin* (*Hennequin*, etc.) se debe a asimilación de la *-l-* a la *-n-* final. El primer testimonio de familia *Herlichini*, en Ordericus Vitalis (siglo XII), tiene *l*, y lo confirma la convincente etimología que propone Malone: *Herla King* 'rey Herla'. *Herla*, diminutivo germánico de *hari* 'ejército', está documentado como nombre del jefe de la «caza salvaje», es decir, del dios germánico Wotan; y *-kin* es simplemente la pronunciación francesa de la palabra anglosajona *King* 'rey'; así, pues, familia *Herlekini* (*mesnie Hellequin*) = *the wild host*, *das wilde Heer*, *estantigua*, esto es, 'la hueste de Wotan'. Mr. Malone analiza asimismo el nombre propio en la expresión *milites Herleuini* (en Pierre de Blois, siglo XII) como 'los amigos [anglosajón *wine* 'amigo'] de Herla', es decir, de Wotan; por lo tanto, *milites Herleuini* equivale también a *the wild host* y a *estantigua*.

¹ Algunas observaciones a las otras etimologías de la misma serie. Pág. 141: para el cat. *melengia*, *mirarchia* que analiza Corominas = *metralgia* 'dolor de la matriz' + cat. *mare* 'madre' (pero *-a-* debería haberse conservado si hubiese sido efectiva esa «traducción»), yo he propuesto, en el último número de *ARoma* publicado antes de la guerra, el gr. *μαραρυία* 'deslumbramiento, ofuscación'. Pág. 151: para el port. *furna*, astur. *furnia* 'cueva', etc., Corominas parte de un fornix 'bóveda' > **fornis*, luego sustituido por **forna* (> cat. *forna*) o por **fornia*; no me explico bien la última de estas etapas, puesto que el caso de *rete* (*-is*)-*retia* es distinto (! neutro!). Me parece que hay que agregar el port. *cafarna*, el fr. dial. *cafourne* y el cat. *encalefornal* (FEW, s. v. *fūrnus*), que, evidentemente, son contaminaciones de *fūrnus* con *cavu*, *caverna* (o *cavea*). Para mí, pues, el port. (*ca*)*furna* es un **ca-furn-ia* (con *ù* influida por la *i*), donde tanto *ca-* como *ia-* proceden de *cavea*, y el ast. *furnia* puede haber alternado con ese mismo **cafurnia*, mientras que sólo en catalán y en francés la *-a* final recibió el influjo de *caveana*. Pág. 175: Corominas explica *dolama* < *dolo* 'fraude' más el sufijo colectivo *-amen* (con tratamiento fonético leonés); se apoya en el sentido de 'fraude', que atribuye a *dolama* en el pasaje aducido de *La ilustre fregona* («no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas son falsas y llenas de *dolamas*»); pero yo no veo por qué las bestias de gitanos no pueden ser 'bestias con dolencias ocultas', de suerte que tendríamos sencillamente un derivado de *duelo* 'dolor' más el sufijo colectivo *-amen*. Cf. además, para las formas del sufijo *-amen*, la forma derivada *-amio* (*andamio*, etc.) = *-ame* + *-io*. Por último, el caló *chulamo*, *-a* y el arag. *cegama* adj. creo que contienen también ese mismo *-amen* colectivo (cf. para *chulamo* la analogía del fr. dial. *canaille* 'niño'; para *cegama*, el esp. *vegetorio*).

En *Studies in Philology*, 1944, pág. 521, he mostrado que estos *milités Herlewin* han dejado una huella en francés: la palabra *arlouyn* (en las baladas de Villon en jerga) 'rufián'. Es decir que 'miembro de la estantigua' > *'diablo' (cf. *Alichino* en Dante) > *'pillo' > 'rufián'; y un estudio de Charles Livingston, que acaba de enviarse a *MLN*, prueba que *arlouin* aparece, antes de Villon, en un *fabliau* del siglo XIII con el sentido de 'marido pendenciero' (< *'diablo'). En mi citado artículo analizo la palabra interrománica ant. fr. (*h*)*arlot* 'vagabundo, holgazán, comilón' (ant. esp. *arlote*, *alrote*, ingl. *harlot*, etc.) como *Herla* 'Wotan + diminutivo románico -*ottus* (cf. *Charl-ot*), es decir, como palabra que en su origen significó 'miembro de la *chasse hellequine*, de la *mesnie Hellequin*', y señalo una expresión ant. cat. *d'arlot* (siglo XIII) 'al galope' y el prov. *lou rei dis arlot* 'el rey de los vivaldos, de los bandidos que precedían a los cruzados de Simón de Montfort'. Ahí tenemos, pues, dos reflejos de la concepción de la *chasse hellequine*, de esa hueste del dios Wotan que cabalga por los aires entre Navidad y Reyes. Los vivaldos, cuyo nombre analizo como **rid-wald*, del germ. *rid* 'montar a caballo' (cf. ingl. *to ride*, al. *reiten*), eran como los arlotes, una especie de avanzadas que marchaban al frente de las tropas de ataque: unos 'diablos sueltos'.

Estos paralelos semánticos invitan a considerar de la siguiente manera la evolución del sentido de las palabras hispánicas: el significado originario no es el de 'arlequín', papel teatral (significado que en francés proviene de 'diablo', 'revoltoso, travieso, movedizo'), sino el que contiene reminiscencias de la *chasse hellequine* — las mismas que aparecían en los mencionados reflejos de *arlot* —: así se explican el andaluz *arrentín* 'recuerdo que busca en Sierra Morena, leña, barda, etc.', y alquila además sus caballerías' y el chileno *arrenquín* 'niño que sirve de mozo a los arrieros y va montado en una mula o yegua madrina', y también el asturiano *llevar al rinquín* 'llevar a uno en la silla de la reina' (=llevarlo como a caballo). Del sentido secundario de 'persona movediza, ridícula u obsequiosa' derivan el *arnequín* 'maniquí' registrado por Covarrubias, el cubano *arrenquín* 'persona que acompaña, divierte o lisonjea continuamente a otra', el peruano *arriquin* 'chisgarabís', el canario *arranelín* 'pobre diablo', etc.

No me parece dudoso que todas estas palabras hispánicas pertenecientes a la familia de *arlequín* se hayan tomado del galorrománico, puesto que la palabra autóctona en la Península es *estantigua* = **hostis* antigua. Pero la relación con la *chasse hellequine*, reflejada en las palabras españolas que significan personaje que monta a caballo (y se mueve endiablidamente, y hace diabluras, etc.) es un dato nuevo que las lenguas galorrománicas no parecen reflejar, al menos en la familia de *arlequín*, y que puede servirnos para comprender mejor la evolución semántica de esa misma familia de palabras en la Galorromania.

LEO SPITZER.

The Johns Hopkins University.

HISPANOÁRABE CHIFLATA

Única noticia, la de Pedro de Alcalá. *Vocabulista árabe en letra castellana*, Granada, 1505: «Çapatazo 'en el agua, *chiflata*». Simonet lo explica del mismo origen que el vasc. *zaplada* 'bofetada', val. *giflet*, prov. *giflo* (fem.), fr. *soufflet*, o sea del lat. *sufflare* 'soplar'.

Los nombres de golpes suelen tener gran coeficiente humorístico y afectivo, y las asociaciones imaginativas saltan en ellos con facilidad provocando a su vez variaciones fonéticas. El fr. *gifle*, ant. 'mejilla', mod. 'bofetada', derivados modernos *gifler*, *giflet*, prov. *giflo*, proceden del medio alto alemán *Kiefer* (S. Bugge, *Ro*, III, 151); fr. *soufflet*, prov. *soflet* parecen deberse a cruce semántico de los anteriores con fr. *souffle*, prov. *sofle*, aunque los diccionarios etimológicos franceses de O. Bloch y de E. Gamillscheg, como el *REWb*, se limitan a suponer una desviación semántica del sentido primero 'fuelle' al de 'bofetada' (siglo XV), por la semejanza de los dos ruidos¹. El tema invita a acumular materiales, pero mi propósito es muy modesto: mostrar que nuestro *chiflata*, tan parecido fonética y semánticamente, tiene otro origen: el árabe شفرة (*šifra*) 'culter magnum, pec. scalprum sutorium' (Freitag), que en España se pronunciaba *šifra* y *šifla*, por imela. Alcalá trae: «Trinchete de çapatero, *xifra*», y «Navaja de barvero, *xifrat al muç*» Steiger *Contr.*, 118: «ár. *šifra* > esp. *chifla*, ptg. *chifra* 'instrumento de ferro para raspar o adelgazar o coiro' *chifarote*, *chafarote*, 'pequeña espada', cfr. marr. *šfra* (Fisher, *Waffen*, 230).

Chifla se llama hoy la cuchilla ancha y curva de encuadernadores y guanteros, y también el as de espadas; *chiflar* 'adelgazar y raspar con la chifla las badanas y pieles finas' (*Dic. Ac.*); en portugués *chifra*, con el mismo sentido, y *chifarote*, *chafarote* 'pequeña espada' (con vocal epentética, menos rara en portugués que en otras lenguas). La etimología árabe de estas voces ya es conocida (Dozy, s. v. port. *chifra*, esp. *chifla*, *Dic. Ac.*, A. Steiger, l. c.; no está en Lokotsch, *Etym. Wört. europ. Wörter orient. Ursprung*, ni tampoco en el *REWb*). *Chiflata* es un derivado mozárabe con el sufijo -*ada* 'golpe con' (*estocada*, *lanzada*, *puñalada*, etc.), naturalizado luego en el árabe granadino. El significado que Alcalá registra es muy restringido, y humorísticamente traslaticio; en su origen debió significar 'golpe con la chifla', y con generalización 'mandoble'. Es casi seguro que el árabe granadino usaría la voz *chiflata* para significar otros golpes que el zapatazo en el agua, pero éste es el único que Alcalá recogió.

AMADO ALONSO.

¹ Si es que no hay errata por *çaparrazo*, apunta Simonet. Pero la *t* se asegura por la colocación entre toda la familia léxica de *çapato*.

² También en inglés *blow* es 'soplo' y 'bofetada', pero esto parece denunciar uno de esos casos de internacionalización semántica que O. J. TUULIO, *Locations figurées calquées et non calquées. Essai de classification pour une série de langues littéraires* (Extracto de las *Mémoires de la Société néo-philologique de Helsingfors*, 1932, págs. 279-324).

RESEÑAS

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Castilla, la tradición, el idioma*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, 232 páginas.

Espasa-Calpe sigue recogiendo en tomitos de su Colección Austral los estudios sueltos de Menéndez Pidal, especialmente los literarios, pero también los lingüísticos destinados al gran público culto, y otros de carácter histórico. La *RFH*, ya ha dado cuenta de *La idea imperial de Carlos V* (año III, págs. 379-381) y de *Poesía árabe y poesía europea* (III, págs. 379-381). La Austral ha incluido la reimpresión de *Poesía juglaresca y juglares* (sin los lindos grabados ni el esmero de la edición del Centro de Estudios Históricos de Madrid), la de los *Estudios literarios* (con aquellos magistrales capítulos sobre *El condenado por desconfiado* y *Sobre los orígenes de « El convidado de piedra »*) y la de *El idioma español en sus primeros tiempos*, libro éste formado principalmente con los capítulos finales de los *Orígenes del español*, que, por no tener el lenguaje y formulismo técnicos de la primera parte, han podido llegar al público no especialista; Menéndez Pidal les antepuso su discurso académico en la recepción de Codera, venerable lejano germen (1910) de la obra cumbre de la filología románica que resultaron los *Orígenes*, y les ha pospuesto ahora su prólogo a las *Estampas leonesas* de Sánchez Albornoz: *El habla del reino de León en el siglo X*. Estas ediciones han desparramado por toda América, y también por España, el portentoso saber y la madura doctrina del maestro de la filología española, iniciando a muchísimas personas ávidas de cultura en tantos temas sabrosos de historia de la cultura hispánica y en los procedimientos filológicos de averiguación. Por ello la casa editora merece la gratitud de todos, que habría sido mayor si se hubiera tenido siempre un criterio fundado en la materia para la distribución de los estudios en los diversos tomos, y si los textos hubieran sido reproducidos con la limpieza y el cuidado merecidos.

El tomo que nos ocupa reúne siete estudios (conferencias, discursos o artículos) todos recientes: *Carácter originario de Castilla* (1943), *Poesía tradicional en el romancero hispanoportugués* (1943), *Cuestiones de método histórico*: 1º *La épica española* y la « *Literärästhetik des Mittelalters* » de E. R. Curtius (1939), 2º *La crítica cidiana y la historia medieval* (1944), 3º *Mío Cid el de Valencia* (1940); *La unidad del idioma* (1944); y *Oscuridad, dificultad entre culteranos y conceptistas* (1942). Del artículo sobre Curtius y del discurso *La unidad del idioma* ya se ha ocupado la *RFH*, 1939, I, 283-285 y VI, 402-409. Digamos de los otros:

Carácter originario de Castilla. Desde sus primeros estudios sobre la epopeya y sobre la lengua, Menéndez Pidal nos ha hecho familiar esta Castilla primitiva

con su fuerza innovadora que opera en todos los órdenes de la vida, en contraste con el reino asturianoleonés, tradicionalista y arcaizante, como heredero y guardián que era de las tradiciones del reino visigodo: innovadora y disidente en el derecho (oral, no escrito; cada día atenta a la necesidad de nuevas normas jurídicas); en la literatura, no sólo desde Alfonso X, sino mucho antes con su viejísima epopeya; en el lenguaje. Las novedades importantes de ahora son dos: primera, sobre por qué Castilla, no los otros reinos cristianos, generó una epopeya: se sabe que el emperador Luis el Piadoso, que había aprendido en su mocedad los cantos germánicos, luego los rechazó por espíritu religioso y ni los quiso volver a leer ni oír, ni siquiera que se enseñasen más. El mundo oficial visigodo debió tener una aversión semejante, y el reino asturianoleonés era su prolongación; pero Castilla se desligó de ésta como de otras convenciones y pudo continuar la tradición no oficial desarrollando una poesía épica de persistencia popular que León no cultivó. Un valioso eslabón en la cadena de la teoría germanista del autor, si bien queda intacto el misterio inicial: los cantos con que los germanos celebraban a sus héroes, perdidos pero aludidos ¿eran realmente épicos, narrativos, historiadores o seudohistoriadores, o bien serían fundamentalmente canciones de exaltación? En este punto siguen frente a frente la fe de Menéndez Pidal y el escepticismo de Bedier.

La segunda novedad (no del todo) de importancia se refiere al lenguaje y es, también, complementaria de la magistral visión de sus *Orígenes del español*: la fuerza innovadora de Castilla y el veloz cumplimiento de sus neologismos encaja en el cuadro general de la vida castellana: « en León, en Navarra o entre los mozárabes, la lengua materna y familiar vivía en completo desprestigio frente al latín oficial, desamparada de todo cultivo literario o noble. Por el contrario, la Castilla del siglo x debía de estimar su lengua propia al par de la latina o más; la estimaría tanto como estimaba sus costumbres y sus fazañas jurídicas por cima del Fuero Juzgo oficial... Lo cierto es que, viviendo Fernán González, existía ya en Castilla una norma prevaleciente de hablar, como si estuviese fijada la lengua por la práctica de una naciente literatura y por su empleo en actos de la vida pública. Mientras los documentos escritos en León o en Aragón vacilan mucho entre varias formas gramaticales, los documentos castellanos más antiguos adoptan ya con seguro acierto aquellas formas que dijimos... », págs. 30-31.

Si es lícito comentar ya lo que sólo es un escueto anuncio de pensamientos importantes que sin duda tendrán su adecuado desarrollo en la esperada *Historia de la lengua española* del autor, me aventuro: ya en los *Orígenes*, § 99, documentó Menéndez Pidal este contraste entre Castilla y las otras regiones: en Castilla la fijación de los diptongos *ue*, *ie* (< *ö*, *ë*) es ya completa en el siglo x, mientras que Aragón y León vacilan mucho todavía usando *uo*, *ua*, *ue*; la monoptongación *ei* > *e* (*primeiro* > *primero*) precede mucho en Castilla respecto a León y en ciertos aspectos respecto a Aragón; el artículo aparece antes fijado en Castilla que en León y Aragón. Menéndez Pidal ve ahora en esto la acción normativa de una naciente práctica literaria. O mejor dicho, ahora lo declara explícitamente (en las palabras que nosotros subrayamos), pues la idea quedó ya insinuada en la pág. 559 de los *Orígenes*. Pero, en general, el poder normativo de las lenguas literarias suele descansar, al revés, en su carácter tradicionalista más que en las innovaciones. Y eso es lo que creo ver en el castellano de los orígenes, si opone-

mos al del siglo x el de los siglos xi y xii. Hacia el siglo x las innovaciones se cumplen y fijan rápida y completamente; las posteriores son resistidas, contrariadas y en parte vencidas por la reacción tradicionalista. Esta significación tiene, en mi opinión, la suerte de dos series de grupos fonéticos: alt-, alb-, alc- y pl-, cl-, fl-, que hoy resultan mezcladamente tanto evolucionados (*otro, coz, lluvia, llave*) como conservados (*alto, calza; fleco, clavija*). Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 21, es quien nos hace presenciar « la extraordinaria irregularidad » de los derivados del alt-, alb-, alc-, mientras ya se habían monoptongado con regularidad los casos más antiguos de au (mauru, etc.). La variedad no es explicable, como en otros casos, por condiciones fonéticas ni geográficas. Y Menéndez Pidal concluía que « no cabe sospechar más influencia que una moda corriente erudita que, según fué vigorosa o débil, mantuvo ciertos cultismos con alt-, alb-, alc- o perdonó y dejó vivir otros vulgarismos con ot-, ob- ». Como la idea es otra, creo que habría sido mejor no usar aquí la terminología convencional de « cultismo » (en el sentido técnico de voces latinas introducidas tardíamente en el idioma). La idea de « corriente erudita », que supone influjo libresco, no me parece tampoco históricamente sostenible en aquellas poblaciones semiurbanas y rurales de los siglos xi y xii. La explicación parece estar no en la idea técnica de cultismo sino en la de una mayor cultura, en el sentido corriente de esa palabra, y precisamente en oposición con los tiempos viejos del milenio. Castilla se hace reino en el siglo xi, con su consiguiente vida de corte y con una mayor urbanización de la vida, consecuencia del rápido crecimiento de la nación; en unos decenios los cluniacenses establecen por todas partes focos de cultura; el cultivo literario del idioma puede ya producir, siglo xii, una obra tan madura como el *Cantar de Mio Cid*. En el siglo siguiente (todavía campo de lucha entre *salto, sauto* y *soto*), ya se concreta y formula por Alfonso X la conciencia de que entre las varias formas de decir que puedan concurrir una es la mejor. Ya declaré en otra ocasión (*Castellano, español, idioma nacional*, 2ª edic., Buenos Aires, 1942, pág. 62) que la aparición de un ideal de lengua realizado por los más capaces y que actúa sobre los demás como dechado (o norma), es lo que hace que estas leyes fonéticas sean ahora resistidas, vacilen y queden a medio cumplir. En suma, mi modo de ver es que lo que prueban los rápidos y generales cumplimientos de los neologismos en el siglo x es una conciencia lingüística no diferenciada entre cultos e incultos, y que un ideal más culto de lengua, que en el terreno de la práctica se concreta en normas eficientes, no se manifiesta hasta los siglos posteriores con sus vacilaciones, cuando luchan el gusto despreocupado y desenfrenado del neologismo popular y la conciencia más alerta y culta que podríamos llamar cuasicortesana, más pagada de la conservación de las fórmulas tradicionales. Creo que esto deshace la paradoja de que la lucha de formas de los siglos xii y xiii, no la uniformidad del x, sea la que revele la tímida aparición de las primeras « normas » en el castellano.

Poesías tradicionales en el romancero hispano-portugués. Es una conferencia donde se muestran con renovado verdor sazonadas ideas, expuestas en otras ocasiones; pero además, como en la anterior, aquí encontramos precisiones y deslindes nuevos. Al pasar revista a los criterios más acreditados, el autor enseña cómo la poesía popular no responde a una pretendida espontaneidad y a mera naturaleza, sino a « estados particulares de cultura », que determinan los varia-

dos estilos. Tampoco la asombrosa propagación de los romances tiene nada de natural, como de semillas; nunca se debe a espontaneidad primaria sino que es resultado de un complejo histórico. Su vieja y triunfante teoría de que los romances derivan de las epopeyas, no al revés, tiene aquí su versión preciosa atendiendo al estilo: « sencillez » y « espontaneidad » de los romances son, en muchos casos, reelaboración sobre otra forma precedente: el estilo épico-lírico no es primitivo, sino que deriva del estilo amplio de los poemas narrativos. Con forma nueva vivifica el autor también su teoría de la « poesía tradicional », resolviendo reparos de Croce y de Spitzer: en los romances, la variante no es un accidente fortuito, sino su modo normal de vivir. Y aplicando a esta literatura métodos de la geografía lingüística, se sorprenden corrientes varias de poetización que van rehaciendo el romance en sentidos diversos.

Los tres capítulos reunidos bajo el título común de *Cuestiones de método histórico* tienen muy estrecha cohesión y en todos tres defiende y remoja el autor su tesis central del realismo histórico como rasgo peculiar de la epopeya española. Para el primero, ver *RFH*, I, 283-285. En el segundo, Menéndez Pidal obtiene una fácil victoria sobre los reparos del historiador vienés W. Kienast, con sólo subrayar ciertos hechos; por fortuna, la mayor parte de él, está dedicado a un diálogo extraordinariamente aleccionante, sobre puntos de historia cidiana, con el eminente arabista Lévi-Provençal, a quien se deben, en los últimos años, varios magníficos hallazgos de nuevas fuentes árabes para el conocimiento del Cid y de Alfonso VI. Estas fuentes nuevas resultan en parte corroboraciones documentales de ideas históricas de Menéndez Pidal, en parte ampliaciones, en parte una petición de reajuste.

El tercer capítulo, *Mio Cid el de Valencia*, es una conferencia de circunstancias, versión literaria de los dos anteriores.

Cierra el volumen un artículo publicado antes en el *Homenaje a Karl Vossler, Rom. Forsch*, 1942: *Oscuridad, dificultad entre culturanos y conceptistas*. Un breve capítulo, nuevo e importante, para la historia de las ideas estéticas. Los enemigos de Góngora le achacaban oscuridad, provocada adrede en procura de admiración bobalicona; sus defensores la negaban, pero Góngora siguió otro camino para su defensa, muy original y consciente de sus fines. Él se proponía levantar la lengua a un « lenguaje heroico, que ha de ser diferente de la prosa, y digno de personas capaces de entenderle »; para esos entendidos la oscuridad es útil por cuanto aviva el ingenio, y es además *deleitable*, porque « como el fin del entendimiento es hacer presa en verdades... en tanto quedará más deleitado en cuanto, obligándose a la especulación por la oscuridad de la obra, fuera hallando, debajo de las sombras de la oscuridad, asimilaciones a su concepto ». La oscuridad, pues, como factor estético y como incitante sugestivo; una empresa estética consciente. Y conforme a tal, el lector, dice Menéndez Pidal « se engolfa en el placer descubridor, tan atractivo en la caza o en la adivinanza popular o en la alta investigación científica ». La repulsa de la claridad es uno de los caracteres capitales de todo arte barroco. También los conceptistas — Quevedo, Gracián — buscaban esa clase de placer estético, sólo que no por el encubierto lenguaje sino por la sutileza o complicación del concepto. Gracián, especialmente, profesaba a la claridad firme aversión: « el jugar a juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto » (*Oráculo manual*). Gracián repite los dos puntos progra-

máticos de Góngora: el placer especulativo de penetrar la oscuridad y el evitar la comprensión del vulgo: « La verdad cuanto más dificultosa es más agradable; ... son noticias pleiteadas que se consiguen con más curiosidad y se logran con más fruición que las pacíficas; aquí funda sus vencimientos el discurso y sus trofeos el ingenio ». Muy satisfactoriamente discierne Menéndez Pidal que lo que Gracián propugna es « lo difícil, no lo oscuro, y no como problema sino como litigio que hay que vencer mañosamente ». « Oscuridad, arcanidad, es principio que aparece como fundamental en la teoría del culteranismo y del conceptismo, estilos al fin y al cabo hermanos. A él convergen las demás características de una y otra manera literaria. » No hemos de entender, me parece, como genéticamente fundamental, como el primero en aparecer, sino cristalización, suma y cifra de otros caracteres del barroco.

AMADO ALONSO

LAWRENCE B. KIDDLE, *The Spanish word jícara: A word history. With an appendix on the manufacture of jícaras in Olinalá, Guerrero*. New Orleans, 1944. (Extracto de *Philological and Documentary Studies*, vol. I, n° 4, Publication 11, Middle American Research Institute, The Tulane University of Louisiana, págs. 115-154.)

Este trabajo sobre la palabra *jícara* es modelo de investigación. Originariamente la *jícara* es vasija hecha del fruto de la *Crescentia cujete* (árbol que según las regiones se designa con nombres como güira, higüero, totumo, calabacero) o, en segundo lugar, de la *Lagenaria sp.* (calabacero); pero después hubo jícaras de diversos materiales, hasta de madera y de piedra. Su nombre proviene del náhuatl de México: *xicalli*, pronunciado *šikál-li*, con dos acentos, singulto o saltillo o explosión glotal el primero, acento de intensidad el segundo. Así consta en escritores del siglo XVI. En el siglo XVIII señalan este origen los mexicanos Clavijero (1780) y Alzate (1791); después, con explicaciones, el mexicano Márquez (1820) y el alemán Mahn en sus *Etymologische Untersuchungen*¹. En náhuatl *xicalli* significaba 'vasija con ombligo' (de *šik [tli]* 'ombligo' y *ka-li* 'receptáculo' o 'casa') y se aplicaba tanto a la vasija como al fruto de la *Crescentia*. Los españoles hicieron, de *xicalli*, *jícara*, cambiando la *l* en *r* y la vocal final en la ter-

¹ El Diccionario de la Academia trae ahora *xicalli* como étimon de *jícara*; hasta 1884 daba el árabe *cicáya*. Eguílaz (1886) proponía *xáccara*, árabe también. Roque Barcia, latín *scyphus* (!). Ninguna de estas etimologías tiene justificación histórica ni lingüística. Monlau — a quien no cita Kiddle — señalaba la procedencia mexicana, pero atribuyéndole equivocadamente a la palabra originaria la significación de 'coco'. El *Diccionario etimológico* de Monlau, excusable en la España de 1851, y el de Barcia, ya menos excusable en 1880, disfrutaban ahora de una absurda resurrección en ediciones nuevas. Como ejemplos ilustrativos de los errores de Monlau, v. las palabras americanas de origen indio, bien comprobado, *batea* (según él, del latín *batellus*), *boniato* (del latín *bunias*), *bolío* o *buhío* (de *buhio*), *macana* (de la « raíz » *mac*: entre aficionados a la lingüística, las raíces habían pasado de la existencia ideal a la concreta y funcionaban libres y solas), *naguas* (de *nalga*), *sabana* (de *sábana*).

minación femenina *a*; adoptaron la palabra como nombre de la vasija y del fruto; crearon, además, *jícara* como nombre del árbol¹. Oviedo trae la forma *xicalo*, con la explicación 'cántaros o ánforas'; Bernal Díaz dice « aguamaniles... que llaman *xicales* », quizá con intención de que el acento cayera en la *a* y no en la *i*, pero en otra parte de su libro escribe *xícara*, como palabra hispanizada. La primera aparición de la palabra, según parece, ocurre hacia 1540, en el *Descubrimiento de las Siete Ciudades*, de Fray Marcos de Niza.

Cita Kiddle la descripción que da Oviedo de la *Crescentia*, llamándola *higüero* con nombre taíno. Vienen después las citas de escritores de los siglos XVI y XVII, con minucioso auxilio de notas, sobre la « naturaleza, preparación y venta » de las jícaras entre los aztecas (Fray Juan de Torquemada, Bernabé Cobo, Fray Bernardino de Sahagún, Juan Suárez de Peralta); sobre sus usos: como taza, principalmente para el chocolate (Sahagún, Oviedo, Cervantes de Salazar, Solís, Suárez de Peralta); como jofaina para lavarse las manos (Bernal Díaz, Sahagún); como vasija para depositar alimentos (Torquemada, Sahagún); como vaso para flores (Suárez de Peralta); como colador (Sahagún); como receptáculo para la resina de los árboles de caucho (Torquemada); como cernidor de oro (Bernal Díaz); como medio de cambio o de pagar tributos (Villagutierre Sotomayor, Tezozómoc); como vasija para recoger la sangre en los sacrificios humanos (Torquemada, López de Gómara, Las Casas, Suárez de Peralta). Agregaré este pasaje de Fray Francisco Ximénez en su *Historia... de Chiapa y Guatemala*, libro I, cap. 7: « el fruto que dió [el árbol] fué lo que ahora llamamos jícaras ». En España, Lope, en *Servir a señor discreto*, habla de jícaras traídas de China.

La palabra figura en composición, en la toponimia de México, con formas como Xicalco (*x* pronunciada todavía hoy *š*) y Jicaltepec; además, tanto en México como en países continentales a donde se extendía la influencia azteca antes de la Conquista, desde los Estados Unidos hasta Costa Rica. Resulta curioso descubrir esta influencia hasta en Cuba: además de Jicarata, que Kiddle menciona, puede recordarse Cascarajícara. En palabras comunes del náhuatl interviene también *xicalli*: p. ej., *xicalcóall* 'serpiente de jícara' y *xicalpapátoil* 'mariposa de alas matizadas'.

La palabra penetra en el idioma español a través de los cronistas de Indias; en el siglo XVII la hallamos, p. ej., en Tirso y en Moreto. Gonzalo Correas, en su *Arte grande de la lengua castellana* (1626), trae *jicara*, sin más explicación, en una larga lista de palabras acentuadas en la antepenúltima sílaba (pág. 145).

En España pronto pasó a significar 'tipo especial de taza para tomar chocolate', y así subsiste hasta hoy (citas de Pedro Antonio de Alarcón, la Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Ramos Carrión, Luis Taboada, Azorín, Martínez Sierra); pero según Kiddle en decadencia, asediada por palabras como *pocillo*, y augura su próxima desaparición del español hablado. Sin embargo, el testimonio de todos los españoles — de muy diversas regiones — a quienes interrogo sobre el caso es unánime en el sentido de que la palabra tiene vida plena en toda España.

¹ Sobre este tipo, *manzana manzano*, *cereza cerezo*, conformaron los españoles muchos nombres de plantas en América: así, *higüera higüero* (nombre antillano: se le da precisamente al jícaro), *chirimoya chirimoyo*, *guanábana guanábano*, *guayaba guayabo*, *palta palto*, *quina quino*, *totuma totumo*.

Sí ha desaparecido ya o va desapareciendo del habla en la América del Sur, excepto — se dice — en Colombia. En Nuevo México, hoy parte de los Estados Unidos, *jícara* se emplea como nombre de una especie de cesta para guardar alimentos o para adornar las casas (la *jícara* indígena, hay que recordar, está pintada, con representaciones coloridas de aves o plantas y con orlas). En México, en la zona septentrional, circula poco; desde la capital hasta la frontera de Guatemala, y en toda la América Central hasta Costa Rica, se mantiene con gran vitalidad y con la variedad de significados que tuvo entre los aztecas. El significado más común, según datos que ha recogido Kiddle, es el de 'vasija para bebidas'; según mi experiencia personal — la experiencia es siempre variable —, los usos más comunes son el de 'vasija para depositar alimentos' y el de 'vasija pintada para adorno de la casa'. En Cuba y en Puerto Rico tiene los significados que en México. Pero en Santo Domingo, que es de todas las Antillas la que conserva mayor número de palabras y de costumbres indias en la vida diaria, especialmente en el campo, se dice, con palabra taína, *higüera* (por lo común con *h* aspirada): la *higüera* sirve para depositar alimentos o para vaciar agua; *jícara* es 'vasija hecha de la cáscara interna del coco', o bien la cáscara misma, interna o externa, y, como metáfora, 'cosa de poco valor'.

Como palabras derivadas, anota Kiddle *jicarita*, *jicarica*, *jicarilla*, *jicarón*, diminutivos y aumentativo; *jicarudo*, en México y Nicaragua 'carilargo' o 'ceñudo'; *jicarazo* 'golpe dado con *jícara*' o 'cantidad de agua que se echa con una *jícara*' o — definición de la Academia — 'propinación alevosa de veneno'; *jicarería* 'lugar donde se fabrican o se venden *jícaras*'; *jicarero* 'fabricante o vendedor de *jícaras*'; *jicarismo*, palabra inventada por el pintor Manuel Rodríguez Lozano, de México, para designar el pintoresquismo mexicano en el arte. Puedo agregar *jicarista*, que está en el Príncipe de Esquilache (siglo xvii), *Carta al Conde de Lemos*:

Yo no probé en mi vida chocolate,
ni le pienso probar, aunque disguste
de tantos xicaristas el combate...
por lo que tienen de Indias y de embuste...

Como apéndice, reproduce Kiddle el artículo del P. Joaquín Alejo de Meabe sobre la manufactura de *jícaras* en Olinalá, cuyos artistas populares tienen todavía gran fama; el artículo se publicó en la *Gaceta de Literatura*, con notas de su insigne director, el P. José Antonio Alzate, en 1791.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

REVISTA DE REVISTAS

CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA, III. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Historia de la Cultura Española Medioeval y Moderna, Buenos Aires, 1945.

Otra muestra de la formidable laboriosidad del ilustre historiador Claudio Sánchez Albornoz, y de su Instituto de Historia de la Cultura Española Medioeval y Moderna. En este tercer cuaderno se nos da:

C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Dónde y cuándo murió don Rodrigo, último rey de los godos*. Págs. 5-105.

Es una crítica histórica rigurosa de la enmarañada historiografía árabe, mozárabe y cristiana libre sobre la materia; los argumentos de Fernández Guerra, Saavedra y otros, en apoyo de que Rodrigo sobrevivió a la batalla de Guadalete y murió en 713, son cuidadosamente revisados, contrastados con viejas y nuevas fuentes y finalmente rechazados; la batalla de Segoyuela nunca se dió; Rodrigo murió en la batalla de Wadilakka o Guadalete, en julio de 711 «y quizá a la hora sexta del jueves 23». Particular estudio se dedica a esclarecer la fecha de la invasión árabe, desde luego tema engranado con el anterior. La tradición árabe, la mozárabe y la de los cristianos septentrionales coinciden en dar como fecha de invasión la primavera de 711; los textos que suponen el año 714 son sometidos a crítica y rechazados: todos proceden de uno, la llamada Crónica profética, de 883, que sufrió un error no de información sino de cálculo. Los tres desembarcos sucesivos, el de Tarif, con sus 500 exploradores, el de Tarik, con sus 12.000 bereberes, y el de Muza, que los historiadores musulmanes distinguen bien, han inducido a confusión a algunos de nuestros eruditos.

OSVALDO A. MACHADO, *Los nombres del llamado conde don Julián*. Págs. 106-116.

Tema del mismo ciclo que el anterior. *Iulianus* era efectivamente el nombre latino del histórico y legendario padre de la Cava (*Iuliano* en romance), y en árabe Yulyán (con pérdida normal de la -o). Dozy y Codera se habían ocupado antes de la variedad de nombres que se da a este personaje. Dozy, contando los trazos respectivos, pensó que *urbanos* era una deformación de grafías latinas por *iulianus*; Codera no lo aceptó y supuso un *Urbán* u *Olbán* o parecido, ya fuese *Urbán* deformación latinizante de *Olbán*, u *Olbán* deformación árabe de *Urbanu*; Codera creía que «Julián» era creación tardía, del siglo xi; pero Machado

recoge la forma *Yulyan* o *Yalyan* en escritores árabes del siglo IX. La excelente contribución de Machado consiste especialmente en la reproducción de las diferentes transcripciones árabes de este nombre y en sus posibles lecturas, teniendo en cuenta, de un lado, la imprecisión vocálica normal del árabe, y además, la frecuentísima omisión o imperfección de los puntos diacríticos (págs. 111-116): *Yulyan*, *Iliyan*, *Bulyan*, *Wulyan*, *Ulyan*, *Ilyan*, *Ulban*. Es del todo convincente: como la *b* y la *y* tienen en árabe la misma letra, la *b* con un punto debajo y la *y* con dos, la *b* de *Bulyan* y la de *Ulban* no son más que la *y* con olvido de un punto. (Paralelos como el citado *Buštīyanus* por *Iustinianus*, en Ibn Jaldún, tienen mucha fuerza para los profanos.) Tan sólo hay que consignar que la forma *Olyan* no necesita ser forma errónea, sino reflejo de la pronunciación mozárabe que enmudecía normalmente la *j*-latina ante *o*, *u* inacentuada: *Unqueira*, *Unquillo*, *uñepe ġa*, 'junta-piezas', < *j* *u* *n* *g* *e* *r* *e*, con pérdida del acento por composición. Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, recoge *Ulián* junto a *Yulián*, y *Ulianiz* junto a *Yulianiz* en documentos árabes españoles.

JOSÉ LUIS ROMERO, *Fernán Pérez de Guzmán y su actitud histórica*. Págs. 117-151.

Penetrante y ordenado estudio. La actitud histórica de este ejemplar caballero del siglo XV es también su personalidad de encrucijada, y se revela como cifra de su siglo, en su concepción política, que basa la polis ya no en los vínculos interpersonales del feudalismo, sino en el amor patrio y en los deberes ciudadanos; en su concepción de la nación, como realidad geográfica, oscilante entre su intuición de Castilla y su aceptación de la España peninsular de las tradiciones romano-visigodas; y, en fin, en su concepción de la historia, que, como administradora de la gloria en la posteridad, es, mucho más que una « maestra de la vida », el espejo fiel de los eternos y supremos valores de la existencia. La historia no sólo guía, sino que « realiza una justicia sin restricciones ni trabas » (pág. 150). Sus *Generaciones y semblanzas* y sus *Loores de los claros varones de España* son los nítidos espejos de estas concepciones. Estudioso de los autores latinos y de la Biblia, « Guzmán vive un sistema de convicciones morales, políticas e históricas, en el que lo latino (y lo bíblico) se infiltra en lo contemporáneo... » (pág. 123). « Lo moderno era la relatinización de Europa, y Guzmán era uno de los agentes silenciosos de ese proceso » (pág. 125). A que Pérez de Guzmán fuera uno de los privilegiados del orden decadente atribuye el autor las extrañas supervivencias de criterios y estimaciones medievales en su pensamiento tan moderno, o, como dice más positivamente en otro lugar (pág. 123), la singular elaboración que sufre en su espíritu el fondo medieval puro, en lo político, en lo moral, en lo histórico. Pero ¿no es también en esto una cifra de su siglo y de su nación, que realizó de modo tan original la obra del Renacimiento integrando en ella, más que ninguna otra nación europea, los valores y las tradiciones medievales?

Sigue una nota de Aníbal Ruiz Moreno sobre *Los baños públicos en los fueros municipales españoles*, otra de Bernabé Martínez Ruiz sobre *Creencias y supersticiones de los caballeros castellanos medievales*, documentos leoneses de inmunidad publicados por Julieta Guallar y varias reseñas de libros.

A. A.

REVISTA DE BIBLIOGRAFÍA NACIONAL, 1943, IV.

JUAN ANTONIO TAMAYO, *El problema de « Las noches lúgubres »* [de Cadalso]. Págs. 325-370.

Considera acertadamente Tamayo que no hay razones para dudar de la atribución de las *Noches lúgubres* a Cadalso. Guillermo Díaz-Plaja (*Introducción al estudio del romanticismo español*, Madrid, 1937; 2ª edic., 1942) planteó el problema, y su actitud escéptica ha hallado cierto eco. El mismo autor reiteró su opinión en *La poesía lírica española* (Barcelona, 1937, pág. 249) y en la *Síntesis de literatura española* (Barcelona, 1939, II, pág. 70). Valbuena Prat la acoge, con cautela, en su *Historia de la literatura española* (Barcelona, 1937, II, pág. 598). Reprodujo Díaz-Plaja en su citada obra — paralelamente al texto de la primera edición de las *Noches lúgubres* (1798) que hasta entonces se conocía — un texto nuevo, olvidado, que había sido publicado en el *Diario de Barcelona* (1793), con el pseudónimo de *El Catalán Melancólico*. Pero el cotejo sólo revela, para Tamayo, que se trata de un simple plagio de la primera de las *Noches*, las que, por otra parte, son anteriores a la refundición de *El Catalán Melancólico*. En efecto, Tamayo da noticia de una edición más antigua que todas las hasta ahora conocidas: la que aparece en las páginas 107-174 de una *Miscelánea erudita de piezas escogidas...*, impresa en Alcalá en 1792, sin indicación del nombre del autor, aun cuando en el índice consta de modo terminante que es de Cadalso. Hay en el libro una advertencia del editor, en que se dice que todas las obras contenidas en él ya han sido publicadas; por lo tanto, en 1792 las *Noches* no eran estimadas como inéditas. Cabe esperar el hallazgo de alguna edición de fecha anterior.

Tamayo examina los seis puntos principales de la argumentación de Díaz-Plaja: alusión de las *Cartas Marruecas* (LXVII); valor de la carta anónima difundida por Valmar; fechas de publicación de las *Noches* y de la versión del *Diario de Barcelona*; dudas expresadas por Palau (*Manual del librero hispanoamericano*); la prueba del estilo; el silencio de Sempere y Guarinos (*Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*). El examen demuestra la endeblez de los dichos argumentos. Expone luego Tamayo su tesis: Cadalso reelabora un suceso de su propia vida según el modelo de Young; redacta las dos primeras *Noches* y suspende su trabajo cerca de la mitad de la *Tercera Noche*. El texto de Cadalso está incompleto: no es probable que le pertenezca la breve adición final de la *Tercera Noche* que figura en las ediciones de Repullés (Madrid, 1815), Piferrer, Cabrerizo, Estevan, Mompié y en las posteriores. Muerto Cadalso, se imprime la primera edición, hoy desconocida, de las *Noches lúgubres*, entre 1785 y 1792. Algún escritor advierte que la obra carece de verdadero final: la reduce a una sola *Noche*, la concluye con un desenlace de carácter doctrinario. Es la versión inserta en el *Diario de Barcelona*. Algún tiempo después otro escritor, cuyo nombre también ignoramos, pergeñó otro final, añadiendo una *Noche Cuarta* al libro originario, que se vendió sin duda como de cordel (*Historia de los amores del coronel Don José Cadalso escritas [sic] por él mismo...*, Madrid..., 1852). Se reproduce íntegramente esta nueva adición (págs. 351-356).

Los últimos capítulos del artículo se dedican a estudiar algunos aspectos de las *Noches lúgubres*; Tamayo atenúa el juicio demasiado severo de Montesinos (*Cadalso o la noche cerrada*, en *CyR*, 1934, núm. 13, págs. 45-67), defendiendo al autor de la acusación de insinceridad. Destaca, sí, el convencionalismo literario. Se refiere a la leyenda de Cadalso y sus trágicos amores con la actriz María Ignacia Ibáñez, que llevan a la identificación completa de Cadalso y su personaje Tediato. Trata también de una imitación de las *Noches lúgubres*: los *Días fúnebres* (Madrid, 1832), de Francisco de Paula Mellado, más conocido por sus obras históricas y geográficas. Analiza el argumento y transcribe un pasaje. Finalmente, señala el carácter prerromántico de las *Noches lúgubres*.

J. F. G.

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, XXVII, 1943.

DÁMASO ALONSO, *Representantes no sincopados de *rotūlare*. Págs. 153-180.

Estudio magistral donde se demuestra que la descendencia de *rotūlare, rotūlus es más numerosa en la Península de lo que se creía, si se consideran las formas semi-cultas que sufrieron el desplazamiento del acento (*rotūlu), la influencia del prefijo *re* (*redolar*), la de los sinónimos (*bola*, : *rebolar*; *molino* : *remolino*), y la formación regresiva (*bolero*)¹.

Dámaso Alonso separa el esp. y port. *arrebol* de la citada familia de palabras, y los explica, con el *REWb*, por *rubor*. Pero ¿cómo explicar la alteración disimilatoria del sufijo *-or*, que subsiste en *blancor*, *bermejor* (el caso de *mármol*, *cárcel* es distinto, porque no se trata de un sufijo viviente), y ese *ar-* inicial que hace pensar en un prefijo *ad-*? Si tenemos presente que *arrebol* 'color encarnado que se ponen las mujeres en el rostro' está atestiguado mucho antes que *arrebol* 'color rojo que se ve en las nubes...' (en el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera), podremos sugerir una formación postverbal de ese *arrebolar* tan bien documentado por Dámaso Alonso: el gallego *rebola* 'rasero, palo... para igualar y raer medidas de áridos' (< *rotulus*) permite admitir un *arrebolar* o poner una capa de color llana (como igualada con un rasero). De ahí *arrebol* 'capa de color (que se ponen las mujeres en el rostro)', y más tarde 'capa de color en las nubes'.

En el vocabulario alfabético de su edición de los *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, Américo Castro consigna 'arrebol' como traducción de las palabras *cerus[s]a* y *estribum* [= *stibium*], pero piensa que en ambos casos la traducción es inexacta, probablemente por la diferencia de los colores (*cerussa*, blanco; *stibium* 'antimonio', negro). En mi opinión, la idea de 'rouge', del afeite rojo de las mujeres, es secundaria, y las glosas medievales confirman una significación originaria de 'capa de afeite' (de cualquier color).

L. Sp.

¹ Si el *redor* de *alrededor*, en *derrredor* es en verdad un **redol* (< *rotūlus*), como lo explica Dámaso Alonso (pero cf. mi hipótesis de un comparativo **retriore*, en *RFE*, XX, 169), quedaría probada la tendencia opuesta *-ol* > *-or*, que es más lógica.

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, tomo XXVIII, 1944.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS, *Algo acerca del autor de la «Universidad de Amor» y de su delación a la Inquisición*. Págs. 1-14.

El autor desecha la atribución de las dos partes de la *Universidad de Amor* a Jacinto Polo de Medina, y se atiene a las afirmaciones de Nicolás Antonio que identifica al «maestro Antolínez de Piedrabuena» con el dominico fray Benito Ruiz, y al «bachiller Gastón Daliso de Orozco», autor de la segunda parte, con Juan Francisco Andrés de Orozco. El único dato adicional ofrecido para la identificación del autor de la Primera Parte son unos documentos de la Inquisición según los cuales el libro fué sometido para su censura a un calificador del Colegio de los dominicos de Santo Tomás, o sea de la misma orden eclesiástica que fray Benito Ruiz. Reconoce el señor Entrambasaguas que el dato es interesante pero carece de fuerza decisiva.

AGUSTÍN DEL CAMPO, *La técnica alegórica en la Introducción a los «Milagros de Nuestra Señora»*. Págs. 15-75.

La primera parte de la *Introducción* poetiza cosas concretas, terrenas, que hallan su correspondencia alegórica en la segunda, respondiendo así a dos elementos que el señor del Campo distingue en la obra: a) el complejo personal, b) la masa alegórica. El complejo personal da mayor valor a la primera parte de la *Introducción* y permite al señor del Campo llegar a ciertas conclusiones psicoanalíticas en torno a Berceo: tímidos, pero sin pesimismo, fe, orgullo ante lo amado — la Virgen — etc. Es, pues, una minuciosa disquisición sobre la técnica alegórica, vista por un comentarista moderno que se desentiende de la perspectiva histórica tanto para la lengua de Berceo como para el mundo medieval en que vivió el poeta.

J. F. G.

DÁMASO ALONSO, *Versos correlativos y retórica tradicional*. Págs. 139-153.

La correlación y la plurimembración pasaron inadvertidas para los tratadistas de los siglos XVI y XVII, y cuando estudian estos procedimientos es con referencia a la poesía latina. A ellos se refiere Jiménez Patón en su *Eloquencia española* (1604): son sus ejemplos los que utiliza Dámaso Alonso en el presente comentario, incluyendo el cambio de opiniones acerca de los diferentes tipos de correlación suscitado por la aparición de la *Eloquencia*. Entre los tipos de correlación están la «diseminación y recolección» (que Patón llama «frequentatio o congeries»), ya usado antes de Lope, pero que él contribuyó a difundir, y la figura contraria (que Jiménez Patón llama «distribución o merismos»): consiste en una enumeración inicial de varios miembros que luego se repiten diseminados. La atención que ya en 1904 presta Jiménez Patón a estos manierismos contribuye a mostrar el final del siglo XVI como la época en que la poesía española se va impregnando de ellos.

Dámaso Alonso estudia el valor estético de la diseminación y la recolección para concluir de ello el gusto del barroco español por tales procedimientos que los tratadistas de comienzos del siglo xvii tratan de asimilar a tipos de la retórica grecolatina, enraizándolos así lejanamente en tipos constantes de la elocución humana, pero con intención estética totalmente nueva. De ambas figuras la más cercana por su contenido a la retórica latina es la « frequentatio »; pero, mientras en la antigüedad su fin era práctico — mover la voluntad — en el barroco su finalidad es estética: actúa sobre la fantasía. Piensa Dámaso Alonso que quizá podrían rastrearse en la poesía de la Edad Media ejemplos que sirvan de vínculo intermediario para el mismo molde llenado con diversas intenciones en la Antigüedad y en el Renacimiento.

JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Don Nicolás Fernández de Moratín, opositor a cátedras*. Págs. 154-176.

El autor enumera los participantes, temas, calificaciones, etc., de las oposiciones a la Cátedra de Poética en los Reales Estudios de Madrid, año de 1770. Moratín, que en la calificación ocupaba el cuarto lugar, desempeñó muy pronto la cátedra por enfermedad del vencedor, su amigo Ignacio López de Ayala.

A. BADÍA MARGARIT, *Algunas notas sobre la lengua de Juan Fernández de Heredia*. Págs. 177-189.

Se comparan rasgos aislados de la lengua de Fernández de Heredia con el catalán antiguo y moderno e incidentalmente con el castellano y dialectos peninsulares en sendas secciones dedicadas a Grafía, Fonética, Morfología y Sintaxis.

A. DE LACERDA Y MARÍA JOSEFA CANELLADA, *Comportamientos tonales vocálicos en castellano y portugués (Conclusión)*. Págs. 190-256. Cfr. *RFE*, 1943, XXVII, págs. 256-388; tomo XXVI, año 1942, págs. 171-220.

F. W.

REVISTA DE IDEAS ESTÉTICAS. 1943, núms. 3 y 4.

ÁNGEL DE APRÁIZ, *San Juan de la Cruz entre el gótico y el barroco*. Núm. 3, págs. 17-32.

Para Ángel de Apráiz existe la necesidad de vincular las obras de las distintas ramas del arte — literatura, arquitectura, escultura, música — con el fin de lograr la mejor comprensión de cada una de ellas. En la arquitectura española no ve solución de continuidad entre lo gótico y lo barroco. Y respecto de la poesía lírica nota la misma línea ininterrumpida en los versos de San Juan de la Cruz: « en la corriente que desde los cancioneros góticos del siglo xv llega, principalmente por el camino de los poetas populares y devotos, hasta el conceptismo del barroco » (pág. 22). La endeblez del trabajo resalta cuando Apráiz rastrea los elementos populares que afloran en la poesía de San Juan de la Cruz,

sobre todo después de las investigaciones realizadas acerca de dicho tema por Dámaso Alonso (*La poesía de San Juan de la Cruz*, Madrid, 1942) y tan acabadamente por María Rosa Lida (*RFH*, 1943, V, págs. 377-395).

AGUSTÍN DEL CAMPO, *Poesía y estilo de la «Noche oscura»*. Núm. 3, págs. 33-58.

Agustín del Campo analiza cada una de las estrofas de la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz. Destaca — entre otros procedimientos estilísticos — cómo logra el poeta los efectos de desrealización y el ambiente de oscuridad (estrofa primera), y mediante qué recursos los objetos concretos — « casa » y « escala » — pierden concreción (estrofa segunda), así como la rapidez cortante de la forma perfecta « salí », que el autor designa siempre de acuerdo con la denominación académica « pretérito indefinido », frente al contenido emocional de los imperfectos « veía », « miraba », « ardía ».

Finalmente, Agustín del Campo resume sus observaciones acerca del valor del sustantivo, del verbo y sus complementos, de lo musical, del concepto y de la imagen en el poema de San Juan de la Cruz. Hay en todo el trabajo claridad y criterio pedagógico.

FRANCISCO MALDONADO, *La estrofa 24 del «Cántico espiritual»*. Núm. 3, págs. 3-15; núm. 4, págs. 19-49.

En la primera parte de su trabajo — *Preámbulo* (págs. 3-15) —, Francisco Maldonado vincula la visión que de Dios y del mundo ofrece San Juan de la Cruz con la época barroca y, en especial, con « dos de sus principales momentos: el momento Descartes, con su noche metódica, y el momento Leibniz, con las presentaciones de virtud y de fuerza... » (pág. 3). Este último interesa particularmente al autor, que en el resto del *Preámbulo* procura establecer las semejanzas y diferencias entre San Juan de la Cruz y Leibniz.

Maldonado formula, a menudo, apreciaciones discutibles: así, al presentar el *infantilismo* como nota característica de la civilización hispánica. « La civilización española — dice — fué infantil, y la infancia es en la vida terrena, como en la celeste, prenda de perennidad, agüero de perduración, y no sólo antídoto sino negación de la decadencia como peligro angustioso y conminante de toda supercultura... » (pág. 6).

Las apreciaciones están expuestas, en general, en estilo oscuro; v. gr.: « España representa el Estado primigenio de la cultura... Lo primigenio es lo humano primigenio, lo humano puro en que se han de mirar las fases aceleradas de la evolución para no perderlo de vista, para retornar a ello como la única fuerza indeficiente, auténticamente humana, a que hay que recurrir en los momentos premonitorios de la catástrofe de la cultura y de la supercultura » (págs. 5-6).

El artículo continúa en el número cuatro de la misma *Revista*. Desarrolla los temas siguientes: *Justificación estética* (págs. 19-21); I. *El impetu elíptico* (págs. 21-31); II. *Las cuevas carmelitanas* (págs. 31-37); III. *La «parola» de la estrofa 24* (págs. 37-49). El último, de mayores pretensiones filosóficas que los anterio-

tes, se refiere a la « cueva » — « la cueva de las virtudes » —, que el autor relaciona ligeramente con las « mónadas virtudinales » de Leibniz.

E. T.

HISPANIC REVIEW, 1944, XII.

YAKOV MALKIEL, Spanish « *deleznar* » 'to slide', « *lezne* » 'smooth, slippery'. Págs. 57-65.

El autor resuelve brillantemente un enigma etimológico: demuestra que *deleznar* se remonta a un lat. **dēlētīō* (de *dēlēre* 'destruir') con el sentido de 'deshielo' (cf. Val d'Aran *delí* 'deshelar', 'fundir', aplicado a la nieve) > ant. esp. **delezón*; cf. sustantivos abstractos como *quemazón*. El derivado *deleznar* (de **delezón*, como *tizón* > *tiznar*) significaba *'andar sobre la nieve blanda', luego 'resbalar' [podríamos citar aquí como paralelo el caso de ant. fr. *glacier* 'resbalar', de *glace*]. El adjetivo *lezne*, formación regresiva documentada en don Juan Manuel, quedó olvidado entre 1400 y 1800, y lo redescubrieron luego los aficionados a arcaísmos, que lo incorporaron al Diccionario de la Academia. De pasada, el autor descubre también en el presunto sufijo *-iznar* (*lloviznar*) un « sufijo fantasma » (pág. 63, nota 28): se ha formado, sencillamente, a partir de un *-izón* (**llovizón*, de *llover*; cf. *comezón*, *bebezón*).

Además de *tiznar* < *tizón*, Yakov Malkiel da como paralelos a su *deleznar* < **delezón* el ant. esp. *oblaznera* (< *oblación*) y *descoraznar* (< *corazón*). Añadiré por mi parte que otras palabras españolas con *-zn-* se aclaran ahora con la observación de Malkiel sobre la síncope de vocal tónica en un derivado:

1. *brozno* 'bronco, áspero, duro' (que aparece en el *Libro de buen amor*) derivará de un **brozón*, de *broza* (cf. las formaciones en *-ōne* que cita el FEWb, s. v. *brūscia*), a través de un verbo **broznar* 'apartar malezas'.

2. *tresnal* 'conjunto de haces de mies apilados... hasta que se llevan a la era, poniendo cinco haces en el pie, cuatro encima, y así en disminución', con sus congéneres *tresna* 'rastros', *tresnar* 'arrastrar', no tendrá nada que ver con el fr. *traîne* (que da esp., cat. *trena*, que a su vez ha influido en *trenza* = **treza* [< fr. *trasse*] + *trena* [< *traîne*]), ya que la palabra francesa nunca ha tenido *-s-*. *Tresnal* debe de ser un **trecenal*, originariamente 'pila de trece haces', de *trece*, *treceno*; cf. las acepciones del norm. *trezé*, *trezané*, en REWb, s. v. *trēdē-cim*, y mi trabajo *Lexikalisches aus dem katalanischen*, pág. 140. Ignoro si el ant. esp. *treznar* 'mover, agitar' (cf. *Libro de buen amor*, edición de María Rosa Lida, nota al verso 852 c) está emparentado con *tresnar*¹. Sobre *-s-* en lugar de *-z-* cf. la forma antigua *oblanera* citada por Malkiel.

3. *brizna* derivará de un **bris(o)nar*, de *brisón*, paralelo al fr. (y prov.) dial. *brison*, FEWb, s. v. *brisare* 'aplastar'. El port. *brinza* presentaría una metátesis inversa a la de *gonze* (derivado del plural fr. *gonds*) ~ *gozne*.

L. Sp.

¹ ¿ Cf. el prov. mod. *tregenage* 'enredo, intriga, artimaña'? Sobre el desarrollo de esta acepción, véase mi *Lexikalisches*...

COURTNEY BRUERTON, *The chronology of « Comedias » of Guillén de Castro*. Págs. 89-151.

Expone el criterio adoptado por Eduardo Juliá Martínez para clasificar cronológicamente las comedias de Guillén de Castro, y, como lo considera poco eficaz, aplica el método del análisis métrico, con el cual consiguieron él y S. Griswold Morley tan excelentes resultados en *The chronology of Lope de Vega's Comedias*. Con tal método, y con datos de la historia literaria, fija la cronología aproximada de cada comedia y discute la autenticidad de algunas que todavía se asignan a Guillén de Castro.

COURTNEY BRUERTON, *Is Aguilar the author of « Los amigos enojados »?* Págs. 223-234.

El mismo procedimiento aplica el autor para atribuir esta obra a Aguilar, y refuerza sus tesis con la muestra de metáforas comunes en ésta y otras de sus obras. No siempre parece convincente. ¿Será muy privativo de un autor comparar *pecho* y *pedra*, o que una mujer sea *pedra helada* y *fría*? ¿o que la condición de mujer sea ser *hiedra*, comparándola con la *hiedra* que se ase al olmo, tema que corre desde Virgilio y llega hasta los poetas y dramaturgos del Barroco?

R. M.

C. E. KANY, *Impersonal « dizque » and his variants in American Spanish*. Págs. 168-177.

Bien documentado estudio — como todo lo que sale de la pluma del señor Kany — sobre los restos, en la América española, de un giro que en la lengua peninsular había pasado de moda en tiempo de Covarrubias. El señor Kany sigue con agudeza y exactitud los avatares de la construcción *i(z)que, es que, quizque (que dizque), quesque* y sus desarrollos semánticos (por ej. *él dizque lo hizo* 'se cree que lo hizo' > 'se duda de que lo haya hecho' > 'es probable que no lo haya hecho'; *dizque he de ir* '¿ cómo! ¿ podría alguien decir o saber si iré?') en los diferentes países de la América latina. El señor Kany conoce bien la literatura popular de esos países, y puede, por lo mismo, señalar distinciones geográficas.

No me gustan, en particular, las frases iniciales del estudio: « La conocida construcción del antiguo español *diz que* (< *dicitar*) equivale a *dicen que* o *se dice que* (Hanssen, *Gram. hist.*, 596). La forma *diz* era a veces mero apócope del modo personal *dice*... » ¿ Por qué no decir que *diz que* (que es realmente una forma impersonal, como se indica en el título del estudio) no tiene nada que ver con el lat. *dicitar*, sino que está en el mismo plano que *reza* al. *es heisst*, ingl. *it says, reads*? Löfstedt en su *Philolog. Komm. zur Peregr. Aeth.*, pág. 319, ha señalado el uso del *dicit* impersonal, que continúa el del latín arcaico *inquit* desde el latín vulgar.

¿ Y por qué no afirmar la existencia de un « narrativo » en español, como lo hice aquí mismo, RFH, IV, págs. 109 y sigs.? La concepción del « narrativo » habría aclarado más los *quizque* (= *que* — (*d*)*izque*), *que dizque*, *quesque* (= *que* — *es que*), que el señor Kany halló en Santo Domingo, en México y en Colom-

bia. Para él es un fenómeno análogo a *mecum* > *conmigo*: « cuando se extinguió la forma *que* de *dizque*, se sintió la necesidad de prefijar un *que* adicional ». Admito la prefijación de un *con-* en un **migo* (< *mēcum*) cuyo *-con* nadie reconocería ya, pero no veo por qué en *dizque* habría debido reforzarse el *que* mediante un prefijo *que*, salvo que este prefijo *que* tuviera existencia propia como *con*. Yo creo: 1) que *diz que don Antonio se casa* se concibió en la lengua popular como *diz-que: don Antonio se casa*, es decir *diz-que* indica el matiz de irresponsabilidad del narrador (= es un narrativo): la nueva división obedece a la preferencia popular por el discurso directo, que se superpone, por decirlo así, al discurso indirecto: *diz que se casa* > *diz-que: se casa* (puede también suponerse que el que habla vacilara antes de formular el contenido de los « dicese »: *diz-que... se casa*: de ahí formas elípticas como *¡qué dizqué!* = « ¡ca!» y la posibilidad de confusión con *es que...*, construcción que también admite fácilmente una pausa de duda: *es que... don Antonio se casa 'c'est que... d. A. se marie'*; cf. asimismo la nueva división que hay en el origen de *el penséque* (*pensé que...* > *pensé que: ...*). 2) Para explicar las formas con prefijo *que* hay que apelar, indudablemente, a la otra forma del narrativo (o 'charlativo', como la llamé en el artículo citado), a un *que* dependiente de un *dicen* desaparecido, que introduce un dicho cuya veracidad no garantiza el narrador, y que probé con un pasaje de Lope y García Lorca respectivamente. Hoy puedo asegurar que este narrativo con *que* existe aún en la América española, con la « versión sudamericana » de un romance, incluida por Menéndez Pidal en su antología del Romancero (publicada en la *Biblioteca Literaria del Estudiante*, vol. XXV, 1933, pág. 233). El romance, titulado « El vaquero Lucas Barroso » comienza así:

Que venía la patrulla
por el medio el espinar,
detrás de la vaca negra,
sin perilla y sin señal.
Allá va Lucas Barroso...

El *que* del comienzo alude al carácter de 'se dice' que tiene el relato del romance popular, y atestigua asimismo el *que* narrativo. Puede explicarse pues *que dizque* (*quizque* chileno) por un cruce de *que...* narrativo + *dizque*, igualmente narrativo; dicho de otro modo el *dizque*, vuelto fórmula, tuvo necesidad de un *que* para reforzar la idea de 'se dice', ya que sugiere vagamente 'gente que dice': *Dicen que venía la patrulla...*

L. SP.

MOTHER MARÍA FIDELIS, S. H. C. J., *El tríptico de Heredia « Al sol »*. Págs. 239-248.

El tema del sol, obsesionante en el poeta enfermo y desterrado, aparece insistentemente en la obra del cubano José María Heredia. Tres poesías dedicó al sol. La más antigua es, según la autora, uno de los fragmentos que tradujo de los poemas osiánicos de Macpherson, *Al sol*, hacia 1824, y publicó en la revista mexicana *El Iris* en 1826. Es más fiel pero menos poética que la versión anterior de Marchena. La autora supone que Heredia tuvo presente la traducción española, y advierte algunas coincidencias, pero no ha comparado su versión con la de Cesarotti, que el mismo Heredia confiesa haber imitado.

De vuelta de su primer viaje a México, otra vez frente al sol de Cuba, compuso Heredia la más hermosa de sus poesías *Al sol*, que publicó en la primera edición de sus versos (Nueva York, 1825), y, muy corregida, en la segunda (Toluca, 1832). La comparación de ambas versiones muestra que las enmiendas mejoran la composición: es sabido que Heredia empeoró en otros casos la versión primera — en su oda al Niágara, por ejemplo. La tercera de las poesías estudiadas es el *Himno al sol*, que compuso en viaje de los Estados Unidos a México (agosto de 1825).

J. C.-B.

WILLIAM H. BOHNING, *Lope's « El mayor imposible » and Boisrobert's « La folle gageure »*, Págs. 248-257.

A despecho de la afirmación de Boisrobert en el *Advis au lecteur*, que pide para sí el mérito de haber mejorado la obra de Lope con quites y agregados, Bohning demuestra que en realidad la comedia de Boisrobert es una libre traducción de la de Lope.

R. M.

HUGH H. CHAPMAN, JR., '*La cometa*', a political fable by Andrés Bello. Págs. 338-344.

Se estudian las fuentes y versiones sucesivas de la fábula de Bello, derivada de otra del fabulista francés Florian (*Le danseur de corde et le balancier*), quien a su vez tuvo presente una de Iriarte (*El volatín y su maestro*). Del análisis de las tres surge la intención política particular que el tema adquiere en la fábula de Bello; se alude al programa del partido liberal, recién vencido y desalojado del poder (1829), y se defiende la nueva Constitución conservadora (25 de mayo de 1833). Esta primera versión se publicó en el periódico semioficial *El Araucano* (6 de diciembre de 1833), del cual era redactor Bello.

Años después, en vísperas de la elección presidencial que terminó con el triunfo del General Bulnes, Bello volvió a su fábula y, juzgando oportunas sus advertencias, la corrigió — redujo los sesenta y cinco versos primitivos a cuarenta y cinco —, y volvió a publicarla en la revista literaria *El Mosaico*, de Santiago de Chile (26 de julio de 1846). Sin mezclarse en la enconada lucha, Bello, en este como en todos los casos, dejaba adivinar sus simpatías políticas o literarias.

J. C.-B.

HISPANIC REVIEW, 1945, XIII.

FRANK PIERCE, '*El Bernardo*' of Balbuena: a baroque fantasy. Págs. 1-23.

El autor se propone aplicar al poema de Balbuena observaciones de la crítica reciente (Van Horne, Pfandl y Valbuena Prat), que desarrolla y analiza, corrigiéndolas a veces. Al referirse a la concepción que del poema épico tenía Balbuena, advierte la contradicción entre las ideas del prólogo — inspirado en Aristóteles y Horacio, quizá en Hernán Núñez, y en los poemas italianos — y el poema, que en su ejecución difiere de la teoría expuesta. Ya se había explicado

esa divergencia: el poema se compuso entre 1585 y 1602 — y se corrigió y añadió después —; el prólogo es de 1615 o posterior a esa fecha, y refleja la nueva actitud de la crítica, que originó la *Gerusalemme liberata* de Tasso (1575, y trad. esp. 1587). Ya Mira de Amescua encontraba semejanzas entre *El Bernardo* y el poema italiano; Pierce no advierte influencia directa, pero cree que Balbuena lo conoció. Esa influencia explicaría la inspiración general de *El Bernardo*, producto típico del barroco de la Contra-Reforma, con un fuerte sentido nacionalista que es al mismo tiempo religioso, tan importante como los elementos caballerescos y clásicos, que aparecen ya muy deformados por la fantasía. Aprovechando un juicio de Pfandl, rectifica la clasificación de Menéndez Pelayo, que dividía los poemas épicos renacentistas en *históricos* y *novelescos* o *fantásticos*; exacta sería para Pierce la de poemas *virgilianos* y *caballerescos*, aunque ocurra a menudo la confusión de los dos tipos — la *Jerusalem* de Tasso es el más ilustre ejemplo. *El Bernardo* no es mera continuación del poema de Ariosto, y sólo puede gustarse dentro de su época: los defectos que la crítica tradicional encontraba en el poema son rasgos barrocos, que no deben juzgarse aisladamente sino dentro del conjunto, atendiendo, más que al argumento, a la innovación en lo particular. Se analizan ejemplos de preferencias estilísticas de Balbuena: las enumeraciones de flores y piedras preciosas; las imágenes muy frecuentes del crepúsculo, del amanecer y de la noche; escenas de combate; descripciones del mar; descripciones de monstruos; gusto por lo macabro; uso de antítesis. Se enumeran otros rasgos: uso de la *empresa*; acumulación de epítetos; se indican además otros, habituales en la poesía del barroco. En una observación, de las finales de su estudio, Pierce afirma que el mayor fracaso de Balbuena se debe quizá a que intentó con el poema épico lo que otros — Calderón y Góngora — lograron en géneros más flexibles, el *auto* y la *égloga*. El de Balbuena es un antiguo proceso: las culpas que la crítica tradicional le atribuyó desde Quintana deben revisarse atentamente. Entretanto, son oportunos estudios como el presente que insistan en el excepcional valor del olvidado poema.

J. C.-B.

RUTH LEE KENNEDY, *Contemporary satire against Ruiz de Alarcón as lover*. Págs. 145-165.

Con aparato documental bien manejado, la autora muestra la tumultuosa e hiriente persecución de los rivales literarios de Alarcón. En resolución, la autora halla que la inteligencia brillante y el gran talento del dramaturgo mexicano encantó más a las mujeres que a los hombres, y que la dirección espiritual hacia las mujeres bellas era el deseo de la comunicación con la perfección física que a él le fué negada. ¿No podría plantearse tal preferencia femenina en que Alarcón se comportase con *nuevas maneras* — delicadeza, finura, respeto real —, aparte, naturalmente, de las condiciones intelectuales?

J. L. LINCOLN, *Aljamiado texts: Legal and religious*. Págs. 102-124.

Nuevos textos en aljamía, algunos inéditos y otros mejorados con respecto a los que publicaron Guillén Robles y Silvestre de Sacy. Interesa sobre todo la

Historia de la visión que tuvo un solitario porque en ella aparece, bastante modificado, como era común en las versiones musulmanas, el de la calavera que cuenta sus trabajos y sufrimientos.

S. GRISWOLD MORLEY, *El acero de Madrid*. Págs. 166-169.

Para el título, Lope tuvo en la mente las particulares propiedades del *acero* de Madrid, para curar a las opiladas, diferente del de otras ciudades. Ejemplos que comprueben la asección de Ricardo del Arco, en *La sociedad española en las obras de Lope de Vega*, sobre «aguas ferruginosas» en Madrid, no parece haberlos hasta ahora; pero sí sobre la bondad de sus aguas: «Abundant fontibus vivis multis» (*Itinerarium hispanicum hieronimi monetari*, 1494-1495); «fuentes hermosísimas y de lindísimas aguas» (Pérez de Mesa, 1595); «todo el mundo sabe que el agua que se bebe en Madrid es extremadamente pura y ligera». (Bowles, 1755). Para Morley, el título que da Lope a su comedia no es de mera denominación del *acero*, sino lleno de intención enfática.

R. M.

M. ROMERA-NAVARRO, *Un soneto de Heredia atribuido a Bello*. Págs. 197-203.

Es el que empieza *Tiempo fué en que la dulce poesía* que el poeta cubano José María Heredia (1803-1839) compuso durante su estancia en Boston (diciembre de 1823); apareció en la primera edición de sus poesías (Nueva York, 1825), titulado *Renunciando a la poesía*. En la edición posterior de Toluca, 1832, vuelve a incluirse con variantes. Los editores de las poesías de Andrés Bello, Aristides Rojas (Caracas, 1881), Miguel Luis Amunátegui (Santiago de Chile, 1883, reimpresas en 1930) y el antologista Víctor Antonio Zepa, *Parnaso venezolano* (Curazao, 1887), lo dieron como obra del venezolano, que probablemente lo copió en Londres cuando publicó en el *Repertorio Americano* su juicio sobre las poesías de Heredia. La versión de Bello es la de la edición primera, con algunas correcciones inexplicables que parece difícil atribuir a defectos de copia.

J.C.-B.

W. L. FICHTER, *The date of Lope de Vega's «Santiago el verde»*. Págs. 243-244.

El manuscrito autógrafo dice: «Comedia deste año 1615». Una línea escrita por otra mano y no la de Lope, pero de la misma época, el señor Fichter la lee así: «En Mad. a 11 de diçyembre», lectura que no menciona Ruth Oppenheimer en su edición en *Teatro antiguo español*, IX, y que Cotarelo en su edición de *Ac. N.* describe: «dos líneas ilegibles».

R. M.

PHILOLOGICAL QUARTERLY, 1942, vol. XXI.

H. CHONON BERKOWITZ, *Galdós and the generation of 1898*. Págs. 107-120.

El autor, profesor en la Universidad de Wisconsin, destaca uno de los rasgos distintivos de los escritores españoles del 98: su «actitud iconoclasta», postura

juvenil que les dura algunos años. Recurre a un cronista nada imparcial, José María Salaverría (*Nuevos retratos*), para recordar los celos y desavenencias que pronto destruyeron la cohesión inicial de los noventaiochistas. Considera que son sus precursores Galdós, Costa y Ganivet. Inclusión objetable la del último, pues nació dos decenios después que Galdós y Costa, fué coetáneo de Unamuno, y con él se carteo a propósito de los problemas de España, y de España como problema, tema capital de la generación del 98.

La disconformista generación del 98 critica acerbamente el inmediato pasado: la España de la Restauración y la Regencia, aquellos « años bobos » que Galdós fijó para siempre en las páginas de sus novelas contemporáneas y en algunas de las de sus *Episodios* finales. No sólo critica acerbamente a esa España oficial, sino que se siente tentada a disminuir o rechazar la obra literaria de sus predecesores: también, por supuesto, la del novelista de más avasalladora y temible fecundidad. Así lo corrobora Berkowitz con la transcripción de unas líneas en defensa de Galdós, atribuibles a Francisco Navarro Ledesma. Y aunque — pruebas en mano — recuerda el entusiasmo de los del 98 al estrenarse *Electra* (1901), demuestra que ese entusiasmo fué pasajero, pues luego mucho retacearon su simpatía a quien se les anticipó a pintar con tan sombrías tintas la abulia nacional, el caciquismo, el nepotismo y el beligerante sectarismo católico. Tal desafección pudo provenir de causas extraliterarias, quizá porque casi todos esos escritores, antes que mantener en la madurez un firme ideario político-social, prefirieron variarlo al compás de sus momentáneas predilecciones o acomodarlo a los diferentes regímenes imperantes en su país desde fines del siglo hasta los días actuales.

Berkowitz reseña los juicios de los hombres del 98 sobre Galdós, pero nos advierte que su revisión no es exhaustiva. Faltan, en efecto, algunas piezas útiles: por ejemplo, las opiniones de Ganivet, desperdigadas en su *Epistolario*; las de Maeztu, en *Hacia otra España* y en algunos de sus artículos periodísticos; una de Azorín en *La Prensa* de Buenos Aires (17 agosto 1924); varias de Benavente, hallables en *Acolaciones* y en *De sobremesa* (3ª y 5ª series). A pesar de estas omisiones, el trabajo del profesor Berkowitz ofrece datos de indudable interés para cuantos estudian la literatura moderna española. Revela que el único escritor del 98 con inalterable devoción por el maestro ha sido Benavente. Ganivet, aun elogiándolo, lo coloca por debajo de Alarcón. A Azorín suele entibiársele el fervor en determinados períodos. Baroja — salvo en 1901 — lo censura destempladamente, haciendo gala de su inveterada arbitrariedad valorativa. Maeztu no se define en su juventud — cuando pudo definirse — y después, ya reaccionario, dice de él en *La Prensa* (14 de marzo 1926) que « empezó a escribir en una España sin frailes » y que « al cerrar los ojos para siempre, las órdenes religiosas habían vuelto a multiplicarse y prosperar »... Unamuno, como de costumbre, se muestra contradictorio, hasta que — muerto Galdós — lo tacha de fabricante de novelas. Y Valle-Inclán, según testigos presenciales, lagrimea tras sus gruesos quevedos al estrenarse *Electra*: emoción imprevisible y probablemente fugaz...

El lector que desee completar su información al respecto vea *Unamuno's relations with Galdós*, del mismo Berkowitz, en *HR*, vol. VIII, 1940: allí encontrará la transcripción, total o parcial, de las muchas cartas que el profesor de Salamanca, entre 1898 y 1912, dirigió a quien llama — en privado — su « querido

maestro » y de quien suele despedirse — también en privado — como « afmo. amigo y admirador ».

J. M. M. S.

PUBLICATIONS OF THE MODERN LANGUAGES ASSOCIATION OF AMERICA, 1944, LIX.

JOAQUÍN CASALDUERO, *Significado y forma de « Misericordia »*. Págs. 1104-1110.

Casalduero, cuyos estudios sobre Galdós son bien conocidos, enfoca brevemente diversos temas: *Argumento*; « *Misericordia* » y la obra de Galdós; *El mando de « Misericordia »*; *Galdós y la generación del 98*; *Materia y espíritu, fluctuación del hombre*; *El tiempo cronológico y el tiempo psicológico*; *el epílogo*. Después de sintetizar el argumento de *Misericordia*, muestra cómo Galdós insiste en uno de sus asuntos predilectos: el empobrecimiento de una familia adinerada de la clase media. Como en las novelas de la juventud, se advierten en *Misericordia* dos fuerzas opuestas, dos zonas distintas: pobreza-riqueza, realidad-imaginación. Pero, a diferencia de aquellas primeras obras, desaparece la oposición que llevaba al desenlace trágico (*Gloria, Marianela*). Aquí se llega a una conciliación mediante la misericordia y la piedad. Casalduero señala coincidencias interesantes entre Galdós y algunos representantes de la llamada generación del 98. Siente Galdós el atractivo de las cosas vulgares, y esto lo acerca a Azorín y sus primores de lo vulgar, y a Baroja, que alaba « la extraña poesía de las cosas vulgares ». Además, el episodio de la fingida existencia del sacerdote don Romualdo inventado por Benigna y el encuentro de ésta con el don Romualdo real, de carne y hueso, se nos aparecen como un precedente de Unamuno.

Clara superación del naturalismo es *Misericordia*. Por sobre la materia hay ideales y sentimientos, que son creación del espíritu. El hombre fluctúa entre la realidad y el misterio y entre el misterio y una nueva realidad, la del espíritu; busca el paso de la realidad al misterio mediante la conciencia limpia y el amor, la piedad y la misericordia para con todos los hombres, sin distinciones.

Concluye el artículo con un análisis del tiempo cronológico y el tiempo psicológico: Galdós determina la cronología hasta el capítulo XXIX. Después, para los once últimos capítulos y el « final », abandona las indicaciones temporales. Entonces sólo le preocupa el desenvolvimiento de la vida psíquica de Benigna « y el apoyo cronológico deja de ser necesario ». Por fin, la significación esencial de *Misericordia* se concentra en el epílogo, que « ilumina la novela ».

E. T.

SPECULUM, 1944, XIX.

A. H. SCHUTZ, *The Provençal expresión « Pretz e valor »*. Págs. 489-493.

El autor ha reunido dieciocho ejemplos de esta fórmula bimembre en las biografías de trovadores provenzales (*vidas y rasos*, en que trabaja desde hace años. Ya se sabe que la misma fórmula se encuentra en el *Poema del Cid*: *Ganaredes grand prez e grand valor*; *comdes de prez e de valor* y en otros antiguos textos

románicos. Schutz se ha propuesto aclarar la diferencia entre los dos términos acoplados. Encuentra poco satisfactoria la distinción de Wechsler entre *pretz* y *valor* como 'valoración subjetiva' y 'valor objetivo', porque en ella se omite el hecho de que la *pretz* puede ganarse o perderse, aumentarse o disminuirse: «*pretz* se refiere a una situación que admite fuertes y repentinas fluctuaciones, mientras que *valor* tiene que ver con lo básico, lo fundamental, lo inmutable»; «*pretz* comporta, por su uso económico, la idea de una estimación del mérito personal por el consenso común en un ambiente determinado y en circunstancias determinadas, y por lo tanto el *pretium fama*, mudable y extrínseco. *Valor* es la dignidad fundamental de una persona, la suma de cualidades inherentes — por lo tanto, intrínseca y no sujeta a estimación común». Acaso el lector encuentre que Schutz no hace aquí, en el fondo, otra cosa que desarrollar la idea de Wechsler; pero en cambio habrá que dar la razón a Schutz cuando muestra que los dos términos no siempre se distinguen cuidadosamente (el adjetivo en *verais pretz* tiende a acercar *pretz* a *valor*; *enausar* 'aumentar' y *montar* 'subir' se emplean tanto con *pretz* como con *valor*, etc.). Es que para Schutz la fórmula se ha desgastado (*gone to seed*). Según él, los autores que la empleaban no eran «filósofos», «no tenían conciencia alguna del contenido originario de esos términos». Un ejemplo como éste de la biografía de Blacatz: *Et plac li dons e domneis e guerra e merrios e cortz e mazans e benda e chantz e solaz e tuich aquel faich per qu' om bons a pretz e valor* sugiere a Schutz el siguiente comentario: «La vaguedad del estilo, la verbosidad en los detalles decorativos... debieran ponernos en guardia contra toda interpretación demasiado filosófica. Aquí tenemos, por ejemplo, otro pasaje de la misma *vida* que nos muestra esa absoluta y típica incapacidad de dominar el flujo de las palabras...: *Et on plus venc de temps, plus crec de larguesia, de cortesia e de valor, d'armas e de terra e de venda e d'onor... e crec sos sens e sos sabers e sos trobars e sa gaillardia e sa drudaria*. En general, Schutz encuentra en las *vidas* provenzales «cierta simpática garrulería, sin mucha ingeniosidad». Esos escritores, para resumir su opinión, eran agradables *charlatanes*, no *filósofos*.

Yo creo, por el contrario, que no eran unos *charlatanes* y que tenían su *filosofía*. Schutz se ha situado en un punto de mira impresionista y moderno, sin volver a pensar por su cuenta la «forma interior» de la concepción medieval.

Y ante todo, no se necesita ser muy «filósofo» para saber distinguir estas dos nociones, que todas las lenguas civilizadas distinguen, de 'precio' y 'valor': el precio, arbitrario y variable, fijado por tal o cual comunidad para una mercancía, y su valor intrínseco (¿no se dice, en todas esas lenguas: «esta mercancía *vale* o *no vale* lo que *cuesta*»?). Si los antiguos textos románicos confunden los dos términos, el espíritu medieval, el espíritu filosófico medieval, debió de percibir un elemento de identidad que a primera vista se nos oculta. El verdadero problema es el de la aplicación medieval, no de la palabra *valor*, sino de la palabra *precio* (reservada al principio a mercancías de precio arbitrariamente fijado por tal o cual comunidad) a los seres humanos. Ése es el problema que Schutz no ha visto. Sin embargo, él mismo cita el texto de Marie de France en que la envidia rebaja el *precio* de personajes de gran *precio*. Sabemos que todo caballero, dama o trovador medieval cuida celosamente su *pretz*, su reputación; todos aspiran a alcanzar mayor *pretz*, a aumentar de *precio*. Cuando Aucassin se apresta a la batalla

en que ha de distinguirse (*Aucassin et Nicolette*, IX), no sólo pide *garnemens ciers*, sino que, afirmándose en los estribos, *a mervelle se tint ciers* 'se sostuvo maravillosamente caro (*cher*), precioso', hace todo lo que puede, tanto en su actitud externa como en su actitud moral por *se faire cher*, por aumentar su *prix*¹. Para explicar la atribución de 'precio', 'caro' a seres humanos, basta simplemente invocar la filosofía del honor medieval, tal como aparece codificada en Santo Tomás. Américo Castro, en sus magistrales *Observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII* (*RFE*, 1916, III, especialmente pág. 47), ha mostrado cómo la reputación externa tenía en la Edad Media carácter «ontológico»: en ese sistema aristocrático de ideas, la virtud, las cualidades íntimas del hombre no bastan para conferirle honor; los bienes externos, la fama, la condición social, hasta las riquezas, deben contribuir a la posición del hombre en el mundo: *non est sufficiens virtutis premium... nihil potest esse in humanis rebus et corporalibus maius honore* (Santo Tomás; él nos habla también del *laus*, de las alabanzas, como de una de las manifestaciones del honor). Se comprenderá que, en un sistema de ideas en que la estimación que se merezca de los demás es un elemento «ontológico» del honor, no puede ser indiferente al caballero la *pretz*, el «precio» fluctuante y arbitrario que le adjudiquen quienes lo rodean². Así se explica la constitución de la fórmula *pretz* y *valor*, que Schutz no ha podido aclarar, y también la desaparición de las diferencias entre uno y otro término, comprobada por el mismo Schutz. No es mera casualidad que en uno de los ejemplos aparezcan asociados *pretz*, *valor* y *honor*, y que también se asocien *pretz* y *lauzor* (= *laudes*), *pretz* y *honor*. La acumulación de estos sinónimos no se debe a charlatanería, sino al afán de presentar todos los aspectos del concepto del honor. Las acumulaciones de cualidades cortesas y de hazañas cortesas en los dos ejemplos citados de la biografía de Blacatz tienden a mostrar todas las manifestaciones posibles, una *summa* de manifestaciones posibles, de ese honor perfecto, apoyado a la vez en el valor intrínseco y en el radiante esplendor de la fama: hazañas y cualidades están en el mismo plano (por ejemplo, *trobar* y *cortesia*), así como los bienes exteriores y las cualidades (por ejemplo, *renda* y *valor*). La acumulación de sinónimos no responde de ningún modo a la «incapacidad de dominar el flujo de las palabras», sino al deseo de exhibir la totalidad de las cualidades ontológicas del hombre perfecto. Los autores que empleaban la fórmula *pretz* y *valor*, si no eran «filósofos», pensaban de acuerdo con la filosofía de su época. No se les puede pedir más.

¹ Recurriendo precisamente a un *carus* 'caro desde el punto de vista moral' > 'moralmente elevado, mejorado' es como he intentado explicar el esp. *escarmiento* = **ex-carimentum*, en *AILC*, 1944, II, págs. 18-25.

² El precio del caballero sube y baja, como hoy los valores en la bolsa. Hay obras enteras que están construidas sobre ese tema: el *Erec* de Chrétien de Troyes se basa en el hecho de que la esposa, Enide, ha hecho conocer a Erec las habladurías según las cuales Erec, en brazos de su mujer, olvida los deberes de caballería: 2547 *Vostre pris en est abaissiez*, 2564... *que tot an perdez vostre pris*. El crimen de Enide es el haber prestado oídos al *dicen*..., y Erec la castigará haciéndola asistir al restablecimiento de su honor. El caballero medieval, celoso de ese honor, sigue atentamente las fluctuaciones de ese valor objetivo, procura no *empirrier* y aspira a *amender*.

En cuanto a la fórmula compuesta de dos términos ¿olvida Schutz que era uno de los procedimientos preferidos de la retórica medieval? Tobler-Lommatzsch, *Altfranzösisches Wörterbuch*, pág. XIV, dan buen número de ejemplos, y Curtius, en su *Literaturästhetik des Mittelalters*, muestra cómo esta *amplificatio* aparece una y otra vez en la *Chanson de Roland*. Todo autor medieval que se respete está empapado de retórica.

Con expresiones como esa de la « simpática garrulería, sin mucha ingeniosidad », el crítico moderno se alza artificiosamente al nivel de un esteta moderno, difícil de contentar: ¿no parece estar exigiendo a los autores medievales precisión y originalidad al mismo tiempo? Revela con esto su incompreensión del clima estético medieval, que aspiraba más bien a iluminar la integridad y la estabilidad de los valores ontológicos. El autor medieval que escribe la fórmula *prez y valor* (y *honor*, y *loor*, etc.) no quiere ofrecer novedades, sino valores permanentes, comprendidos como totalidad — y en esto es preciso —, y se expresa de acuerdo con preceptos de estilo que le parecen establecidos de una vez por todas, pues, al revés del hombre moderno, él se mueve en un universo ordenado y estable.

L. SP.

BIBLOS. Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, XIX, 1943.

W. J. ENTWISTLE, *A sobriedade clássica do autor dos « Lusíadas »*. Págs. 1-12.

El poema de Camoens contrasta con el resto de su producción en sobriedad de estilo y de plan, virtud que se debe sin duda, en nuestra opinión, a la percepción muy rigurosa del ideal épico clasicista encarnado en la *Eneida* (mucho más rigurosa, por contraprueba, de la que poseyeron los intérpretes ingleses de *Os Lusíadas*), y no al *estórvo* de la rima (W. J. E.), ya que ésta no le impide lucir su lozanía idiomática en composiciones menores, algunas de ellas improvisadas. Como ejemplo, analiza Entwistle los versos que dirigió Camoens *A una senhora resando*: *Peço-vos que me digais / as orações que resastes, / se são polos que matastes, / se por vos que assi matais?* etc. El análisis no hace cabal justicia al poeta, porque le coloca al fin de una tradición agotada. En otros términos: « matar » de ningún modo pudo identificarse tanto con « enamorar » que se hubiese perdido la metáfora, pues en ese caso toda la graciosa poesía no tendría sentido. Además, el equívoco no es siempre pura frivolidad humorística. Dejando de lado ejemplos tan sabidos como los de la Biblia, de la poesía oracular, de Esquilo, practica un peculiar retruécano grave el siglo xv castellano, al que no desdeñan Camoens ni Gil Vicente. El doloroso interrogante de Juan de Mena en su composición póstuma: « ¿Quién no muere antes que muera? », nada tiene que ver con la *destreza fútil* para aliviar horas de ocio palaciego. Camoens mismo proporciona la mejor prueba de la sugerencia del retruécano si, como recuerda Entwistle, las quintillas sobre Sión y Babel (que Lope calificó de « perla de toda poesía »), le fueron inspiradas por su naufragio en Siam, y la coincidencia con la grafía portuguesa antigua de Sión. El autor destaca la abundancia del estilo de Ca-

moens oponiendo las setenta y tres quintillas a los nueve versículos de la *Vulgata*; pero Camoens no escribió una traducción, sino una incomparable paráfrasis del más lírico de los Salmos en términos de la devoción neoplatónica de los hombres del Renacimiento.

PAULO MERÉA, *De Portucale (civitas) ao Portugal de D. Henrique*. Págs. 45-62.

Portucale, nombre de una ciudad visigótica, aparece desde el siglo x usado como designación territorial más amplia. En tiempos de Alfonso III de Castilla, el Conde de Portugal Gonçalo Mendes adquiere una importancia política que se extiende a su condado. Fernando I subordina la región a su gobierno centralista y es probable que ensanchara a la vez la aplicación del término. Durante las discordias de su sucesión, el hijo del último conde se rebeló; fué derrotado y muerto. Así se incorporó el condado a Castilla. Cuando Alfonso VI erige a su yerno Enrique de Borgoña en conde de Portugal, el nombre designa ya la totalidad de sus dominios, sin perder todavía su antiguo significado más restringido.

ARMANDO DE LACERDA, *Características da entoação portuguesa*. Págs. 89-166.

Segunda parte de un minucioso estudio publicado en los tomos XVI y XVII de *Biblos* y reunidos en el tomo inicial del libro de igual título.

CARLOS ALBERTO FERREIRA, *Francisco Rodrigues Lobo* (Fontes inéditas para o estudo da sua vida e obra). Págs. 229-318.

Entre los más valiosos documentos de este nutrido aporte, figura el proceso inquisitorial, posterior a la muerte del poeta, contra un hermano suyo judaizante, que permite aclarar muchos pormenores biográficos. Así establece Ferreira la verdadera filiación de « Lereno », recordando, además de los homónimos ya conocidos, a Francisco Rodríguez Lobo, poeta castellano natural de Écija, y a Fernão Roiz Lobo Soropita; demuestra que nunca fué desterrado; fija la fecha precisa de su muerte; estudia su presunto retrato, y las cuestiones bibliográficas que plantean varias de sus obras. Entre el considerable número de escritos inéditos reproducidos, se destaca en la prosa la *Carta* picaresca a la famosa cómica Josefa Vaca, y en la poesía, portuguesa y castellana, el musical *Testamento de amor*. Por último agrega Ferreira varios elogios poéticos dirigidos a Rodrigues Lobo y coteja el manuscrito y la edición de 1610 de su poema el *Condestable*.

MANUEL DE PAIVA BOLEO, *Defensa e ilustração da lingua*. Págs. 357-397.

A propósito de la fundación de un *Instituto da Língua Portuguesa*, fundamenta sus principios rectores en dos interesantes capítulos: (I *Defensa da lingua; actividade gramatical*; II, *Ilustração da lingua; actividade filológica*), en los cuales pasa revista a cuestiones fundamentales como progreso dirigido de una lengua e instituciones a su servicio en otros países; el extranjerismo; concepto de corrección lingüística, problema ortográfico; organización del diccionario histórico y de la labor filológica de un instituto portugués comparada con la de otros centros de reciente creación.

COSTA PIMPÃO, *Estética y geografía*. Págs. 483-491.

Réplica idealista a la tesis positivista de Valentim da Silva y Alexandre de Lucena e Vale, quienes suponen a Gil Vicente nacido en Beira porque allí están localizadas sus mejores escenas pastoriles. Costa Pimpão sienta que el escenario de Beira no puede ser argumento en pro ni en contra de la naturaleza del poeta, ya que las primeras escenas pastoriles de su teatro se deben a imitación de la Égloga castellana que estiliza el ambiente rústico sayagués. Es más, sigue Costa Pimpão, la presentación de Beira en las obras de Gil Vicente, francamente humorística, es más bien contraria a la hipótesis de que fuera ése su rincón natal. De todos modos, la conclusión importante que Costa Pimpão destaca es que si los tipos y escenarios de Beira no dicen nada sobre el lugar de nacimiento de Gil Vicente, son en cambio muy importantes para su creación poética, ya que implican la estilización pastoril de un territorio portugués en lugar de la tradicional estilización del ambiente rústico castellano. Interesante también es la discusión de la toponimia en la obra de Gil Vicente. No ha sido difícil para cada investigador positivista localizar los nombres de lugar en el distrito de su predilección, lo cual indica que el poeta no piensa con rigor científico en su toponimia, y que la toponimia no es fantasía suya: es, una vez más, recreación artística, con intento jocoso, de la realidad dada.

M. R. L.

ELEUTERIO F. TISCORNIA

(22 DE OCTUBRE DE 1879 — 1º DE JULIO DE 1945)

El 1º de julio dejó de existir, arrebatado por una breve enfermedad, nuestro compañero de trabajos y maestro en literatura y lengua gauchescas don Eleuterio F. Tiscornia.

Profesor graduado en la Escuela Normal de Paraná, especializado luego en la enseñanza de lengua y literatura españolas en la ciudad de Buenos Aires, sus aficiones filológicas lo pusieron en relación con don Ramón Menéndez Pidal, quien le sugirió, cuando vino a la Argentina en 1914, la idea de hacer una edición anotada del *Martín Fierro*. Después de diversas vicisitudes, la idea la puso en práctica en 1923, cuando se fundó nuestro Instituto de Filología, al cual se incorporó en seguida, y su *Martín Fierro comentado y anotado* se publicó en Buenos Aires en 1925. Para ello puso a contribución no sólo su profunda versación en poesía gauchesca, sino también su amplio conocimiento de la literatura española.

Así abordó siempre sus trabajos. No buscó a todo trance particularismos aisladores, no trató de ver en las composiciones gauchescas creaciones hechas de la nada o surgidas del suelo por misteriosa floración, sino que buscó la materia viva de la tradición popular que se recreaba y remozaba en ellas. Su labor entera de clarificación tendió a establecer la continuidad entre lo gauchesco y lo popular español. Lengua y literatura gauchescas, lengua y literatura españolas, fueron para él una sola disciplina mental, una sola vocación.

En 1926 publicó en Madrid, en la *Biblioteca Española de Divulgación Científica*, su edición del *Discurso sobre la poesía castellana*, de Gonzalo Argote de Molina, con valioso estudio preliminar y notas eruditísimas. Su afán de comprensión y de claridad le llevó a buscar las fuentes de las afirmaciones y principios de Argote, a iluminar y vivificar la tradición poética, a desentrañar sus errores, a aclarar sus oscuridades, a mostrar su influencia. Fecunda labor de dilucidación filológica.

Fuera de este trabajo, de algunas conferencias y artículos sobre temas de literatura clásica y argentina y de su edición de las poesías de Olegario V. Andrade (Academia Argentina de Letras, 1943), con un estudio preliminar biográfico y crítico, su obra está consagrada enteramente a la literatura gauchesca, su vida está centrada en el amor a lo gauchesco y el afán de

conocerlo y comprenderlo cada vez mejor. En 1930 publicó en nuestro Instituto *La lengua de « Martín Fierro »*, en que estudia, a la luz del poema y de los demás textos gauchescos, la fonética, la morfología y la sintaxis del habla rural del litoral argentino. Junto a los trabajos de Rufino José Cuervo, Aurelio M. Espinosa, Charles Carroll Marden, Rodolfo Lenz y Pedro Henríquez Ureña, la obra de Tiscornia es uno de los estudios fundamentales dedicados al habla de una región americana.

En constante renovación y enriquecimiento, publicó una serie de artículos y trabajos: *Un discurso, un cancionero y « Martín Fierro »* (en *Azul*, 1930, I, n° 1), *La vida de Hernández y la elaboración de « Martín Fierro »* (discurso de ingreso en la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1937), los *Diálogos de Ascasubi y Quiroga* (*Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XI, 1943, n° 42), los *Orígenes de la poesía gauchesca* (*Ibid.*, Buenos Aires, XII, 1943, n° 45.), tres ediciones sucesivas del *Martín Fierro*, renovadas cada vez en la Editorial Losada (Buenos Aires, 1939, 1941, 1943), y una edición antológica de *Poetas gauchescos* (*Hidalgo. Ascasubi, Del Campo*), Buenos Aires, 1940, con abundante material literario y lingüístico.

Resentida su gran capacidad de trabajo por una afección a la vista, no se resignó jamás al descanso. Y todavía en sus últimos meses, con espíritu siempre jovial y optimista, preparaba una nueva edición del *Martín Fierro*, quería rehacer y reeditar su *Lengua de « Martín Fierro »*, tomaba notas para una biografía de Ascasubi y otra de Hernández, y continuaba su trabajo de muchos años sobre el *Vocabulario de Ascasubi*. Una cruel enfermedad malogró todos estos trabajos, que constituían una esperanza para la filología argentina y española.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA

El HISPANIC INSTITUTE IN THE UNITED STATES, de Nueva York, y el INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, de Buenos Aires, editan conjuntamente la REVISTA HISPÁNICA MODERNA y la REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. La REVISTA HISPÁNICA MODERNA publica trimestralmente artículos, reseñas de libros y noticias sobre la literatura de hoy; textos y documentos para la historia literaria moderna; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en este continente; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

DIRECTOR : FEDERICO DE ONÍS

REDACTORES

| | |
|-----------------------|---------------------------------|
| AMADO ALONSO | Instituto de Filología |
| JOSÉ M. ARCE | Dartmouth College |
| ÁNGEL J. BATTISTESSA | Instituto de Filología |
| M. J. BENARDETE | Universidad de Columbia |
| JUAN GUERRERO | Universidad de Columbia |
| IRVING A. LEONARD | Universidad de Michigan |
| FÉLIX LIZASO | Dirección de Cultura, La Habana |
| JORGE MAÑACH | Universidad de Columbia |
| ARTURO MARASSO | Universidad de La Plata |
| JOSÉ A. ORÍA | Universidad de Buenos Aires |
| ÁNGEL DEL RÍO | Universidad de Columbia |
| F. C. TARR | Universidad de Princeton |
| ARTURO TORRES-RIOSECO | Universidad de Columbia |

Redactor bibliográfico : SIDONIA C. ROSENBAUM

Secretario de redacción : ANDRÉS IDUARTE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

4 dólares norteamericanos al año; número suelto : 1 dólar
Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos al año;
número suelto : 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
HISPANIC INSTITUTE INSTITUTO DE FILOLOGÍA
435 WEST 117th STREET, NEW YORK CITY SAN MARTÍN 534, BUENOS AIRES

Los suscriptores y anunciantes de los países de lengua española y portuguesa deben dirigirse a la administración de Buenos Aires, y los de los Estados Unidos y demás países a Nueva York. La correspondencia sobre asuntos de redacción debe dirigirse a Buenos Aires para la REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA y a Nueva York para la REVISTA HISPÁNICA MODERNA